

N O S O T R O S

LA LENGUA Y LA CULTURA DE HISPANOAMERICA (*)

(Tendencias lingüístico-culturales)

EL filólogo alemán Friedrich August Pott se preguntaba en 1877: "¿Es acaso un milagro que las lenguas europeas transplantadas a América se manifiesten... cada vez más infieles a las formas de expresión del suelo materno?... ¿Se va a creer acaso que las lenguas descendientes del Lacio puedan, en suelo americano, sustraerse totalmente al destino que les deparan las leyes generales de la Naturaleza?... Nuevas condiciones engendran nuevas maneras de pensar y de expresarse"...

Más adelante, un colombiano, don Rufino José Cuervo, el primer filólogo de la lengua española, que había consagrado su vida entera a mantener la perfección gramatical y estética de la lengua de Castilla, hacía suya, con profundo acento de tristeza, la misma tesis: "...Estamos en vísperas (que en la vida de los pueblos pueden ser bien largas) de quedar separados, como lo quedaron las hijas del Imperio Romano".

El 9 de diciembre de 1824 se libra, en los llanos de Ayacucho, la última batalla de la independencia americana. Mientras los pueblos nacientes, cálido aún el ambiente con el estrépito de las batallas, se entregan, entre los amagos de la guerra civil (casi sin tregua) a crear, dentro de un organismo enteramente feudal, los moldes semi-ilusorios de la sociedad democrática moderna, había de surgir inevitablemente como problema la creación de una

(*) Conferencia pronunciada en el Seminario Románico de la Universidad de Berlín el 1º de febrero de 1933.

cultura propia. La presuntuosa corte virreinal, depositaria del legado académico y pseudo-clasicista, había caído sin dejar más que pequeños oasis de cultura universitaria pobladas por una juventud rebelde. La guerra de la independencia y las luchas civiles convierten al literato y al universitario en soldado, en político, en gobernante y, por otro lado, rompen las barreras sociales y hacen irrumpir en escena las capas populares, urbanas y rurales. Todo el hervidero de la gestación étnica colonial de tres siglos (el criollo, el indio, el negro, con sus formas mestizas y mulatas) surge a la superficie. ¿Qué destino le estaría deparado a la cultura, al idioma, cuando un Facundo, un Páez, un Castilla y, casi en nuestros días, un Pancho Villa, se elevan de las entrañas profundas de la plebe para imprimir un derrotero o dominar con sus siluetas toda la vida nacional?

Pero plantemos un mojón en nuestro camino. Tres siglos de hispanización habían transcurrido. Las culturas milenarias de América (la azteca, la maya, la chibcha, la incaica), cuyos restos magníficos aun hoy arrancan nuestro asombro, se desmoronaron ante los barquichuelos de papel de Colón, ante las huestes endebles pero temerarias de Cortés y de Pizarro. Los soldados y colonos de las diferentes regiones de la Península que tras el engañoso espejismo del Dorado se esparcieron por la inmensidad del mundo americano para fundar, en medio de poblaciones casi siempre hostiles, los primeros fortines, hablaban, matizada de dialectalismo, la lengua popular y familiar de Castilla (el pretendido andalucismo de América es un mito que desecha la moderna investigación histórica y filológica), hablaban la lengua que el Siglo de Oro había de fijar como lengua literaria de España, y eran depositarios de la cultura española en los momentos de su máxima expansión imperial. ¿Cuál sería la actitud del conquistador español frente al poblador de América, frente al indio? ¿Exterminarle, para implantar los propios moldes de vida, como el conquistador anglo-sajón? ¿Asimilarle, como había hecho el mundo romano? Ambas cosas: exterminarle (en la medida de lo posible) en los campos de batalla, en las encomiendas, en la mita; asimilarle, bajo el imperativo de supervivencia de la especie.

Pero un tercer personaje aparece en el inmenso escenario americano. Durante 350 años, las carabelas internacionales han

de traer al suelo americano remesas siempre frescas de "carne de ébano". En algunas colonias el negro suplanta totalmente, en los trabajos rurales y urbanos, al indio exterminado. En otras, se concentra en las labores urbanas (servicio doméstico, artesano, proletariado incipiente) para convertirse, ya puro, ya mestizado, en elemento étnico fundamental (Venezuela, las Antillas) o para poner un tinte más en la gama de colores de la población hispanoamericana.

Al español y su descendiente americano, al indio, al negro, cruzado en proporciones desiguales en todo el continente, vino a agregarse, en el período de organización constitucional, un elemento nuevo. "Gobernar es poblar", había proclamado un estadista americano ante la visión del desierto. Y al conjuro del llamamiento, acudieron falanges de hombres nuevos a fundirse en el amplio crisol del suelo americano. De 1870 a 1894, el saldo inmigratorio argentino, por ejemplo, es de 1.254.377 personas; de 1895 a 1913, es de casi dos millones. Sólo en el año 1889, llegan a la Argentina 260.909 inmigrantes, cuando el país apenas contaba con una población de cuatro millones. Aunque no con igual intensidad, el fenómeno se reproduce en toda nuestra América. Y es de la mayor importancia lingüística que el aporte étnico fundamental lo proporcione, en la región del Plata al menos, un pueblo muy emparentado con el hispánico: de 1857 a 1925 llegan a la Argentina 2.606.081 italianos. El 20 % de la población argentina actual está constituido por italianos e hijos de italianos. ¿Saldría de ello una cultura nueva, una lengua nueva? ¿Qué suerte correría en suelo americano el idioma y el espíritu trasplantado por pequeños puñados de plebe hispánica ante el choque con una Naturaleza nueva, ante el contacto y la fusión con el indio, con el inmigrante, al filtrarse, con el don poderoso de la universalidad, la influencia avasalladora de Francia, al extenderse, amenazador, con su enorme poderío económico y político, el coloso anglosajón?

Veámoslo en el espejo de la lengua. El idioma no es sólo el molde de la cultura, sino también su producto. ¿Iría a independizarse también de la metrópoli, a fraccionarse en tantas ramas como pabellones nacionales? Pott y Cuervo lo sostuvieron, apoyados en la argumentación filológica de concepción naturalista.

En la Argentina, donde la tendencia popularista y cosmopolita alcanzó caracteres más profundos que en el resto de nuestra América, se dió alrededor de esta pregunta una batalla (1) que conmovió todo el ambiente intelectual rioplatense, y cuyos ecos, bastante apagados por cierto, resuenan aún hoy.

Alberdi, el constitucionalista argentino, se lamentaba de que dominara la democracia en las leyes y la aristocracia en las letras, de que fuésemos independientes en política y colonos en literatura. Echeverría, recién regresado de Francia, enarbola contra ese "contrasentido" la bandera romántica, a la vez gauchista y galicista. Sarmiento, que tuvo la visión épico-histórica del desarrollo argentino (e hispanoamericano), que soñó con inundar de escuelas, oasis de civilización, el desierto de la "Barbarie", concibió también la ilusión de una lengua, si no argentina, al menos hispanoamericana: "Los idiomas —decía—, en las emigraciones como en la marcha de los siglos, se tiñen con los colores del suelo que habitan, del gobierno que rigen y las instituciones que las modifican. El idioma de América deberá, pues, ser suyo propio, con su modo de ser característico y sus formas e imágenes tomadas de las virginales, sublimes y gigantes que su naturaleza, sus revoluciones y su historia indígena le presentan. Una vez dejaremos de consultar a los gramáticos españoles (como "paso de la emancipación del espíritu y del idioma") para formular la gramática hispanoamericana". En nombre de principios muy semejantes, un poeta, uno de los forjadores de la cultura argentina como Juan María Gutiérrez, rechaza en 1876, como "americano libre", el diploma de miembro correspondiente de la Academia Española. El periodismo de ambas márgenes del Plata, y hasta la intelectualidad chilena, participaron en la batalla. Fué tan recio el ataque, que hasta uno de los defensores de la integridad de la lengua creyó que podía perderse la batalla: "¿Quién nos dice —se preguntó, no sin inquietud en 1889— que no estamos en un momento histórico semejante, hasta cierto punto, al que siguió a la caída del Imperio Romano, y que la corrupción del idioma, tan sonada, no sea, como es siempre la corrupción, una

(1) Excelentemente bosquejada en *Nuestra lengua*, de Arturo Costa Alvarez.

de tantas fuerzas de creación en la eterna transformación de los seres?"

La polémica no se detuvo en los lindes del periodismo. De los programas de enseñanza desapareció la designación de idioma castellano, sustituida por la de "idioma nacional". Pero debía corresponder a un extranjero radicado en la Argentina llegar a la verdad, involuntariamente, por reducción al absurdo. En 1900 publica el señor Luciano Abeille, miembro de la Société de Linguistique de París, con un despampanante aparato de erudición, un libro titulado *Idioma nacional de los argentinos*.

Mr. Abeille pide que en la enseñanza del idioma se fomenten, para ayudar la evolución, los cambios que experimenta el idioma nacional, que son —dice— "las repercusiones de los cambios psicológicos e ideológicos del alma nacional argentina". Para Mr. Abeille un país necesita lengua propia como necesita bandera propia, y haciendo sonar una de las dos trompetas que Voltaire atribuía a la Fama, anuncia el nacimiento de un nuevo hijo dentro de la gran familia neolatina: "el idioma argentino, expresión de una nueva raza, la raza argentina".

Pero en el libro de Mr. Abeille parece haber quedado sepultada, bajo la pesada lápida de 400 páginas, la tesis del autor. Desde 1900 se ha recorrido un buen trecho. Y aunque el alma de Mr. Abeille reaparece de vez en cuando trasmigrada en algún gacetillero, la intelectualidad argentina, e hispanoamericana, pretende rivalizar hoy con la de España en el cultivo de la lengua común.

La lucha por la independencia lingüística era continuación, en el campo de la cultura, de la guerra contra el "realista", contra el "godo". Había, por una parte, el desconocimiento de que todo pueblo (el de Berlín, el de París) tiene, junto a la lengua culta, su dialecto popular y su habla familiar. Había, por otra parte, relajación del sentido de autoridad idiomática y afición romántica al popularismo. Que desde 1900 se haya sepultado la tesis de Mr. Abeille no es una casualidad. No sólo la conciencia filológica sino el habla misma ha tomado desde entonces derroteros nuevos. En lo que va de siglo se han ido borrando los resentimientos de la guerra lejana. Las clases sociales, convulsionadas por las luchas de la independencia y, sobre todo, por la guerra civil, tienden al

equilibrio o, si se quiere, a cierto desequilibrio estable. Con el retorno del sentido de autoridad política, la escuela impone también el de autoridad idiomática. La reforma ortográfica, por ejemplo, preconizada por una autoridad como Bello, que había logrado en el siglo pasado conquistar hasta la escuela oficial de varios países, está en absoluta bancarrota. Invito a ustedes a que pasemos revista en unos minutos algunas tendencias del español de América, especialmente aquellas que, por lo profundas y arraigadas, han penetrado en el habla de las gentes cultas.

Uno de los cambios más extendidos en el español de América es el *voseo*. En casi todos nuestros países se ha perdido el pronombre *tú* (también el acusativo y dativo *ti*) con la forma verbal correspondiente, sustituido por el pronombre plural *vos* y la forma verbal popular de los siglos XVI y XVII. Se dice *vos amás* por *tú amas*, *vos tenés* o *vos tenís* o *vos tenéis* (según el país) por *tú tienes*, *andá* por *vé*, etc. Se usan estas formas aun en combinación con el acusativo y dativo *te* de segunda persona del singular: *si te perdís chifláme*; *golpiá, que te van a abrir*; *conformáte con lo que te dan*. Entre los sabios consejos que el Viejo Vizcacha le da a uno de los hijos de Martín Fierro, quiero extractar, del popular poema argentino, los siguientes:

"Hacéte amigo del juez,
No le des de qué quejarse,
Y cuando quiera enojarse
Vos te debés encoger,
Pues siempre es güeno tener
Palenque ande ir a rascarse...

No *andés* cambiando de cueva,
Hacé las que hace el ratón:
Conserváte en el rincón
En que empezó tu existencia:
Vaca que cambia querencia
Se atrasa en la parición.

Y menudiando los tragos
Aquel viejo como cerro,
No *olvidés*, me decía, Fierro,
Que el hombre no debe crer
En lágrimas de mujer
Ni en la renguera del perro.

No *te debés* afligir
Aunque el mundo se desplome:
Lo que más precisa el hombre

Tener, según yo discurro,
Es la memoria del burro,
Que nunca olvida ande come.

Dejá que caliente el horno
El dueño del amasijo;
Lo que es yo, nunca me aflijo
Y a todito me hago el sordo:
El cerdo vive tan gordo
Y se come hasta los hijos...

Si *buscás* vivir tranquilo
Dedicáte a solteriar;
Mas si *te querés* casar,
Con esta alvertencia sea:
Que es muy difícil guardar
Prenda que otros codicean.

Es un bicho la mujer
Que yo aquí no lo destapo:
Siempre quiere al hombre guapo,
Mas *fijáte* en la elección
Porque tiene el corazón
Como barriga de zapo..."

¿Tiende a fijarse como hecho lingüístico consumado este uso de *vos* por *tú*, concordando con las formas antiguas del plural? Todo lo contrario, el voseo, que estuvo a punto de triunfar en España en los siglos XVI y XVII, que fué desterrado tempranamente de Méjico, Perú y las Antillas, se encuentra hoy en el resto de América en pleno retroceso. En algunas regiones (Chile, Ecuador, Colombia, Venezuela, Costa Rica) lucha ya agónicamente con el tuteo. En otras, donde sigue dominando en el habla familiar (la Argentina, Uruguay, Paraguay, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua) no ha penetrado en la literatura y comienza a manifestarse violentamente la tendencia a desterrarlo del trato familiar (prueba de ello son las expresiones "vos te callas", "tú sos", que se oyen a veces en todos esos países).

Junto al voseo, se ha producido en el sistema verbal de toda Hispanoamérica la pérdida de la persona *vosotros*. En el trato familiar no se dice *vosotros tenéis* sino *ustedes tienen*. Esa forma ha naufragado quizá en la lucha entre el *tú* y el *vos*. La gente que decía *vos amás* habrá dejado de decir, o no habrá comenzado a decir *vosotros amáis* (que no se oye ni siquiera en aquellas regiones hispanoamericanas que han conservado el tuteo español), quizá por exagerada reacción semicultista contra el *vos* (especial-

mente contra su forma verbal concordante). Pero la lengua literaria ha restablecido en América la persona *vosotros*, que, con el prestigio de las fórmulas cultas, ha quedado reservada para las ocasiones solemnes, para las ceremonias y documentos oficiales. Un hispanoamericano usaría, para ahuyentar unos perros, la fórmula “¡Salgan!” o “¡Salgan ustedes!” (equivalente a “¡Salgan vuestras mercedes!”) que a un español tiene que hacerle prorrumpir en carcajadas. Pero la escuela enseña el uso del pronombre *vosotros*, adoptado ya, un poco anárquicamente, sin puntería muy certera, en las formas ultracultas del diálogo teatral. Y en el desconcierto que se nota actualmente en el uso alternado del *ustedes* y el *vosotros* (también de *vuestro* y *os*), desconcierto común también a mucha gente culta de distintas regiones españolas (no sólo Andalucía), puede observarse la tendencia a restablecer la forma castiza.

La pérdida de la persona *tú* y de la persona *vosotros* (la segunda persona del singular y del plural) refleja un trozo de historia hispanoamericana, refleja una crisis profunda en las relaciones con el prójimo inmediato (la mujer, los hijos, los amigos), dentro del primitivismo de las relaciones familiares y sociales de la conquista y de la colonización. Este cataclismo del *tú* (uno y múltiple), cataclismo gramatical, cataclismo cultural, cataclismo social, se desarrolla durante varios siglos. Y el retorno paulatino y triunfal de las formas castizas no es sólo expresión de una nueva ola hispanizante en la lengua, sino de nuevas relaciones culturales y sociales.

En ningún género de palabras podía manifestarse más claramente que en las fórmulas de tratamiento la conmoción social de la colonia. Algo semejante a lo que en el sistema verbal pasó con el *tú* y el *vosotros*, se observa en el destino del tratamiento de *don*. El *don* era disputado privilegio de hidalgos. ¡Las amargas burlas que debió soportar un gran ingenio del teatro español del siglo XVII, el mejicano Don Juan Ruiz de Alarcón, por haberse atrevido a anteponer a su nombre un *don* que, según parece, le correspondía legítimamente! En América ese privilegio debió, muy pronto, ser más accesible que en España. En 1818 aun se compraba el *don* en Lima por la democrática suma de 1.400 reales de vellón. La revolución hispanoamericana debió hacer gratuita

la adquisición de tan importante título, lo que, por otra parte, sucedió también en España. Pero la democratización del *don* debió ser tan general y rápida en Hispanoamérica que, en menos de un siglo de evolución lingüístico cultural, ha venido a ser tratamiento casi exclusivo de negros en Cuba y a transformarse *doña* en sinónimo de 'india' en el Ecuador (como en el Brasil). Obsérvese que si el *don* se ha depreciado muchísimo, el *doña* (¡oh eterno femenino!) es en algunas regiones ofensivo y hasta insultante. Y aun así, el tratamiento, democratizado ya como en España, tiende a imponerse de nuevo en nuestros países (ya lo consignaba Cuervo en su tiempo) por influencia de la lengua literaria, precisamente cuando quizá tiende a esfumarse del habla peninsular.

Esa misma influencia de la lengua literaria ha hecho desaparecer casi por completo de la pronunciación de las generaciones jóvenes urbanas de la América hispano-parlante la diptongación anti-hiática (*máistro, páis, pión, pueta*) que pronunciaron nuestros mayores en casi todos nuestros países. Esa pronunciación se oye aún hoy en momentos de énfasis (el afecto es el cordón umbilical que vincula cada generación con el pasado), pero ha sido desterrada ya del habla de las personas cultas, aunque tenía el carácter de una tendencia triunfante en el habla de casi toda América y gran parte de España. Casi lo mismo puede decirse del *yeísmo*. La pronunciación *cabayo* o *cabaño* (y también *cabaño, cabaño, cabayo* y hasta *cabazo*) por *caballo*, que, según las regiones y el grado de énfasis, mantienen, hasta con orgullo nacional, las generaciones maduras, ha desaparecido ya de la declamación y de la oratoria solemne, desaparece del teatro y tiende a desaparecer hasta del lenguaje familiar urbano ante la *ll* restablecida por la escuela.

Las mismas tendencias se manifiestan, aunque no con tal nitidez, en la articulación de la *rr* (las pronunciaciones *perro* con *rr* sibilante y *tres* con *r* sibilante, sorda y africada) y, sobre todo, en la aspiración o pérdida de la *s* final de sílaba (*ehpia* 'espía', *lo fóforo* 'los fósforos'). El lenguaje hispanoamericano tendió también a la pérdida de las formas *amase, tuviese*, etc., del subjuntivo, reemplazadas, como en gran parte de España, quizá por razones de eufonía, por las formas *amara, tuviera*, etc., del antiguo pluscuamperfecto de indicativo. Pero la lengua literaria tiende a

contrarrestar esa tendencia restableciendo con redoblado prestigio las formas *amase*, y también las formas del futuro de subjuntivo (*amare, quisiere*), desaparecidas enteramente del lenguaje popular. También el futuro sintético de indicativo (*cantaré, comeré*, etc.), en profunda decadencia ante las formas analíticas (*voy a cantar, voy a comer*, etc.) se oye de nuevo en el habla culta y familiar, manteniendo su nota esencial en la gama expresiva de la lengua. Con el desgaste general de la forma pasiva, producido en América a un ritmo más rápido que en la Península, se ha llegado a una situación ambivalente: por un lado se dice y se escribe *se vende naranjas* 'se venden naranjas', *se alquila casas* 'se alquilan casas' (construcción reflejo pasiva) por sentir las el hispanoamericano como meras frases impersonales y no pasivas (alrededor de esta cuestión hubo, también en España, animadas polémicas); por otro lado, la influencia de la gramática mantiene a veces, sobre todo entre la gente para la cual el idioma es algo parecido, frases como "las casas son cerradas en Berlín a las 8 de la noche" ('las casas se cierran'...), que atentan contra el sentido actual de la lengua. En ambos casos, y también en el *loísmo* (*lo quiero a Carlos* 'le quiero'...), que es general al habla popular de toda América, las formas consagradas por las autoridades literarias de España penetran, a ritmo acelerado, en el habla culta.

En el terreno de la fonética el lenguaje hispanoamericano aun se mantiene enteramente fiel a un solo cambio: el *seseo*. La *z* (*ciencia, civilización*) no se ha conservado ni en un solo rincón hispánico de América. Se la ha sustituido en todas partes por la *s* regional, que tampoco tiene el matiz castellano. Esa *s* no sólo diferencia el habla hispanoamericana de la española sino que presta su modalidad específica al habla de cada región. Ningún gramático o purista hispanoamericano se ha atrevido hasta ahora a vindicar la pronunciación de la *z* o la articulación castellana de la *s*. Si un hispanoamericano, aun en conferencias solemnes, se atreviera a pronunciar la *c* o la *s* de Castilla recogería desdeñosas sonrisas de conmiseración. Y a pesar de ello, en el teatro culto de Méjico y en los torneos de declamación de Puerto Rico, país de sólida tradición casticista a pesar de 30 años de ocupación norteamericana, se está imponiendo ya la *c*, y nada tendrá de

extraño que así como la pronuncia, al menos en sus discursos, el sevillano culto, la llegara a pronunciar en el porvenir el hispano-parlante de América que comienza a tener, con pasión de neófito, el fanatismo, tantas veces exagerado, de la corrección.

Este fanatismo de la corrección, el prestigio de la letra escrita y la lucha contra el vulgarismo han restablecido en la Argentina, por ejemplo, la pronunciación *ado* de los participios (*amado*, *cantado*, que el castellano culto pronuncia *amáo*, *cantáo*) y ha estado a punto de restablecer la pronunciación de la *v* labiodental, la clásica “*v* de *vaca*”, que no existió nunca en castellano (la confusión entre *b* y *v* se encuentra documentada en los primeros documentos hispano-romanos de la Península Ibérica, hacia el siglo III). Así, a niños de muchas partes de América se les oye proclamar con sus pronunciaciones *amado*, *vivir*, el triunfo de la palmeta gramatóloga del maestro. Pero no sólo eso. El prestigio de lo literario, junto a la falta de sentido innato del idioma en gran parte de la población, ha impuesto en la lengua familiar expresiones reservadas en España al lenguaje literario: un español se va a cortar *el pelo*, un argentino se corta con frecuencia *el cabello*; un castellano nos presenta su *mujer*, un hispanoamericano nos dirá, muy ceremonioso, “le presento a usted mi *señora*”, o bien “mi *esposa*” cuando no le presenta a uno la “*señora esposa*”. Es frecuente que una mujer hispanoamericana del pueblo se queje de que el esposo (le parece preferible tener *esposo* que *marido*) se pasa la noche en la taberna o en el café. Un español enamorado, y aunque no lo esté, podrá decirle a su dama: “¡te quiero!”. No es raro que en oportunidad tan solemne diga un hispanoamericano, con voz trémula, “¡te amo!”...

América ha recibido el idioma español no como una suma de fonemas, morfemas y semantemas, sino como un sistema orgánico y coherente. El hispano-parlante de América ha tenido que satisfacer sus necesidades expresivas dentro de ese sistema, a menudo en forma divergente en las distintas regiones. Cada región tiene por ejemplo sus propios post-verbales (en la Argentina *desbande* por *desbandada*, *llamado* por *llamamiento*, etc.). Cada región ha desarrollado, poniendo en ello distintos matices afectivos, su propio sistema de aumentativos y, sobre todo, de diminutivos (*amigazo*, *buenazo*, *querendón* en la Argentina y otros países; *reciencito*,

mismo, *apenitas*, *yaíta*, *ahoritita*, *callandito*, etc.; el sufijo *ico* en Cuba y Santo Domingo; *ete*, *eta* en el Perú y Costa Rica; *ito* en la Argentina y Chile, etc.). Este sentimiento del idioma como sistema explica que el hispanoamericano diga *el vuelto* para no confundir “lo sobrante de una cantidad de dinero al hacer un pago” con “la vuelta” de una calle o “la vuelta” al hogar. Pero de los muchos casos existentes quiero referirme a uno, de cálida actualidad. La única rama de la producción industrial que en nuestro período de crisis presenta “Hochkonjunktur”, que registra aumentos continuos, es la producción de trabajadores... sin trabajo. El indoeuropeo o el latín, verdad que eran lenguas de épocas mucho más atrasadas, no nos habían dado ninguna expresión para designar al sin trabajo. Había, pues, que crear. En España predominó la idea de “cesar”, de “detenerse”, y le llamaron *parado*. Pero en América parado es “el que está de pie”, aunque trabaje doce horas al día en las plantaciones y minas. Hubo que recurrir a otra imagen y se dijo *desocupado*, palabra que no suena muy bien a un español, porque la asocia a otras de su sistema. Tenemos, pues, *parado* y *desocupado*, lo cual constituye evidentemente un caso de superproducción. ¿Cuál irá a imponerse? Se lee ya a veces *desocupado* en la prensa española y *parado* en la hispanoamericana. Las vinculaciones entre el movimiento obrero trans y cisoceánico tienden a generalizar ambos términos. ¿Cuál se impondrá? Quizá el español, quizá ambos, enriqueciendo así la capacidad expresiva de la lengua. A no ser que el progreso social haga completamente superflua la palabra, resolviendo así, como Alejandro resolvió el nudo gordiano, este grave problema... lingüístico.

Como era lógico, en el español de América debían agonizar o morir (la eterna ley de la entropía) muchas expresiones supervivientes en la península: a veces por causas fonéticas se dice, por lo común, *cocinar* el pan o *cocinar* el puchero y no *cocer* el pan o el puchero, evitando la cómica homonimia con *coser*; no dirá un cazador que se va a *cazar*, sino que va a *cacería* o *de cacería*, porque correría el riesgo de que le tomaran por hombre poco moderno; igualmente se restringe o se pierde el uso de *cebo*, *acecinar*, *sima*, etc.); otras veces, por particularidades de la industria o de la Naturaleza en el Nuevo Mundo (no se dice *tejado* porque los techos hispanoamericanos no son de tejas; no se dice *agostar*

porque entre nosotros no se agosta la Naturaleza en agosto, sino que aparecen los primeros brotes, anunciadores de la Primavera). Pero debía manifestarse también en la lengua de Hispanoamérica la ley de la creación, la ley de la evolución semántica. Donde esta evolución alcanza sus caracteres de mayor elocuencia es en ciertos términos, de los que no quiero ni puedo acordarme, que el primitivismo de las relaciones amorosas de la colonia ha teñido (en la Argentina, por ejemplo) de profundo valor afectivo, desplazándolos enteramente del lenguaje social. No he de citar ejemplos, porque temo que estos augustos muros académicos se desplomen sobre mi cabeza. Pero quiero, sí, mencionar un caso de creación metafórica popular. Nuestra palabra *músculo* procede, como se sabe, del latín *musculus*, que significaba 'ratoncillo'. ¿Cómo podían los romanos ver en el músculo, en el bíceps, por ejemplo, el músculo por antonomasia, la imagen de un pequeño ratón? Y he aquí que el pueblo de Costa Rica, para designar el molledo del brazo, el bíceps, recrea la imagen latina, emplea la misma palabra *ratón*, testimoniando, a través de varios milenios, la identidad fundamental de la retina humana. Pero, con todo, de la lengua literaria hispanoamericana no se han perdido *cocer*, *acecinar*, *sima*, *cebo*, *tejado*, *agostar*, *coger* ni se ha impuesto *ratón* con la significación de bíceps en el habla culta de Costa Rica.

La tendencia hispanizadora se nota también en el aporte lexical extra-hispánico. Si encontramos decenas de indigenismos (*cacao*, *chocolate*, *canoa*, *tabaco*, *maíz*, *patata*, etc.) en todas las lenguas de Europa, ¿sería extraño que el español de América estuviera inundado de indigenismos? Sin embargo, no sucede así. Hay regiones donde el indio aun predomina (el Perú, Bolivia, Paraguay, Ecuador) o donde constituye una parte fundamental de la población (Méjico); hay regiones donde se han desarrollado verdaderas lenguas de relación hispano-indígenas, de carácter provisional, y, sin embargo, en el habla de los hispanos-parlantes, la influencia indígena es realmente insignificante (se refleja sobre todo en la entonación) y se halla en continuo retroceso. El español penetra, en cambio, cada vez más, en la lengua indígena, misionero de una cultura superior, desterrando sus expresiones tradicionales. Es verdad que Lenz, el gran filólogo que

en Santiago de Chile consagró la vida a su vocación lingüística, pudo, con la meticulosidad científica alemana, formar un voluminoso diccionario de más de 1.600 americanismos del español de Chile (agregando los derivados suman más de 2.500), pero esa valiosa obra tiene un valor de registro; todos esos indigenismos existen, para usar las expresiones consagradas por Ferdinand de Saussure, en la *langue* (el lenguaje de la comunidad social), pero no en la *parole* (el lenguaje como "acto individual de la voluntad y de la inteligencia"), en la lengua pero no en el habla. En el español de Colombia sólo han quedado unos ocho vocablos del chibcha, muerto hace ya dos siglos. Grossmann cree que sólo unos 80 indigenismos se emplean en el español de la Argentina, pero puede afirmarse que los que no representan la designación de animales o de plantas americanas se encuentran en paulatina desaparición. Para el español 'cerdo', por ejemplo, han adoptado el lenguaje argentino y chileno, y luego el de otras partes de América, una palabra indígena, *chancho*. ¿Por qué? El español tiene para ello una riqueza extraordinaria de expresiones: *cerdo*, *marrano*, *puerco*, *cochino*, *guarro*, *gorrino*, y una numerosa cantidad de expresiones dialectales. ¿Por qué fué a elegir el hispano-hablante de América una expresión indígena? Sin duda porque el cerdo está siempre asociada a representaciones de orden afectivo. En Alemania es el símbolo popular de la felicidad o de la suerte. En nuestros países encarna la idea de suculencia, física o moral. Se conserva, pues, la palabra *chancho* por ser lo que el profesor Gamillscheg, el Mecenaz del hispanismo en Berlín, llama una "reliquia de lenguaje", un trofeo que testimonia el triunfo de la lengua adoptiva. ¿Pero toma acaso la extensión de la palabra española *cerdo*? De ningún modo. Queda relegada al lenguaje rural o familiar. La persona culta dirá *chancho* en su casa y *cerdo* en público, como dirá *borracho* en su casa y *ebrio* en buena sociedad. *Chancho* reaparece en el lenguaje social en momentos de énfasis (Fulano es un *chancho*, Zutano me hizo una *chanchada*). Pero una palabra depreciada socialmente, que va pasando al campo de la afectividad, es decir, a la subconciencia del lenguaje, está destinada, más tarde o más temprano, a perecer.

Veamos otro ejemplo ilustrativo. Para el español 'patata',

un producto americano, se dice en toda América *papa*, que es la forma legítima, del quichua. La forma castellana (que ha dado luego el inglés *potato*) representa un cruce, una confusión entre *papa* y *batata*, otro tubérculo americano, la "papa dulce". Pues bien: comienza a haber escritores hispanoamericanos que escriben *patata* y academizantes que consideran inaceptable la palabra *papa*. ¿Sería difícil que con el tiempo desapareciera la palabra *papa* del lenguaje hispanoamericano? En lingüística no siempre triunfa lo legítimo. Dios está siempre de parte de los ejércitos más fuertes.

La misma tendencia hispanizadora, con las consiguientes exageraciones, se manifiesta hacia el aporte afro-negrista (realmente escaso) y en la porfiada lucha contra el galicismo, que ha tenido los caracteres de una verdadera Guerra Santa. Desde que Montalvo, el gran escritor ecuatoriano cuyo centenario acaba de festejarse, dijera (hacia 1870) que "el castellano de hoy no es sino el francés corrompido" (véanse para ejemplo las novelas de Cambaceres, un discípulo argentino de Zola) hasta hoy, en que expresiones impuestas en casi todas las lenguas del mundo, como *constatar*, *control*, *rol*, *banal*, etc., van desapareciendo hasta del lenguaje periodístico, se ha andado un buen trecho. Lo mismo pasa, en las regiones de inmigración italiana, con el italianismo. Es verdad que en ciertos arrabales de Buenos Aires se habla una jerga gringo-criolla, se habla "en cocoliche", del que tenemos muestras pintorescas en la letra del tango. Pero esa habla tiene un valor social muy limitado. El hijo de italiano se siente, por la obra asimiladora del medio y de la escuela, divorciado del padre, y con un sentimiento nacionalista que traiciona muchas veces al recién llegado. El "cocoliche", el "tano", el "grébano", con sus jergas mixtas, pasaron a enriquecer el teatro cómico y la literatura de arrabal. El italianismo, que había penetrado profundamente en el habla familiar de todas las clases sociales (sobre todo *cháu* 'adiós, hasta luego', *cachar* 'coger, tomar el pelo', *farabute* 'pobre diablo', *manyar* 'comer', etc.), y hasta, en proporciones mucho menores, en la literatura, se encuentra en retroceso. La lengua tiene poderosos glóbulos blancos contra toda intromisión extraña. Además, el aporte inmigratorio italiano se

ha paralizado en los últimos años. El organismo idiomático tiene un compás de espera para restablecer su equilibrio vital.

¿Y el inglés? Si se prescinde de los territorios de Nuevo Méjico, Arizona, Colorado, California y Tejas, arrancados a Méjico hace ya más de 80 años, y donde el anglicismo penetra constantemente, favorecido por causas políticas, en el resto de Hispanoamérica la influencia del inglés (limitada sobre todo al deporte y a la navegación) no es mayor que en el español de la Península. Esa influencia ni siquiera es mayor en países como Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico, Panamá, Nicaragua, que han contado, en repetidas ocasiones y hasta durante decenios, con la visita, inesperada e indeseada, de los funcionarios, los agentes de negocios y la marinería norteamericana.

Vemos, pues, que lejos de tender el español de América a la independencia lingüística, se orienta cada vez más hacia la unidad. Un escritor argentino (el general Lucio V. Mansilla), pudo vanagloriarse, humorísticamente: "Si otros hablan la lengua castellana, yo hablo la lengua que me da la gana". Pero ya Unamuno decía que en Colombia, por ejemplo, "se escribe, en general, un castellano mucho más castizo que en España".

Al pronosticar Cuervo, hace 30 años, la independencia del español de América, afirmaba los siguientes hechos: el casi desconocimiento de la literatura española en nuestra América; la vida espiritual hispanoamericana se alimentaba en fuentes que no eran españolas; la influencia de la que había sido metrópoli iba debilitándose cada día; la tradición literaria y lingüística decaía, incapaz de resistir a las influencias exóticas; eran escasas las comunicaciones entre pueblos tan diversos y tan distantes; dominaba el desdén por la metrópoli; los puristas veían sus esfuerzos condenados a la impotencia; se infiltraba arrolladora la inmigración extranjera y no existía ninguna norma reguladora. ¿Es acaso éste el panorama que puede presenciarse hoy, apenas 30 años después de los vaticinios agoreros del filólogo colombiano?

Hemos visto, en el desarrollo lingüístico de los últimos 30 años, la tendencia a una creciente hispanización y el paso de la tradición hispánica popular de los siglos XVI y XVII a la realidad hispánica culta del presente. Ello sólo ha sido posible por la obra general de la cultura, que debía expresarse lógicamente

en el cultivo de la lengua. Por la difusión creciente de la literatura española, cuyo refluorecimiento magnífico desde la generación del 98 (tras la esterilidad pseudoclásica y romántica), le prestó alas para atravesar el Océano. Por la creciente vinculación entre la vida intelectual, universitaria, periodística de España y de América, compañías teatrales españolas (Guerrero-Mendoza, Catalina Bárcena, Lola Membrives, Margarita Xirgú), han recogido y recogen ovaciones triunfales en todos los países de hispanoamérica. Actores y actrices de la Argentina (Camila Quiroga, Enrique de Rosas, Berta Singerman), triunfan en Madrid, donde se acoge con entusiasmo la nota de colorido regional y donde se comienza a cantar el tango con entonación de arrabal porteño. Periodistas hispanoamericanos se destacan en el periodismo español, mientras que la prensa admirable y grandiosa de nuestra América se disputa los mejores escritores españoles. La radio y el cine parlante vienen en nuestros días a multiplicar el milagro de la palabra articulada. Aumenta también, y no podía ser de otro modo, en nuestro tiempo, el intercambio de personas e ideas entre el movimiento obrero español y el hispanoamericano, que ha recibido de la Península la herencia anarco-sindicalista. El escenario cultural español se agranda día a día. Podrán los españoles quejarse de que el libro francés sea aún preferido, podrán los hispanoamericanos afirmar amargados que hay más interés por nosotros en París que en Madrid; lo cierto es, si se analiza el movimiento del último tiempo, que el impulso está dado y nada ni nadie lo detendrá.

Se ve, pues, que la realidad histórica ha defraudado a los fáciles comparatistas que auguraron al español de América el destino que cupo al latín en las regiones aisladas y barbarizadas de la Romania. "Parece —dice Vossler— que los idiomas europeos se están helando en el curso de los últimos siglos, hecho notable y asombroso, ya que podría desmentir el optimismo de muchos lingüistas demasiado presurosos al identificar el proceso de los idiomas con el de la civilización y el del pensamiento... Es el intenso y febril trabajo de conservación... Se contrapesan las tendencias destructoras o renovadoras y las restauradoras, conservadoras. El periodo idiomático actual es de *movilidad estable*, de solidez elástica... Parece que no hay movimiento lin-

güístico y, al contrario, el movimiento se ha hecho más intenso, más general y más diverso que en la época bárbara en la que tuvieron lugar las transformaciones catastróficas, fonéticas, flexivas y morfológicas, que dieron lugar al surgimiento de los idiomas románicos y germánicos. He aquí un verdadero progreso lingüístico que sólo se manifiesta como pura fuerza de inercia. . .”

Pero entendámonos. Si en el desarrollo lingüístico de la América hispano-hablante no podemos menos que reconocer, sobre todo en el habla de las clases cultas, una acelerada tendencia hispanizadora, no quiere ello decir que la tendencia consista indefectiblemente en adoptar el término peninsular, en desterrar la creación americana. Las lenguas no se estancan por más esfuerzos que hagan los academizantes. Cuando decimos que el español de Méjico o del Perú tiende a hispanizarse cada vez más, no queremos decir que el habla ha de ser igual en la ciudad de Méjico o de Lima que en Madrid. Nada sería más falso, nada se opondría más a la naturaleza misma de la lengua. Si no son iguales el habla de Madrid, de Sevilla y Salamanca, si no es igual el habla de Unamuno a la de Baroja, si cada persona tiene, hablando rigurosamente, su habla propia, coloreada por el desarrollo de su vida afectiva o consciente, por las condiciones materiales o espirituales en que vive, por su experiencia vital, ¿cómo podría ser igual a la de Madrid el habla de 19 repúblicas alejadas de la antigua metrópoli y entre sí por la inmensidad del Océano y de sus llanuras y montañas? El mejicano, el argentino, el colombiano podrán hablar la lengua culta de Castilla, podrán enseñarla en las escuelas y universidades, podrán articularla en el teatro o en el film sonoro, pero, al modular en las formas de expresión de su lengua la concepción o la emoción propias, le infundirán su propia alma, su propio estilo. En ello consistirá siempre la diferencia fundamental entre el habla peninsular y el de las distintas repúblicas hispano-hablantes. El alma del indio, del negro, del inmigrante, la historia de la conquista, de la colonización, de la independencia, de la guerra civil, agregan una nueva nota melódica, ponen un nuevo, un distinto matiz emocional en el habla de las naciones hispanoamericanas, matiz que tienen también, por sus condiciones materiales y por su historia, las distintas regiones de la Península Ibérica.

En materia de lenguaje, el imperialismo es tan agostador como la autarquía. La garantía de unidad lingüística en el inmenso territorio hispánico no la podrá proporcionar la obediencia ciega, la tiranía, sino la marcha paralela de la cultura y de la lengua, la evolución concordante de todas las regiones hispánicas. Se españoliza el español de América, pero también el de España se "americaniza" (los pelotaris han introducido en España la palabra *cancha*; Unamuno propició el uso del argentinismo *macana*). Rubén Darío, un centroamericano, abre una brecha profunda en la literatura española. El tango argentino, la canción antillana o mejicana, el teatro, la literatura hispanoamericana, hoy también el film parlante, las formas multiformes de la moderna vinculación cultural entre los pueblos, tienden, al favorecer un desarrollo coherente y paralelo, a mantener la unidad viva de una lengua, en cuyos dominios no se pone nunca el sol.

Este problema de la lengua se reproduce en el problema de la formación cultural. ¿Seguiría la lengua tendencias centrípetas y la cultura tendencias centrífugas? ¿Sería la lengua hispanoamericana y la cultura, en cambio, indoamericana? ¿O irían a constituir nuestras repúblicas hispano-parlantes una América latina cosmopolita, moldeada por el genio tutelar de Francia?

Extendamos la mirada hacia Hispanoamérica. Veremos en las temporadas teatrales y líricas las mejores compañías, los mejores actores, los mejores músicos, los mejores dirigentes del arte europeo. Veremos florecer sociedades wagnerianas y orquestas filarmónicas. En Filosofía, sociedades neokantianas o neohegelianas. La última palabra de Europa (Freud, Spengler, Keyserling, Einstein, Scheler, Dilthey, Husserl, Heidegger), despertando ecos vivos. La literatura y la música rusas. El último *ismo* (expresionismo, cubismo, ultraísmo, dadaísmo, futurismo, simbolismo, superrealismo), provocando enconadas batallas en los cenáculos literarios y artísticos. En el vestir, el último, el más brillante figurín de París. En economía y en política, superproducción e infra-consumo, fascismo y comunismo. Y, como no podía faltar, también entre nosotros los predicadores de una

nueva religiosidad, del retorno a una nueva Edad Media o del brebaje milagroso de la cultura oriental.

Pero no nos engañemos. Son las luces de la gran ciudad. Alguien ha dicho que el viajero que se aleje de los grandes centros urbanos para dirigirse hacia el interior del continente hará no sólo un viaje a través del espacio, sino también, con mucha mayor rapidez, a través del tiempo. Avanzará centenares de kilómetros para retroceder simultáneamente centenares de años. El panorama cobrará entonces otros tonos.

Toda la vida política y cultural de Hispanoamérica, todo su doloroso drama histórico, reposa en ese dualismo entre el interior y la ciudad. Mientras las entrañas profundas de nuestro continente siguen viviendo en pleno feudalismo, su cerebro urbano ha desarrollado un deforme cráneo moderno, y hasta modernista. Mientras las ciudades cosmopolitas y europeizantes ensayan en poesía, en música, en el lienzo, las formas refinadas e insinceras del arte decadente, el campo sigue cantando la copla y el romance de la Edad Media española, conservadas, con milagrosa fidelidad, desde California hasta la Argentina y reflorecidos bajo nuevas circunstancias históricas, frente a una naturaleza y un mundo nuevo, en la poesía gauchesca del Río de la Plata, en las canciones cholas de Bolivia, en las poesías guasas de Chile, en las llaneras de Venezuela y de Colombia, en las canciones del jibaro portorriqueño, en los corrillos de los charros y en las canciones de los léperos mejicanos.

Podrá vanagloriarse a menudo Hispanoamérica de su espíritu progresista en el siglo XIX. Podrá haber adoptado, en su política, el ideario de los enciclopedistas y el modelo democrático de la Constitución norteamericana. Pero la profunda realidad social no ha sido la república democrática, sino el caudillismo feudal. Con la Constitución o contra la Constitución, ha dominado el caudillo (el castizo *capdiello* del *Mío Cid*), como en España el cacique. El cuartelazo es hermano —¿mayor o menor?— del pronunciamiento. Si España ha contado con la omnipotencia del general, no es ciertamente carestía de generales la causa de los males hispanoamericanos. El latifundista español, he aquí la llaga viva de todo el sistema, se ha visto aumentado y corregido por el hacendado mejicano, el estanciero argentino o el gamonal del

Perú. Podrá nuestro Código, nuestra ley, ser de origen francés o norteamericano, pero la trampa, simultánea a la ley, más real que la ley, es profundamente hispánica. La misma reviviscencia del espíritu español, con notables arcaísmos, en el predominio del individualismo (el indígena había creado civilizaciones de tipo colectivista), un individualismo sin individualidad, en el menosprecio de la actividad comercial o industrial y del trabajo manual, en las tendencias anarquistas antipolíticas (en realidad prepolíticas), del movimiento obrero. La misma reviviscencia hispánica en la posición social y familiar de la mujer (¡nuestra sacrificada mujer hispanoamericana!), en la ausencia de una verdadera vida familiar y social. La misma tristeza, el mismo "sentimiento trágico de la vida". La civilización, el progreso, lo exterior, será cosmopolita. La cultura, lo profundo, lo anímico (hablo de la vida histórica de los pueblos, no de los individuos) es profundamente hispánico. Nos habremos vestido el traje de París perfeccionando a veces su línea o adornándolo, otras, con las ostentosas plumas indígenas, pero todo lo que bulle detrás de la tela es, desde Méjico a la Argentina, con matices variados, bullir de sangre española.

¿Y cómo se explica que pequeños puñados de plebe hispánica, al disolverse en la inmensidad americana, hayan plasmado hasta tal punto el alma histórica de un continente, le hayan impreso en tal grado el sello inconfundible de su personalidad? Es que la conquista y la colonización significaron, junto al triunfo de las armas, la imposición de las instituciones económicas, políticas, religiosas y jurídicas de España y, con ello, la imposición de su cultura. La historia hispanoamericana, colonial e independiente, se ha movido hasta ahora dentro de los moldes orgánico-fisiológicos de la herencia peninsular. ¿Y el indio? Ya sé que hay seductoras filosofías indianistas. Pero no creo en tanta belleza. El indio no ha pronunciado aún su palabra propia en la historia hispanoamericana. Ni siquiera esa tristeza que Keyserling encontraba en el argentino, que otros dan como característica del mejicano (tristeza que no es, me parece, más que sexualidad introvertida), ni siquiera esa tristeza es indígena. Quizá haya

un matiz suyo en esa tristeza, como lo hay, sin duda, en la cultura, como lo hay en la entonación del habla hispanoamericana. Pero sólo un matiz de estilo, sólo la entonación. A veces ha parecido surgir su voz, pero repetía palabras ajenas, era sólo carne de cañón. La revolución mejicana pareció abrirle el pórtico de la historia. Pero las puertas se cerraron inmediatamente. Sin embargo, el indio, que, en mi opinión, ha permanecido hasta ahora en la prehistoria, es aún una promesa. En el movimiento social de toda Hispanoamérica comienza a proclamar el derecho a la tierra, a justicia social, a su lengua, a su cultura. Y si resiste victoriosamente a la alcoholización y al embrutecimiento a que le hemos condenado los blancos en cuatro siglos civilizadores, ha de poner aún una nota nueva, su nota, en la síntesis de la cultura hispanoamericana.

Evidentemente, no han de repetir los países hispanoamericanos la lenta evolución de cinco siglos post-renacentistas. Nuestra América ha nacido millonaria, ha dicho alguien. Y todo su proceso político y cultural consiste hoy en llenar en años el abismo de siglos para penetrar, con su propia síntesis, dentro del nexo de la cultura occidental.

El *Martín Fierro*, el popular poema argentino, continuaba la tradición hispánica popular de los siglos XVI y XVII. Rubén Darío había sido el poeta cosmopolita de nuestra América. Quiero ver el símbolo de la evolución actual (el símbolo, nada más) en una obra reciente de la literatura argentina, hispanoamericana y española: *Don Segundo Sombra*, de Güiraldes. He ahí aún el dualismo entre el resero, entre el gaucho que vive la vida honda de la pampa y el poeta nuevo que contempla, con emoción refinada por la visión de Europa, su vida de ayer. Sin duda, en *Don Segundo Sombra* no está lograda aún la síntesis definitiva, pero, ¿está lograda acaso en la vida económica, política y cultural de la Argentina, de toda Hispanoamérica?

Se han acumulado alrededor del problema de la lengua y de la cultura de Hispanoamérica pasiones nacionales. La historia resuelve concretamente la cuestión, borrando en este terreno las fronteras continentales y oceánicas. Pero se han acumulado tam-

bién intereses imperialistas. Una lengua es norma, es un tratado, un convenio entre el parlante y un interlocutor monopersonal o múltiple. Si el hispanoamericano aspira a que su voz llene todo el ámbito hispánico, ¿a qué norma se atenderá? Ya lo ha dicho un poeta argentino: la capital de la lengua española estará allí donde florezcan sus mejores poetas. No sólo la capital de la lengua. La capital cultural, la capital del mundo hispánico, "el meridiano intelectual de Hispanoamérica" (para decirlo en términos que encontraron eco rebelde en todos nuestros países), estará allí donde los escritores y pensadores de lengua española sepan levantar sus mejores monumentos de emoción y de pensamiento, donde sus políticos y estadistas sepan darle a las sociedades que dirijan senderos más ejemplares, donde más altos flameen los principios universales del hombre.

En la hermosa leyenda de la antigüedad, la creación de cien lenguas distintas es un castigo al orgullo de los hombres. Pero al levantar hoy las 19 repúblicas hispano-hablantes de América la Torre de Babel de la propia cultura, no se verá interrumpida la labor de sus 80 millones de seres por la incompreensión, por la mezcla de las lenguas. Porque al echar los cimientos y levantar la cúpula, pondrán los obreros la emoción solidaria y fraternizadora de la lengua común.

ANGEL ROSENBLAT.

NOTA. — Este trabajo será publicado también por la Universidad de Berlín en su serie de folletos *Vom Leben und Wirken der Romanen*, I, N° 3.

CANCIONES DE LA NIÑA DE ANDERSEN

SIRENITA.

"Todo lo daría por él y por conquistar un alma inmortal".

Sirenita, (ANDERSEN).

HERMANITA Sirena, de la preciosa historia,
Te veo cuando juegas en tus jardines verdes
Con nácares rosados donde los ecos moran,
Y ramos de corales, o estalactitas leves,
Pequeña, tan elástica, toda de oro y de plata,
Con los cabellos verdes, los ojos transparentes.

Rubias espumas de ámbar te forman rosas de oro
Y las conchas de nácar te regalan sus perlas;
En tu jardín de esponjas, de algas y corales,
Nadas hasta que el agua luce su transparencia.

Y aunque todo proclama tu beldad, el que adoras
Cruza altivo y lejano sin palpar por ella;
Te veo en un nocturno de luna, sollozante.
Quieres tener un alma; quieres pisar la tierra.
Tu visión de lo humano es el amor más triste:
Un Rey indiferente sobre su nave en fiesta.

Sacrificas tu voz para mirarlo siempre,
La tierra amarga sangra tus piecitos leves

La humanidad oscura de la carne te pesa
El dolor del amor despreciado te duele.

Pobrecita Sirena, sirenita de plata
Criatura de espumas, de aire, de agua, y de estrellas,
¡Cómo bailas la noche de las ajenas bodas
Con el desprecio alegre, propio de un alma excelsa!
Tu hermosura deslumbra como un óleo fragante
Pero no la comprende aquel por quien te quemas.

¡Pobrecita Sirena, sirenita de plata!
El amor y el dolor son el precio terrible
A que Dios nos da un alma.

ENFERMA.

PERDIDA en el país rojo, incendiado
De una doliente fiebre que no cesa
La niña sueña ser esa princesa
Siempre feliz, de un cuento iluminado.

Todo el ramaje del empapelado
Vive una primavera y la dureza
Blanca y helada del espejo, expresa
La entrada de un palacio niquelado.

La fiebre —invernadero con cristales—
La encierra en un jardín de fantasía
Y fuerte y honda clava en su interior,

La planta de raíces iniciales
El dulce mal de la melancolía
Que después en los años, dió su flor.

ROMANCE DEL RELOJ DE CUCO.

MUNDO feliz de la infancia,
Donde es expresión intensa
El tamaño más minúsculo
Y la gracia más pequeña,
Y un hormiguero supone
Un palacio bajo tierra!

Me acuerdo de una casita
Fina, labrada en madera
En la que vivía un pájaro
Avaro de su presencia.
Blancas cifras del reloj,
Me parece que las viera!
¡Preciosas agujas níveas
Que entonces marchaban lentas!,
Cuando formaban cierto ángulo
Se abría la puerta hermética
Y el pajarito cantaba
Para volverse a una ausencia.

Yo suponía una vida
De cuento en el ave aquella
Presa en la oscura casita
Alta, sonora, secreta.

Mis horas —rosario de agua—
Se iban desgranando lentas:
Hora del parque o del te
Del paseo y la muñeca
Del rezo a solas y el cuento
Para que el sueño viniera.

¿No te volarías, pájaro,
De tu casita secreta?
¿Dónde estás hoy, en qué rama,
En qué jardín, en qué estrella?

Se acabó el rosario de agua,
 Sonaron horas intensas
 Pero tú no las cantaste
 En graves metales suenan;
 Te volaste de la rama
 Que daba sombra a mi senda
 Marcaste mis horas de oro:
 Cumpleaños, Nochebuenas,
 Para mi vida sin nubes
 Cantaba tu primavera.

Y hoy vives en los relojes
 De infancias que son y llegan;
 Canta, canta siempre, dulce
 Canta ilusión, para ellas!

ULTIMA PAGINA.

ESTE es el libro rosa del pasado;
 Aquí está aquel hogar —estampa en oros—
 Me detuve a cantarlo, muy despacio.

Esta es la callecita de los sueños,
 Que de un jardín asciende a las estrellas,
 ¡Aquel jardín de tantos vuelos trémulos!

Aquí está la ventana de colores
 De los primeros libros milagrosos,
 Con su regalo de inefables goces.

Aquí está la fragancia conservada
 De antiguas Navidades luminosas
 De compartida gloria en los hallazgos.

Aquí están todas las queridas almas,
 Ignorantes del mal y de la muerte,
 En el dichoso tiempo de la infancia.

Aquí están los hermanos, un racimo
Feliz, como los dedos cariñosos
En el momento de rezar unidos.

Y aquí están las memorias melancólicas:
De ocho hermanos —lo mismo que en los cuentos—
Dos se fueron de viaje y no volvieron.

Así este libro, como las estampas
Donde los rostros no envejecen nunca
Prolonga la dulzura de mi infancia.

Y bajo el signo de oro de una estrella
Lo concluyo, feliz porque en sus páginas
Mi corazón ha vuelto a ser como era.

MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ.

1933.

LA AVENTURA DEL HOMBRE

Farsa edénica, asaz ortodoxa

POR VÍCTOR JUAN GUILLOT

Personajes: Adán. — Eva. — La Serpiente. — Ofical de las Milicias celestiales. — Miles 1º. — Miles 2º. — Miles 3º. — Miles 4º. — El Angel de la Espada Rutilante.

(Un valle suavemente abierto entre boscosas colinas. Es una pausa de espacio y claridad introducida en la precipitación frondosa de una selva de la zona subtropical. Se trata de una selva de la edad primera del mundo, la edad bíblica del Génesis y no una época prehistórica de la ciencia contemporánea. La pradera herbosa desciende en apacible curva, interrumpida acá y allá por grupos de árboles que se empinan serenamente hacia los cóncavos cielos. Un manantial ha roto el dorso de la tierra y deja correr su rizada corriente de agua clara y fresca por el cauce de dorada arena que bordean airosos matorrales de especies ignoradas por la botánica. Exhibe la naturaleza una exaltación de vida, una prodigalidad de fuerza, que inútilmente se trataría de explicar con las palabras frescura, lozanía o plenitud vital. Trasunta el paisaje el latido impetuoso de la savia que corre por las arterias de una creación adolescente. En la atmósfera prodigiosamente diáfana, vibra el hálito jocundo de la vida que se realiza con heroica inconsciencia de su reciente victoria sobre la nada. El firmamento, de un azul tan deslumbrador que se diluye en tonos de plata, dilátase en radiosos senos hacia alontanados horizontes. Tibio y saturado de sanas fragancias silvestres, el aire inmóvil deja circular por su transparencia, profundas respiraciones de selva, de mar y de tierra fecundada. Su silencio externo está colmado de íntimas y misteriosas resonancias, en las cuales vierte sus primeras voces un mundo ardiente y anheloso como un mancebo. Es la naturaleza en la potente sencillez de una grandeza sin el énfasis que la literatura habrá de añadirle millares de años más tarde. Cerrando a la distancia el natural anfiteatro, al fondo, corre una cadena de sierras cubiertas de selvas, por cuya falda desciende la cinta centelleante de un río. Árboles de corpulencia y frondosidad fantástica limitan la escena. Son árboles de poema, antepasados gigantes de cedros, palmeras, laureles y sicomoros. En sus ramas se trenzan enredaderas cuajadas de corolas multicolores, dispersas con la profusión bárbara de la joyería asiática. Entre todos, casi aislado, destácase bajo el sol la copa de un coloso de la floresta, en cuya fronda armoniosa la lenta brisa mece misteriosas músicas. Sus hojas resplandecen como láminas de esme-

ralda y sus pomos se brindan jugosas y coloreadas como una mejilla de niña ya núbil. Se adivina en él al árbol esotérico de la Ciencia del Bien y del Mal, plantado por la mano de Jehová para que los destinos de los hombres se cumplieran por la Tentación y el Pecado. Ante su grandiosa esplendidez tórnase burlasca la confusión con el manzano que habrá de incorporarse más tarde a la leyenda del Edén. Ciertamente, aquel es un árbol cuyos jugos conducen el secreto de la Divinidad.

Es la hora que algunos milenios después, aprisionado ya el tiempo en las medidas humanas, será señalada como las cuatro de la tarde. Grandes aves giran en pausado vuelo por inverosímiles altitudes. Entre la madeja de inmediatas lianas juguetean, chillando, micos y ardillas y zumban voladores insectos de metálicos élitros. Con negligente elegancia, un felino soberbio atraviesa el calvero, haciendo ondular su elástica musculatura bajo la estampada piel sedosa. En primer término, a la vera de la vertiente, sobre la yerba luminosa de tan brillante, aparece un retén de la milicia celestial. Son cuatro ángeles y un oficial, revestidos de esos uniformes de guerreros romanos que más tarde habrá de vulgarizar la iconografía religiosa. Aunque de naturaleza sobrenatural y soberbia pres-tancia, se agrupan con la familiaridad un poco tosca de todos los cuerpos de guardia, en todos los sitios y todas las épocas del mundo. Son honrados "troupiers" del cielo, con las virtudes y limitaciones mentales del oficio. (Porque es un prejuicio religioso el suponer que todos los habitantes del Empireo participan de la omnisapiciencia del Señor. Allá arriba, como aquí abajo, hay jerarquías de la inteligencia y categorías espirituales. Dios no derrocha en un número de sus cohortes el talento requerido para uno de los Tronos o Coronas que lo rodean y le sirven de Ministros. Estas cosas hay que dejarlas escritas de vez en vez). Sentados unos, recostados otros, los guardias celestiales conversan sin mayor animación. Los naipes y los dados no han sido inventados todavía.

ESCENA I

OFICIAL DE LA MILICIA, MIL. 1º, MIL. 2º, MIL. 3º, MIL. 4º

MIL. 1º. — Se acerca el instante del relevo.

MIL. 2º. — Así lo indica la posición del gran luminar en el espacio.

MIL. 3º (*reflexionando con una profundidad filosófica, típicamente soldadesca*). — ¡Cuanto más medito en la sabiduría del Señor, más me abisma su grandeza! Como el día es más claro y cálido que la noche, creó para que lo alumbre y caliente el gran luminar que señorea en la bóveda celeste; en cambio, para la noche, limitóse a colocar en los cielos ese pequeño luminar que a veces tiene la forma de un globo y otras la de... la de... (*Se detiene, inhábil para descubrir el símil. Aunque no ha estudiado lógica comprende que no puede decir que la luna adquiere la forma de una media luna sin incurrir en una repetición de principio. Como lo harán los hombres cuando la civilización haya apa-*

recido sobre el planeta, sale de apuros con una loanza). ¡Alabada sea la sabiduría del Señor!

TODOS (*con fervorosa unción*). — Alabada sea. (*Pausa. El oficial exhala un sonoro bostezo que casi lo desquijara*).

MIL. 3º (*sorprendido*). — ¿Suspiras, mi oficial?

OFICIAL (*algo confuso*). — No es eso, precisamente. Me ha salido de improviso. (*Pensativo*). Me parece que eso... eso, debe ser la exteriorización de un estado de ánimo que carece de nombre todavía. (*Bosteza otra vez. Un silencio*).

MIL. 4º (*vacilando*). — La verdad, esta facción es descansada pero no puede afirmarse que sea entretenida.

MIL. 2º. — Ciertamente. Verdaderamente, no me explico la razón de esta guardia constante en un sitio donde no existe peligro alguno.

OFICIAL (*con severidad profesional*). — Las órdenes superiores no se analizan, se cumplen. Cuanto más absurdas parecen, más sabias deben considerarse. Ese es el principio de la disciplina, que es una forma de la fe. Recordemos que la disciplina nos dió el triunfo en la guerra civil provocada por Luzbel, buen jefe, sin duda, pero que incurrió en el error de dejar introducir el espíritu crítico entre sus parciales. Y ya se sabe que la autocracia es incompatible con la libertad de pensamiento. (*Todos asienten en silencio*).

MIL. 3º. — A propósito de la rebelión de Lucifer. Siento nostalgia de las emociones de la guerra. Era hermoso aquel incasante combatir. No viviré tiempos mejores que aquéllos que transcurrieron entre el choque de las espadas y el estruendo de los gritos de guerra. ¡Qué embriaguez de gloria, cuando, derrotadas sus huestes, empujamos al rebelde precipitándole en el insondable abismo!

OFICIAL. — Sí; el inconveniente de las victorias militares es que conducen a la paz y determinan la cesación de la guerra.

MIL. 2º (*siempre reflexivo*). — Sería magnífica una guerra siempre victoriosa que no cesara jamás.

MIL. 1º (*volviendo a su pensamiento anterior*). — Hasta El mismo se manifestaba entonces en todo el esplendor de su gloria como Señor de los ejércitos. Bajo su inspiración infatigable, el genio militar de Miguel realizaba maravillas de táctica y estra-

tegia. En lo alto de su nube resplandeciente El ordenaba y sus manos regían la Eternidad.

MIL. 2º. — Ahora, en cambio, permanece mudo y aislado en sus meditaciones.

MIL. 4º. — Sólo piensa en lo que llama su creación. A veces se le ha oído murmurar palabras de sentido incomprensible. Habla del Hombre como de algo que encierra posibilidades misteriosas y amenazantes.

MIL. 1º. — Sólo piensa en el Hombre.

MIL. 4º. — Sólo el Hombre le interesa.

MIL. 1º. — Me disgusta el Hombre.

MIL. 3º. — Aborrezco al Hombre. (*Lejanos están los tiempos en que los ángeles escogerán sus mujeres entre las hermosas hijas de los hombres para engendrar en ellas la raza de los valientes que dejaron nombre sobre la Tierra. Génesis, Cap. VI.*)

OFICIAL (*meditabundo*). — No sé, pero he oído cosas extrañas en las conversaciones de allá arriba. Se dice que estamos en vísperas de profundos cambios. La creación del hombre es el principio de una transformación del orden existente. La inquietud del Paraceto se ha manifestado en todo esto que nos rodea y nos asombra. Parece que El realiza una experiencia inconcebible para nosotros... Gentes avisadas de allá arriba no ocultan su descontento y su temor. Hasta Gabriel...

TODOS (*asombrados*). — ¡Hasta Gabriel!...

OFICIAL. — Hasta Miguel.

TODOS (*espantados*). — ¡Hasta Miguel!...

OFICIAL. — Hasta ellos murmuran; afirman que la creación del hombre prepara la destrucción de la Unidad Universal.

TODOS. — ¡Oh!

OFICIAL. — Ahora es Azrael, el arcángel sombrío, quien prima. El sólo recibe las confidencias del Todopoderoso. Nadie había conocido jamás la misión de Azrael; parece que, por fin, se le han impartido instrucciones reservadas. Temo que las cosas van a cambiar para nosotros.

MIL. 3º. — ¡Qué lástima! Tan bien que estaba ordenado todo. Instrucción por la mañana. Descanso; revista por la tarde y concierto por las noches. Y así siempre, por los siglos de los siglos. La beatitud.

MIL. 2º. — No es posible imaginar una concepción más admirable de la Eternidad. (*En las interioridades de la selva resuenan graves rugidos. Un gran alce, esbelto y arrogante, asoma su cornamenta entre la fronda. Vuelan aves.*)

MIL. 1º. — Cuidado, se acerca el hombre.

ESCENA II

DICHOS — ADÁN

ADÁN. (*Plenamente desnudo, dorada la piel y la obscura crencha cayendo sobre los hombros, Adán avanza pausadamente hacia los soldados. Es el primer ejemplar humano e infunde la certeza de que su cuerpo resume la perfección. En él resplandece la vida como la llama en el hogar. Su carne luce vibrante, como saturada de magnéticas energías y bajo la piel soleada de sus miembros armoniosos casi se percibe la circulación acelerada de una sangre nueva y pura. Es un espléndido mozo que podría figurarse aproximadamente recordando al David de Miguel Ángel, aunque sin dar la impresión de gigantismo de la estatua. Los que hayan leído El Libro de la Jungle de Rudyard Kipling estarán en condiciones de imaginársele pobremente, evocando la figura de Mowgli en "Course of Spring". Todo él es equilibrio de fuerza, gracia y majestad. En su semblante persiste la expresión todavía un tanto ingenua que debía tener cuando el soplo de Jehová animó la arcilla en que fué plasmado; pero la frente es alta y prominente y en sus ojos oscuros asoma el fulgor enigmático que delata la tenaz germinación de una secreta vida interior. En aquel macho espléndido empieza a despertar el pensamiento de un hombre. Al oficial y los soldados, con afabilidad, pero sin familiaridad.*) — Salve...

OFICIAL. — Salve, Adán.

ADÁN. — Infinita es la bondad del Altísimo.

OFICIAL. — Infinita.

MIL. 1º (*a sus compañeros, en voz baja*). — Se dirige a nosotros como si fuera el mismo Miguel.

MIL. 2º (*igual*). — Es un... (*Como todavía no se conoce la palabra "poseur", la frase queda trunca.*)

ADÁN (*al oficial*). — Sigán ustedes; no quiero que los moleste mi presencia. (*Se dirige lentamente hacia el sitio donde todavía el gran alce pasea por la escena la mirada absorta de sus ojos aterciopelados. Su marcha es un espectáculo maravilloso. Extiende el brazo y recoge una ardilla voladora que se ha lanzado hacia él desde lo alto de una rama*).

OFICIAL (*cortésmente a Adán*). — Ha llegado el momento del relevo. Nos dirigimos a las puertas para efectuar el cambio de guardia. (*A los soldados*) ¡Firmes! ¡Paso acompasado, de frente! ¡Mar! (*La escuadra cruza la escena a paso rítmico y desaparece entre lo fronda por lateral derecha. Durante unos instantes se deja oír el rumor bélico de sus armas azotadas por el ramaje y la maleza*).

ADÁN. (*Solo. Pasea su mirada por el ámbito y estira los brazos como quien se despereza. Un enorme león se le acerca y humilla hasta sus pies la gran cabeza melenuda*). — Esto es hermoso sobremanera. Muy hermoso... Pero no puede ser todo... Para esto sólo, la Creación no tendría objeto... (*Pausa. El león se tiende en el suelo adoptando la actitud clásica de la esfinge. Una banda de arpías pintadas pasa volando entre loca algarabía de chillidos. Muy alto, a la distancia, descienden planeando como grandes aves blancas, los ángeles de la nueva guardia. Volviéndose hacia el foro, Adán llama. Su voz es de barítono, la más varonil de las voces*). ¡Eva... Eva...! (*Escucha, inclinando la cabeza*).

ESCENA III

ADÁN, EVA

EVA (*Desde las interioridades selváticas. La voz posee naturalmente el timbre y volumen de la soprano dramática, como corresponde a su papel en la historia de la humanidad. Debe reconocerse que en el curso de los tiempos, la eterna Eva ha penetrado el arcano del "pathos" humano como la "prima donna" que canta el dúo de Isolda el sentido de la partitura inmortal*). — Aquí estoy. Un momento y me verás. (*En la cara de Adán se refleja esa expresión que muchos, muchos siglos más tarde,*

aparecerá en el semblante de los hombres de mundo cuando, endosado el frac, esperan que su mujer termine el arreglo para ir juntos a la Ópera. Entre un revuelo de palomas, Eva se adelanta desde la umbria de un macizo de arbustos floridos. No es una figura botticellesca de caderas finas y seno exiguo bajo la cabellera blonda y coronada de campánulas. Amplios los redondeados hombros, cenceña pero firme la cintura, erectos los pechos morenos, redondo el flanco sobre las alargadas piernas de jarrete brioso; altivo y no lánguido el continente, no puede decirse de ella que sea una beldad atlética pero es lícito afirmar que se aproxima menos al tipo de una vampiresa de Hollywood que a las proporciones clásicas de la Venus de Milo. En su castidad intacta de virgen agreste, apunta la joven matrona que será fuente de las corrientes humanas que poblarán el mundo. El cuello redondo y alto, sustenta una cabeza un poco más pequeña de lo que exigieran los cánones, revuelta en abundante mata de pelo naturalmente ondulado, cuyo matiz soslaya al sol leonados reflejos. La frente algo deprimida denota obstinación, lo mismo que el dibujo de la boca. Lleva engalanada la frente con una diadema de extrañas flores purpúreas que rodean también su cuello como una gargantilla de suntuosas gemas. Ajorcas de las mismas corolas ciñen sus tobillos y muñecas. (De esto no hay que sorprenderse, porque los estudios etnográficos han permitido establecer entre las trimus todavía salvajes, que el sentido del adorno ha precedido en las costumbres de los hombres al sentimiento del pudor). Avanza sonriente, arreglando con la derecha el brazalete de la muñeca izquierda con la misma señorial elegancia con que una dama moderna atraviesa el "hall" de un Palace ajustando el botón de su guante. Un lector de Chesterton encontraría el comentario adecuado para su marcha repitiendo, "que sus movimientos tenían la amplia ondulación de las grandes fuerzas inconscientes, como las cascadas y el viento". Adán la contempla deslumbrado. Es la suya una admiración pura, sin colaboraciones subconscientes de ansiedad sexual ni inquietud. Han de correr millares de años antes de que el hombre sienta perturbado el placer estético que en él produce el adorno de la mujer, por el malestar de origen económico que provoca en su ánimo

la probabilidad de tener que saldar la factura de aquellos embelecimientos). Aquí me tienes, Adán. Me sobresaltó tu llamado. ¿Qué te ocurre? (*Habla con mimo, segura de que todo ha de ser bien acogido por el hombre*).

ADÁN (*con cierta sequedad*). — Nada... Quiero decir, lo de siempre. Necesitaba sentirte a mi lado. Hay algo en mí que me sorprende y me desazona. No sé lo que es... no sé... Pero he perdido aquella alegría profunda que antes me acompañaba. (*En voz baja, como temeroso de ser oído*). Oyeme bien, Eva. No estoy conforme conmigo mismo ni con lo que me rodea. Siento el anhelo de algo que no alcanzo a precisar y cuya ausencia me desazona. Temo ser un ingrato ante los ojos del Altísimo.

EVA. (*Su hermoso semblante ha ido poniéndose grave, a medida que escucha. Por la clara frescura de sus grandes ojos pasa una sombra que los oscurece*). — Me asustan tus pensamientos, Adán. Temo que puedan provocar Su cólera. ¿Acaso no eres feliz? Fuimos creados para ser felices. Nuestro destino es la felicidad.

ADÁN (*con un gesto de impaciencia*). — Ya lo sé; tengo el deber de ser dichoso. ¿Pero se puede ser dichoso por deber? ¿La felicidad es el fin de mi existencia y el destino de la Creación?

EVA. — ¿Por qué no? Yo soy feliz, Adán. ¡Es tan fácil ser venturoso! (*Sonríe con pueril vanidad*). No me has dicho nada del gusto con que he colocado estas flores y eso que el espejo del arroyo me ha asegurado que no estoy tan mal. (*Suspira*). Pero tú no piensas ahora sino en eso que has dado en llamar la finalidad de tu existencia. (*Con la misma expresión de una ingenua de película*). ¡Qué aburridos son los hombres!

ADÁN (*que no la ha escuchado y bajando la voz*). — ¿No la has visto?

EVA (*idem*). — ¿A quién? ¿A... ella?

ADÁN (*idem*). — Sí, a la serpiente. Varias veces el sol se ha puesto después de la tarde en que habló conmigo. Desde entonces permanece aquí una guardia celeste con orden de no dejarla penetrar en el jardín. Pero yo sé que ronda por el bosque. Anoche escuché un suave silbido. Era ella.

EVA (*meditabunda*). — Sí, era ella; yo también la oí.

ADÁN. — Está prohibido acercarse a la serpiente. Sin embargo ejerce sobre mí una atracción verdaderamente fascinadora. ¡Ah! ¡Si no estuviera vedado!...

EVA (*acercándose a Adán y murmurando a su oído*). — ¿Y qué importa que esté prohibido si nadie ha de saber que se ha violado el mandamiento? (*Didáctica*). Ya sabes, Adán mío, que lo malo no es pecar sino que alguien sepa que se ha pecado. (*Naturalmente, Eva ha fundado una regla de moral que en las edades venideras alcanzará mucha boga entre las descendientes de su sexo*).

ADÁN (*habla con la petulancia de un moralista inseguro de su moral*). — Tus teorías son peligrosas, mujer. No hay que hacer lo que no se debe. Esa es la norma. Cosas terribles ocurrirían si la norma fuese violada, nos ha dicho El. (*Pensativo*). Acaso nada sucedería en realidad, pero yo no puedo dejar de temer que sí ocurra y eso basta para mantener mi acatamiento.

EVA. (*Se ha arrojado indolentemente sobre el césped y juguetea al sol con una pierna en alto*). — ¡Bah!

ADÁN (*magistral*). — No hay ¡bah! que valga. Jamás me atreveré a desobedecer.

EVA. (*En lo futuro esto ha de ser repetido infinitamente en los diálogos entre hombre y mujer*). — ¡Si yo fuera hombre!...

ADÁN (*Tan irritado como puede estarlo el primer hombre antes de que la Caída haya engendrado, entre otros pecados, el de la Ira*). — ¿Qué harías? Dilo.

EVA (*evasiva*). — Yo sé lo que haría.

ADÁN (*singularmente excitado*). — ¿Te atreverías a hablar con la serpiente?

EVA (*mirándolo de reojo*). — Me atrevería...

ADÁN (*desdeñoso*). — Palabras.

EVA (*incorporándose con vivacidad*). — ¿Palabras? Pues bien, debes saber que... (*Se detiene, temerosa*).

ADÁN (*impaciente*). — ¿Qué?

EVA (*con fingida indiferencia*). — Nada.

ADÁN (*en marido desconfiado y cargoso*). — ¿Cómo nada? Algo ibas a decir...

EVA (*sonriendo con cierto misterio*). — Te digo que nada.

ADÁN (*cambiando de táctica*). — Ya me parecía. Mi corta experiencia de las mujeres me permite afirmar que siempre parecen contener un misterio que no contienen. (*Sentencioso*). La mujer es la envoltura de un secreto que no existe. Ya ves tú, Eva. Al oírte, cualquiera hubiera dicho que... Y después de todo, nada.

EVA (*picada*). — ¿Con que nada? Muy bien. (*Rápidamente, como si creyera que al decirlo en menos tiempo su pecado se hará más leve*). — Yo, yo he hablado hoy con la serpiente.

ADÁN (*espantado*). — ¡Tú! ¿Tú has hablado? (*Lanza una ojeada temerosa alrededor*).

EVA (*ya lanzada y con una desaprensiva jactancia que traduce el íntimo deseo de aliviarse con una confesión, repartiendo a la vez, el peso de su falta*). — Sí, yo. ¿Y qué importancia tiene eso? Hoy la encontré bajo las vides. Dormitaba al sol y despertó a mi paso. Fué muy amable conmigo. Ella me enseñó a disponer estas flores. Sabe mucho. Me prometió enseñarme infinitos secretos de belleza... Es una buena amiga, la Serpiente.

ADÁN (*que ha oído el rumor de sus palabras sin atender a su sentido. Su turbación es profunda y se traduce en una tonta repetición de las mismas expresiones*). — Has hablado con la Serpiente...

EVA (*insinuante*). — Sí, ya ves que nada ha ocurrido. (*Pegándole con los dedos un ligero bofetón en la mejilla*). No seas timorato, Adán. ¿Por qué has de ser menos audaz que tu Varona? ¿Por qué no hablas también con la Serpiente? (*Bajando la voz*). Ella me dijo que tiene algo importante que revelarnos... pero... pero que yo no la entendería. (*Petulante*). No sé cómo se le ha ocurrido eso.

ADÁN (*vacilante*). — ¿Tiene algo que decirme? La Serpiente es sabia... ¿Pero qué puede haber de común entre ella y nosotros? Además está vedado. (*Con demasiada energía para que su resolución sea firme*). No; no iré.

EVA (*con fingida indiferencia*). — Como quieras. (*Se ha puesto nuevamente de pie y quitándose el collar de corolas, lo deshace distraídamente. Desde la selva se dejan oír las modulaciones de un suave sulbido. Es una música lenta y lánguida que contiene una extraña sugestión hipnótica. Sobresaltada*) ¿La oyes? Es ella...

ADÁN (*con evidente desasosiego*). — Sí, pero no iré. He hablado una vez con la Serpiente y ha dejado en mí el espíritu de la Serpiente. No quiero oírla de nuevo. (*El silbido se hace cada vez más agudo e insinuante*).

EVA (*en voz baja*). — Nos llama, Adán.

ADÁN (*ya sin mucha energía*). — No debo ir. No me tientes, Eva. (*Pausa, Sólo el silbido de la Serpiente se escucha en el silencio de la Creación*).

EVA (*después de haber reflexionado y con femenil destreza dialéctica*). — ¿Quién te dice que vayas? Ella podría venir hasta aquí, como entonces. ¿Qué culpa habría en ti si ella te sorprende y te aborda? Tú no la habrás buscado. Además, acaso una segunda entrevista te permita recobrar la paz espiritual que te hizo perder la primera. Has podido meditar sobre lo que te dijo y estás en condiciones de rebatir sus pérfidos argumentos. (*Halagadora*). Tú eres inteligente, Adán, y, ¿qué gloria para ti reaparecer ante el Señor después de haber confundido el orgullo de la Serpiente! ¿Qué mal habría en ello? Lejos de vituperarte, el Altísimo hallaría un galardón en la fortaleza de su criatura...

ADÁN (*con rudeza*). — No me tientes, Eva. Tú fuiste creada para ser mi compañera.

EVA (*insistente*). — Y lo soy. Solamente deseo tu bien.

ADÁN (*con amargura*). — Mi bien...

EVA (*quemando sus últimos cartuchos*). — Sí, tu bien. La Serpiente tiene un secreto que comunicarte. Acaso ese secreto te hará grande, Adán mío, mi compañero y hermano. Escúchala una vez. Sólo una vez. Al mismo tiempo, serás bueno conmigo; ardo en deseos de conocer ese secreto. ¿Si supieras tú lo que es la curiosidad! Nadie lo sabrá, Adán. (*Una pausa anhelante*). ¿Llamo? (*Se ha puesto de pie y hace señas hacia el bosque. Adán cierra los ojos, horriblemente pálido y tembloroso. Un rumor armonioso llena el espacio y una gran serpiente alada hiende el aire y se posa, enroscándose diestramente en una de sus ramas, sobre un árbol inmediato. La Serpiente es bella sobre toda ponderación. Su cuerpo curvo y flexible parece ceñido por azules corseletes metálicos que refulgen en irisados lampos. Por un instante, mantiene abiertas las grandes alas tras-*

lúcidas, de vibrantes rémiges unidos por finísimo reticulado solar, como el de las libélulas. En la cabeza resplandeciente, de serenas y finas facciones humanas, fulguran verdes ojos en cuya fría profundidad se abisma la sabiduría y la tristeza de los tiempos pretéritos y venideros. Es inconcebiblemente hermosa. No existió bestia más hermosa que la Serpiente en los días primitivos de la Creación. Alarga el cuerpo ondulante hasta que su cabeza queda entre la pareja, ahora silenciosa y fascinada. Saluda a Adán con voz cuya grave dulzura penetra hasta los más recónditos pliegues de la conciencia. Bien se advierte que la Serpiente es el Doctor Diabólico y que todo en ella ha sido aparejado para que pueda ejercer victoriosamente el don de la persuasión).

ESCENA IV

EVA, ADÁN, LA SERPIENTE

SERPIENTE. — Ave, Adán.

EVA Y ADÁN (*todavía intimidados*). — Ave... (*Una pausa. Lentamente, Eva se deja caer sobre el césped, sentándose y enlazando sus rodillas con las manos cruzadas. Sus miradas se pasean de la Serpiente a Adán. Este se ha recostado contra el tronco del árbol, la cabeza inclinada sobre el pecho. Si estuviera vestido tendría, naturalmente, las manos metidas en los bolsillos. La Serpiente lo observa con obsesora fijeza; de sus ojos surge una fuerza magnética que parece escrutar hasta las profundidades más secretas del alma del primer Hombre*).

LA SERPIENTE. — Ahora eres otro, Adán, eres otro. Has pensado; y el pensamiento deja siempre su huella por donde pasa. Hay en ti algo que antes no había. Ya no eres carne animada solamente, Adán. Has pensado...

ADÁN (*confuso*). — No sé lo que es pensar. Pero en estos días han despertado en mí cosas desconocidas y extrañas. Ha sido como si mis ojos se hubieran vuelto hacia el interior de mí mismo, asistiendo al nacimiento de inquietudes que antes nunca sentí. Desde que hablé contigo, me siento frecuentado por una vida que no es la vida del mundo que me rodea. No sé qué será. (*Meditabundo*). No sé qué puede ser...

SERP. — Es el pensamiento, Adán. Empiezas a ser el Hombre. Comienzas a ser lo que El no quiere que seas y que yo, la eterna Serpiente...

ADÁN (*espantado*). — No blasfemes; nada puede ser ni dejar de ser si ello no está determinado por Su voluntad. Tú lo sabes...

SERP. (*como reflexionando en alta voz. A medida que habla parece ir olvidando a Adán, a Eva y a la Creación toda. Se vé que su mente revisa recuerdos en una nebulosa Eternidad*). — Sí; allá en el fondo de mi conciencia percibo a veces, vaga y confusa, la misma desoladora intuición. Hay en El algo infinitamente inaccesible para la penetración de la Serpiente. Aun cuando mi razón orgullosa me afirme lo contrario, siento por momentos que nada ocurre y que nada ocurrirá que no haya sido computado en sus cálculos. Ahora mismo, cuando trabajo para destruir sus incomprensibles planes de Creador, me desazona la temerosa sospecha de que por el contrario, estoy ejecutando puntualmente Sus designios más arcanos. (*Intentando sonreír, lo que dibuja en su rostro una máscara verdaderamente trágica*). Sería cómico...

ADÁN (*anhelante*). — ¿Lo ves?

SERP. (*alzando con soberbia la hermosa cabeza resplandeciente. En su semblante brilla esa expresión que la Iglesia habrá de llamar orgullo satánico*). — No temas, Adán. Yo soy la Serpiente. En mí alienta el Espíritu de aquel que un día levantó el pendón rebelde frente a Su mismo trono de gloria y de potencia. Estoy de nuevo frente a El y lo estaré en la duración de los tiempos hasta el Día de la batalla definitiva. Y tú, Adán, tú, su Criatura, serás el instrumento de Su descalabro. (*Con exaltación*). ¡Ah! No lo sospechaba El, el Omniscio, cuando amasó el trozo de lodo y lanzó Su verbo en el insondable vacío... (*Pausa. Aparte y con acento burlesco*). No ha salido mal el clímax; pero no hay que apoyar demasiado la nota patética. Mi incorregible sentimentalismo estaba desnaturalizando el clásico carácter de la Serpiente.

ADÁN (*sobrecogido de terror y encorvado hasta el suelo*). — Déjame, no quiero oírte; no quiero provocar la cólera del Señor. Mi alma teme al Altísimo...

SERPIENTE (*desdeñosa*). — Qué pobre cosa eres, Adán. No temas, te digo. Tu temor es la consecuencia de una de sus viejas supercherías. Lo conozco bien.

ADÁN (*sombrio*). — Le debo gratitud por que me sacó de la nada.

SERPIENTE (*sarcástica*). — Científicamente tu proposición es un dislate; nada puede provenir de la nada. Alguna vez esto será vertido al latín para darle autoridad. Pero no discutamos ahora estas bagatelas. Cuando llegue la era de los milagros se probará que las actividades de la Divinidad constituyen una violación constante de las leyes de la Ciencia. (Dice Ciencia, con mayúscula, como lo hará más tarde el boticario Homais).

ADÁN (*con pueril vanidad*). — Soy Su obra muy amada, el fruto de su amor. El Amor del Creador animó la vida en la criatura.

SERPIENTE (*riendo y sin advertir el formidable anacronismo; quandoque bonus dormitat serpens*). — Hablas como el héroe de una mala novela romántica; eso que dices es muy 1830. (*Recobrando su seriedad y con la dulce paciencia que pone un maestro infantil en la tarea de inculcar una noción elemental en la obtusa inteligencia de su alumno*). Pero te equivocas, Adán. En El no hay amor ni odio. Desconoce la emoción y la pasión. Es la Impasibilidad. No te dejes embaucar por sus fábulas, pobre Adán. La Creación ha sido un simple juego de Su poder. Desde Su punto de vista la aparición de los mundos es un fácil paso de prestidigitación, una partida de billar jugada en el intervalo abierto entre una partida de eternidad y otra de infinitud.

ADÁN (*confundido y gesticulando como un polemista*). — No sigas, no sigas; me mareas.

SERPIENTE (*desdeñosa*). — Trataré de ponerme a tu alcance. En verdad, me dejo arrastrar un tanto por mi vocación dialéctica. Me gusta argumentar. Bien, escúchame, Adán; no te forjes vanidosas ilusiones, que la vanidad existe en el corazón del hombre antes de ser denominada. Tú has sido creado por El para satisfacer Su esencial necesidad de crear. Ha querido limitar su propio infinito con tu pequeñez y hacer de Su creación el recreo de Su sempiterna ociosidad. Mas hay normas hasta para los que las crean; desde el Principio estaba dispuesto que nada

puede ser creado que no lleve consigo la posibilidad de igualarse al Creador. Es ese germen de superación que El quiere extinguir en ti con el temor. Por que Su secreto, el gran secreto descubierto por la Serpiente consiste en esto, Adán: El teme que alguna vez llegues a no temerle. Sabe que no lo podría evitar y no ignora que en ese instante habrá comenzado el fin de su imperio... (*La Serpiente calla como un ergotista fatigado. Bien se advierte que ha hecho un esfuerzo extraordinario para reducir la esquiva comprensión de su interlocutor. Parece satisfecha porque silba pasito, como si pensara; "Finis coronat opus". Ya se habrá notado que la Serpiente tiene marcada debilidad por los latines*).

ADÁN (*Se ha encendido en sus ojos una luz desconocida. En las honduras de su conciencia la rebeldía empieza a responder al llamado de la Incitación. Su actitud, sin embargo, es todavía temerosa y sus manos se alzan como para protegerse contra un invisible castigo*). — No hables así; no se debe hablar así. El es la infinita Bondad y el infinito Poder. Yo soy su criatura y debo acatar la ley que El puso sobre todo lo creado. No olvides que me ha ungido rey de la Creación. El dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces de la mar y en las aves del cielo; y en las bestias y en toda la tierra y en todo animal que anda arrastrándose sobre la tierra". Cuando haya sido inventada la escritura así quedará escrito en el Pentateuco.

SERPIENTE (*Ríe desaprensivamente. Su risa no se parece nada a la convencional carcajada mefistofélica que resonará milenios más tarde en todos los tablados de Opera de la tierra civilizada. Es el reír fino e indulgente de un hombre de buena sociedad a quien divierten las salidas de un paleta*). — ¡Ah! ¡Ah! El rey de la Creación... ¡Ah! ¡Ah! (*Bruscamente*). No seas necio, Adán.

EVA (*que dormitaba sobre el tibio lecho de hierba, amodorrada por el giro grandilocuente del diálogo*). — Es lo que yo le digo siempre... (*Guarda silencio bajo una imperiosa mirada de la Serpiente*).

ADÁN (*obstinado*). — Es el Todopoderoso y Su imperio no terminará jamás. No lo olvides, serpiente.

SERPIENTE (*irónica*). — "Tace, ante hoc novi, quam tu natus

est". (*Cambiando de tono y con aire meditabundo*). Sin embargo, te confieso, Adán, que de vez en cuando tengo mis dudas. Hay muchas cosas que no se me alcanzan; pero he observado signos que debilitan mi antigua convicción. Muchas veces he pensado que el Altísimo sólo es un virrey del Cosmos y que hay alguien más arriba que alguna vez podría revocar Su título. Después de todo, la eternidad es un concepto lógico y matemáticamente absurdo.

ADÁN (*siguiendo el hilo de su íntima meditación*). — Sería cosa espantable una Creación sin amor...

SERPIENTE (*con impaciencia*). — ¡Otra vez...! Persuádetes, Adán, que en El no hay odio ni amor. Su infinitud es la inmensidad inmóvil y atérmica. Te repito que su Creación es un experimento. Ha hecho de ti una pequeña cosa animada para contemplarse en ella; pero cuida bien de que pueda franquear el límite que separa al primer Adán del Hombre. Eres una bestia más salida de Sus manos, ignorante de lo que eres e ignorante de lo que serás. Entre ti y la Vida está el Mandamiento. Cuando dijo de ti: ¡Sea! añadió: "Pero no sepa". Todo te ha sido vedado. (*La Serpiente hace una pausa como el orador que toma aliento, dando oportunidad al aplauso. Evidentemente se ha escuchado y no le desplace su pequeño ejercicio retórico*).

EVA (*bostezando*). — No exageres, Serpiente. Todo, no. Muy pocas cosas nos han sido prohibidas y esas prohibiciones están justificadas, pues nos preservan de daños que nos podrían sobrevenir. Además, no olvides que debe existir el fruto vedado para que exista el sentido dramático de la vida...

SERPIENTE (*con tedio*). — La explicación es digna de la mujer, para la que ha sido destinada.

ADÁN (*profundamente abatido. Rebosa en él la desesperación que engendró en la primera criatura la noción trágica del divino desamparo*). Es terrible ser sin amor. (*Una pausa. Eva se ha cubierto la cara con las manos como quien se dispone a dormir. La Serpiente acerca su rostro hasta la cabeza de Adán. Su expresión es de profunda piedad. Hay en ella una comprensiva misericordia de humanidad frente al humano dolor. Por primera vez, revélase la identidad entre el espíritu del hombre y el espíritu de la Serpiente. Su palabra está llena de tristeza*).

SERPIENTE. — Yo te amo, Adán. Una luz nueva ilumina la conciencia de la Serpiente y le descubre la naturaleza del sentimiento que la ha aproximado al hombre. No es odio hacia El; es amor hacia la criatura mísera puesta sobre la superficie de la tierra, cerrados los ojos para que no pueda descifrar la clave de su destino. Mis entrañas se han encendido de compasión y amor hacia tí y tu especie. Tú serás el Hombre, Adán, y la Serpiente habrá de conducirte al cumplimiento de tu destino. (*Aparte y recobrando su tono sarcástico*). Me parece haber experimentado eso que se llamaría un instante de emoción. He aquí algo indigno del Doctor Diabólico. Estás cayendo en el romanticismo, vieja Serpiente. ¡ Ah! ¡ Ah! (*Ríe pero sin mayor convicción. No es dudoso que aquí hay un anticipo prehistórico de cierta escena del primer Fausto*).

ADÁN (*Ya no es el mocetón magnífico y cándido de la primera escena. Ha caído sobre su rostro la marca de la experiencia. Si todavía no es un hombre está a punto de serlo y la vida ha extendido su sombra sobre él. Habla con pausa, como articulando al dictado de recónditos pensamientos*). — Preferiría no haberte escuchado. Ya es tarde; ni la luz dispersa ni las palabras vertidas pueden ser vueltas a su origen. Bien; tú me descifrarás el secreto de un destino que El ha guardado para sí. Quiero ser el Hombre.

EVA (*Se ha incorporado y contempla a Adán con sorpresa no exenta de espanto. Le han cambiado su hombre y la transformación no es de su gusto. Siente el mismo impulso que en lo futuro inducirá a las buenas mujeres de su casa a despedir con malos modos a las malas compañías de sus maridos*). — Adán, mira lo que vas a hacer. . .

ADÁN (*se encoge de hombros. Este es el primer gesto que ha aprendido el hombre en sus relaciones con el otro sexo. Magnífico de indiferencia ante el lapsus cronológico*). — “Alea jacta est. . .” El paso del Pisón bien merece una frase histórica construida a orillas del Rubicón. (*A la Serpiente con acento seco e imperioso*). Quiero marchar a mi destino.

SERPIENTE (*Ha perdido algo de su anterior aplomo. Ya no es el Doctor Diabólico eslabonando la cadena suasoria de sus argumentos y sólo atento a la victoria de su casuística. Asoma a sus ojos una evidente perplejidad. Acaso un sentimiento commiserativo la retiene en el instante de precipitar al hombre hacia la*

Caida. En último análisis, hay que creer que la perversidad de la Serpiente es una hipérbole de los teólogos). — No sé, Adán, si te conviene tomar el camino que me proponía abrir ante tus pasos. Tal vez te fuera más provechoso permanecer donde estás y como estás. El estado de inocencia es una forma de la dicha bastante aceptable mientras no se ha conocido otra distinta... Eres el reyezuelo de una pequeña Creación organizada para tu comodidad. Guarda tu ligera corona y resta, inmortal y dichoso, entre tus bestias, tus aves y tus árboles, bajo la paternal curatela de tu Creador. Al fin ¿qué puede interesarte la suerte de una humanidad futura si no ha de salir del estado potencial en tus entrañas? Adán, olvida todo lo dicho; vuelve a tu vida edénica.

ADÁN (*ceñudo*). — Es tarde, te repito. Tú misma lo dijiste; ya Adán no es el Adán que salió de las manos del Señor. Has despertado en mí la ambición, la curiosidad y la audacia. (*Heroico como un "sabreur"*). Aspiro a ejecutar mi destino, ocurra lo que ocurriere. Adelante.

EVA (*con doméstica previsión*). — Adán; no abandones lo cierto por lo inseguro. Acuérdate más tarde que Eva te anunció lo que te había de ocurrir...

ADÁN (*habla con señorío, poseionado ya de la jerarquía de Hombre. Ahora la Serpiente aparece a su vera como un servidor*). — Habla. ¿Cuál es el sendero del destino del Hombre?

SERP. (*con indiferencia*). — Sea; tú lo has escogido así. Pero no pienses Adán, que tu destino se cumplirá en un día ni que tu descendencia recogerá de inmediato el fruto de tu rebeldía. Ad astra per aspera". Correrán los tiempos interminables, caerás y ascenderás un millón de veces, descenderás al estado de la bestia y te elevarás otras tantas al nivel del Espíritu antes de que te sea dado llegar...

ADÁN. — No importa.

SERP. — Sentirás en tu carne el dolor.

ADÁN. — No sé lo que es el dolor; pero no lo temo.

SERP. — Alcanzarás el saber pero no toda la sabiduría. Y ésta sólo te servirá para desesperar tu alma enseñándote la infinita distancia que mediará entre lo que seas y lo que aspire a ser.

ADÁN. — Quiero saber aunque ello aumente mi dolor. (*Esto también fué escrito muchos millares de años más tarde; pero to-*

avía los hombres no han comprendido que con esas palabras nacieron a la vida del espíritu).

SERP. (*bajando la voz. Su expresión y su acento revelan su espanto frente a las tinieblas del misterio de la nada final*). — Pero hay algo más terrible todavía; algo que estremece a la misma Serpiente. Tú y tu especie caerán bajo la sega de la muerte. Pasarás por este arcano espantable: morir.

ADÁN (*también sobrecogido por el horror que late en las palabras de la Serpiente*). — La muerte... ¿Pero qué es la Muerte? El Altísimo habló asimismo de ella cuando nos dió a conocer el Mandamiento acerca del árbol. No puedo concebir lo que sea la Muerte.

SERP. — La muerte es inconcebible; hay que morir para saberlo. Tu destino pasa por el Valle de la Sombra de la Muerte, Adán. Al cabo de tus días será el morir.

ADÁN (*transido de terror pero resuelto*). — Moriré.

SERP. (*Más reptil que espíritu rebelde, bajo la emoción del miedo físico al no ser. Entre ella y el hombre hay la distancia infinita que separa lo que se arrastra de lo que asciende*). — Tú no sabes lo que es el semblante de Azrael; tú no lo sabes, Adán. Nadie ha osado jamás mirarlo de frente sin caer tembloroso sobre sus rodillas. Cuando El nos castigó, precipitándonos en la Gehenna, detuvo su sentencia implacable ante el misterio de la muerte.

ADÁN. (*Su frente serena y pura está al nivel del horizonte y sus ojos profundizan el ignoto porvenir. En ese instante su grandeza domina a la Creación. Es el Hombre como nunca lo ha sido hasta ese instante*). — Moriré.

SERP. — El odio estragará tu especie, dividida por el odio entre el Bien y el Mal, entre la Justicia y lo Injusto. Tus hijos se aborrecerán; el hermano alzaré la espada contra el hermano y el uno construirá su grandeza con la sangre y las lágrimas del otro.

ADÁN (*curioso y pensativo. Ha vuelto a ser el catecúmeno de la Serpiente*). — No sé lo que es el Bien; ignoro lo que es el Mal.

SERP. (*riendo con amargura*). — Nadie lo sabrá nunca. El Bien será el Mal y el Mal será el Bien; la Justicia será lo Injusto y lo Justo la Injusticia, conforme a los tiempos, los sitios

y los hombres. Y todo esto acontecerá cuando los hombres hayan inventado la Moral... ¡Ah! ¡Ah! Así está dispuesto por Su Infinita Bondad. ¡Ah! ¡Ah! *(Su risa es tan estridente que provoca un revuelo en los pájaros del bosque. La Serpiente ha perdido su irónica prestancia).*

ADÁN *(con firmeza)*. — Acepto. Creeré que lo bueno es malo y lo malo, bueno; que lo justo es injusto y lo injusto, justo. Verteré sangre para implantar la justicia de lo injusto y la injusticia de lo justo si ello es menester para que se cumplan los destinos de la Humanidad. Pero yo quiero saber más... Yo quiero saber más... *(Ansiosamente)*. Enséñame lo que me ocultas...

SERP. *(Medita profundamente un instante. No es dudoso que repasa el arsenal de sus trucos para encontrar algo que satisfaga la aspiración del Hombre. Habla, por fin, con aire apocalíptico)*. — Listo. Ven y vé. *(Tiende un brazo hacia la espesura; sus ojos dardean mágica y maligna luz. En este momento la Serpiente es un faquir de feria. Sorprende no avistar a su vera los artilugios profesionales. Con el tiempo adquirirá más decoro; no hay que olvidar que es su primer ensayo de Tentadora. Eva se incorpora, temblorosa, estrechándose contra Adán. Este cruza los brazos, pálido pero impávido, siguiendo la luz de las miradas de la Serpiente. Se abre un claro en el bosque; su último plano está cerrado por una lámina blanca y luminosa de forma rectangular, aun cuando la Geometría no existe)*.

SERP. *(con sibilina apostura)*. — Mira, Hombre mortal. *(Animada y colorida, por sobre la tela luminosa se desliza vertiginosamente la historia trágica de la Humanidad, vertida en el torrente tumultuoso de las Edades. Hombres, hombres, hombres. Pasiones, pasiones, pasiones. El dolor y la muerte. Adán y Eva, absortos, contemplan. Un niño contemporáneo no se sorprendería del espectáculo, comprendiendo que se halla frente a una exhibición cinematográfica del tiempo de las películas mudas. Pero en el Edén, y en la época del Génesis, el artificio de la Serpiente, recién salido de la "atrezzeria", alcanza un suceso verdaderamente extraordinario. Por la mágica superficie, continúa el deslizamiento de lo que, en última instancia, viene a ser una película histórica del género de las que más tarde habrá de pre-*

parar el director De Mille. Ante los ojos estupefactos de la primitiva pareja continúan pasando las escenas. Civilizaciones que nacen, florecen y mueren. Edades que se suceden. El hombre, el amor, el hambre y la muerte. Medida por los relojes que inventarán los hombres, es probable que la exhibición hubiese abarcado años enteros de tiempo, reduciendo a un metraje ridículo las más extensas y trabajadas cintas producidas actualmente por los estudios californianos. Un multimillonésimo de segundo en el curso de la Eternidad).

ADÁN (*anhelante, murmura con dolor orgulloso*). — ¡La simiente de Adán!...

EVA (*comenta cada figura femenina que cruza por el "ecran"*). — Magnífica creación. Hum... Exceso de "decolleté"... Poco gusto, demasiadas "fourrures" para la estación. ¡Ah! Adán, que lindísimo modelito... (*Todo se esfuma y borra de súbito ante sus ojos. Reaparece la selva paradisíaca*).

SERP. (*se estira lánguidamente y se vuelve hacia Adán con vanidosa sonrisa*). — ¿Estás conforme?

ADÁN (*otra vez meditabundo*). — No, falta el fin. ¿Qué hay más allá? Me has enseñado cosas deslumbradoras pero no se me escapa que todo eso, si eso es la vida, debe tener un sentido último que me ocultas. No seas artificiosa, Serpiente.

SERP. (*también sombría*). — Muchos velos no han sido descorridos. Lo último lo sabe El. Confórmate con lo que has visto, Adán. Sólo puedo agregarte una cosa, cuyo contenido se llama Esperanza. Al fin, en el más remoto final, está la victoria del Hombre. No sé cómo será pero así debe ser. Mas para que el Hombre triunfe, fuerza es que principie por caer.

ADÁN (*solemne, demasiado solemne para los que aman el heroísmo sin penacho*). — Bien; conozco mi destino y lo acepto. (*Una pausa. Adán habla de nuevo con la escrupulosidad de quien dicta la minuta de un contrato al notario*). Acepto lo que será. Pero me gustaría que alguno diera testimonio de cómo han pasado las cosas, Serpiente. Conozco la idiosincrasia de la humanidad futura por lo que sé de la mía. Mucho temo que mi conducta sea mal interpretada en los tiempos venideros. La verdad, sería desagradable que Adán fuera juzgado por su posteridad como un inconsciente rústico que pecó de ingratitud con-

tra su Creador inducido por el deseo de satisfacer algún grosero apetito. (*Eva se aleja cautelosamente hacia la espesura*).

SERP. (*sentenciosa*). — Los juicios de la posteridad son el legado de la incomprensión de los contemporáneos. Felizmente para ti, eres el único personaje histórico que no los tiene, Adán. De todos modos, si das importancia a tales minucias, te prometo que la Serpiente dará testimonio. Por ahora, debes osar.

ADÁN (*ligeramente ridículo en su exagerado papel heroico*). — Estoy listo. ¿Qué debo hacer? (*Bajando la voz y la tesitura de su empaque*). Pero apresurémonos; me conozco bien y sé que si oyera Su voz, ya no me atrevería...

Serpiente (*sarcástica*). — No temas; en este momento El está escuchando el coro de ángeles que cantan Su glorificación. Sin embargo, ninguna precaución está demás. (*Indicando con el mentón la dirección del Arbol del Bien y del Mal*). Eres un hombre libre, Adán. Usa de tu libertad quebrantando Su norma absurda. Come del fruto prohibido y te habrás liberado de Su egoísta tutela, encontrándote a ti mismo y marchando valientemente hacia tu destino. (*Habla como un demagogo en una reunión popular. La Serpiente sabe que es el momento de emplear sin rubor el latiguillo*).

ADÁN (*mucho menos arrogante que antes*). — ¿Es necesario?

SERP. (*diserta y conciliadora*). — En realidad, no hay que conceder mayor trascendencia al acto en sí. La virtualidad operante no proviene de morder una fruta. Se trata de un rito simbólico. Lo trascendental está en el "ánimus" de desobediencia. Excluida la Desobediencia, el fruto vedado es igual a cualquier otro. (*Ante la vacilación de Adán*). Decídete, Adán. Tu perplejidad es la encrucijada de la humana Aventura.

ADÁN (*Se ha reconcentrado en si mismo, promoviendo todas las reservas de su energía. En ese momento, y en el alma del primer Hombre, la Humanidad ha encontrado el no más allá de su heroísmo*). — Bien. Voy. (*Pausadamente se encamina hacia el gran árbol que se destaca magníficamente a la distancia*).

EVA (*Se adelanta desde la espesura. Su pubertad gloriosa y fragante es la de un capullo presto a desplegarse al empuje de*

la potente vitalidad interior. Ha cubierto su cuerpo desnudo con un coqueto delantal tejido de grandes hojas y brillantes flores. Le ha bastado un instante para inventar el vestido e imaginar la moda). — Adán. espérame. (*Ondulante y deseable se aproxima al primer hombre. La Serpiente sonríe silenciosamente en su árbol*).

ADÁN (*desluminbrado y sorprendido*). — ¿Qué es eso, Eva?

EVA (*modosa y pudibunda*). — Estábamos desnudos, Adán, y eso no es correcto... ni distinguido. Ahora sabemos lo que es el Pudor. (*Mirándose con coquetería*). ¿No te parece que he sabido sacar partido de algunas hojas para confeccionar este "ensemble" de verano, tan sumario y elegante?

ADÁN (*Una ola de ardiente sangre le ha subido a la cara. Hay en sus palabras inusitado calor*). — Estás adorable, Eva; verdaderamente adorable. (*A sus ojos asoma, por primera vez, el fulgor pecaminoso del Deseo, que ha nacido juntamente con el Pudor. Esforzándose por aparentar serenidad*). Pero ésta no es la ocasión de pensar en semejantes... Ven conmigo.

EVA (*temerosa*). — ¿Adónde?

ADÁN (*con imperio*). — Allá. (*Indica el árbol con un ademán*). Debe cumplirse el destino del Hombre.

EVA (*que corrige en el hombro izquierdo un defecto de su delantal*). — ¡Qué mal cae esta hoja! (*Respondiendo a Adán y sólo atenta a su tocado*). Lo que tú hagas estará bien hecho, Adán, aunque mucho me temo que cometas una majadería... Habrá que cambiar este adorno. (*Se alejan, precediendo Adán a su compañera. La tarde cae y un crepúsculo dorado hermosea el último día venturoso del Paraíso Terrenal. Se escuchan tierrosos arrullos de palomas y broncos bramidos de fieras. Sobre las crestas de las lejanas montañas el sol poniente prende desluminbradores fuegos, en tanto que largos girones de sombras descienden perezosamente por sus adormecidos flancos. La Serpiente observa con expresión sañuda la marcha de la humana pareja. Mira enseguida hacia el cielo como quien calcula en un cronómetro los segundos requeridos para que se consuma la mecha que ha de provocar una explosión. Por último murmura con diabólica sorna*). — Me parece que algo hemos hecho por el desquite de Luzbel. Algo hemos hecho por el Altísimo... (*Mi-*

rando hacia el lugar de la selva por el cual se han internado Adán y Eva). — Y a ustedes, "good luck"; ya nos encontraremos en el tiempo. (*Despliega sus maravillosas alas y emprende el vuelo, hendiendo el espacio con suave silbo de bandada en fuga. Por un instante, su airosa armadura, flotando en el éter, queda envuelta en adamantinas chispas bajo el cielo incendiado de claridad solar*).

ESCENA FINAL

Adán. Eva. El Angel de la Espada Rutilante.

ADÁN (*Desciende por la falda del altozano con paso vacilante. Es el suyo el mismo gesto del actor dramático que representa a Macbeth cuando abandona la cámara ensangrentada del rey Duncan. Su semblante está lívido pero en sus miradas luce el orgullo de la proeza ejecutada. Se ve que teme, mas no se arrepiente. Eva lo acompaña, hurgándose los blancos dientes con una espina vegetal. No parece muy atemorizada. Probablemente, confía en que todo se arreglará al fin. Para ella, el caso se reduce a una travesura pueril*). — El acto ha sido consumado. Ya he dejado de ser un juguete en Sus manos, Eva. Soy un Hombre. (*Con fiereza*). Un Hombre...

EVA (*se estrecha contra él con amoroso mimo*). — Mi hombre... (*Mirándolo como hasta entonces jamás lo había mirado*). Mi hermoso hombre...

ADÁN (*aproximándose al regato y dominado por extraña exaltación*). — Y nada ha ocurrido, Eva, ¿lo ves? (*Encarándose con alguien invisible en el firmamento*). ¿Para cuándo reservas el rayo de Tu cólera, Señor? (*Un profundo y pavoroso trueno parece conmover hasta sus basas la arquitectura celeste. La sombra del eclipse cae sobre el Universo. El sol parece cubierto, como en el Apocalipsis, por un saco de pelo que enturbia sombríamente su fulgor. Honda ráfaga de gélido viento que sube de las negras profundidades del Abismo azota la naturaleza. La creación queda envuelta en cárdena luz precursora de la tempestad. Otra vez el trueno levanta en las alturas la voz potente de la cólera del Señor. Por el calvero, precipítanse en aterro-*

rizados tropes bestias de todo género y especie. Bandadas de aves fugitivas chillan su miedo en el espacio).

ADÁN (*perdida su anterior jactancia y postrado de espanto estrecha a Eva contra su pecho*). — Es Su voz. Huyamos, Eva. No me atrevo a comparecer ante Su cólera. (*Se dirige hacia la espesura, seguido de Eva. Frente a ellos aparece de pronto una gigantesca figura angélica. Es un guerrero revestido de metálicos arreos. Blande su diestra una larga espada rutilante cuya hoja luminosa acuchilla el cielo tenebroso como un eléctrico tajo*).

ANGEL (*amenazante*). — Fuera de aquí, hombre de pecado. Fuera de aquí. Tu sentencia ha sido pronunciada por el Eterno. Aléjate con la carga de tu falta. Réprobo.

EVA (*sollozando*). — ¿No te lo dije, Adán? ¡Ah! si los hombres hicieran caso a los consejos de las mujeres...

ADÁN (*La presencia del Angel, lejos de intensificar su terror, lo ha disminuido perceptiblemente. Sin duda, el pavor del primer hombre emanaba más de la amenaza del peligro desconocido que no de la realidad concreta de la cólera celeste. A Eva, con acento rudo*). — Cállate, mujer. (*Al Angel, temblorosa la voz pero con bastante serenidad para el trance*). Ya lo presumía. ¿Cuál es la sentencia del Señor?

ANGEL. — Escucha con atención. (*Lee con áspera voz de combatiente y luchando con dificultades prosódicas los versículos catorce a diez y nueve del Capítulo Segundo del Génesis*). ¿Te has enterado?

ADÁN (*Ha escuchado en silencio los considerandos del primer auto judicial dictado sobre la tierra. Poniéndose en situación*). — Algo podría observar pero no lo hago. El tiempo será juez entre el Hacedor y la criatura. (*A Eva*). Vamos.

EVA (*siempre sollozando pero cuidando de no perjudicar su flamante atavío*). — Te seguiré hasta donde vayas, Adán mío. (*Bajando la voz*). ¿Has oído que El ha dicho que nos vestirá de pieles? No me parece muy adecuado al clima. (*Ante un gesto de impaciencia de Adán*). ¿Hacia dónde me llevas?

ADÁN (*con impresionante gravedad*). — Hacia el destino del Hombre. (*Sosteniendo a su compañera, pasa erguido frente al Angel, quien lo contempla con mal disimulado estupor*).

SERP. (*Ha presenciado la escena desde algún lugar escondido en la floresta y su voz resuena irónicamente "a la cantonade"*). — ¡Bravo, Adán! Pero no pongas tanto énfasis en tu papel. Vas a convertir en tragedia lo que es simplemente una farsa.

(*A la lívida claridad de la borrasca suspensa sobre el Paraíso, cruza brincando el claro una pantera en persecución de un corzo; en el aire planea una tórtola destrozada por un milano. Por los senos oscuros de la selva vibran rugidos feroces y largos clamores de espanto. Ha comenzado la "struggle for life" en la Creación*).

TELÓN

Esta farsa teatral, juntamente con *American Dreams and Chimerical Corporation* y *Un immoralista activo*, ya publicadas en NOSOTROS (Nos. 272 y 274), aparecerán en breve editadas en un volumen, bajo el título común de *Parlamentos y Acotaciones* (Teatro Irrepresentable).

LOS AMORES DE SARMIENTO

JOSÉ Posse, amigo íntimo del civilizador, debió conocer los amores de Sarmiento; él afirmó ser “el depositario de las confidencias” del corazón del prócer, en su discurso pronunciado en Tucumán en 1876. Lo repite don Augusto Belín en *El joven Sarmiento*: “¿Habría escrito? ¿Le habrán escrito? Es probable...” contesta el nieto. Pero, si apenas un lustro después de la muerte de Sarmiento *La Quincena* (1894 - 1895), publicaba ya las *Cartas amatorias*, ¿cómo es que el nieto, tan profundo conocedor del tema, ignoraba los documentos transcritos? En el tomo de las *Memorias* dicen el editor, que el *Diario de viaje* (1) iba dirigido a “una amiga, y para ella sola”, con una llamada importantísima, en donde hallamos el hilo conductor de los amores del autor del *Facundo*, y remite al lector, en ese punto, a otra página del mencionado tomo. El asterisco trae esta observación: “La misma a quien dirigía estas páginas y de quien habla en la página 215 de este volumen”; es decir, Aurelia Vélez, nombrada por Sarmiento en la epístola de la “página 215”, dirigida a su confidente José Posse.

Dice más adelante (opus citada):

“En ausencia de una documentación original que nos demuestre lo contrario, debemos suponer que, enamorado, un Sarmiento, pudiese haber sido igual al ejemplar más tonto que se extrajera de la majada humana y no faltan ejemplos que demuestren que en materia amorosa un hombre de talento puede mostrarse menos brillante que un tonto de patente.

(1) Al inaugurarse la estatua de Sarmiento en 1900, Aurelia Vélez Sársfield cedió el original a un conocido publicista. Consérvase en la “Sala Sarmiento”, del Museo Histórico Nacional.

“Esa parte amatoria de las biografías parece falsa (1), porque faltan hechos ignorados del autor y desdicen con lo que inventa su brillante imaginación.

“El único confidente suyo en la época juvenil de las pasiones era don José Posse, quien nunca cometió la indiscreción de decir lo que su amigo no dijo al público. Posse y Sarmiento consideraban el amor como asunto a debatirse entre dos interesados que no deben la confidencia a nadie. Si es de una mala acción y hasta una felonía el que uno de los protagonistas revele a indiferentes la secreta confidencia, no siempre será acto de delicadeza inventar incidencias para divertir al público. El trato del grande hombre me enseñó a no poner la mano en el secreto ajeno”.

Mas era un “secreto a voces”, y cabalmente el nieto contribuyó a descifrar los amores de Sarmiento”. En esa forma he tratado, con el auxilio del tiempo, de “enderezar la historia” sentimental del cuyano, reservándome algunas confidencias íntimas que he recogido —¡loado sea Dios!— de labios familiares.

A poco de ser asesinado en la Rinconada del Pocito, el gobernador Aberastain, su amigo Sarmiento abandonó Buenos Aires. Iba a vengar la muerte de su condiscípulo amado de la “Escuela de la Patria”. Es un “Facundo nuevo”, como el protagonista de su libro. Pero él no baja de la montaña ni de los llanos, él asciende del Plata hacia la cumbre. Parte de Buenos Aires en calidad de “auditor de guerra” del ejército de Mitre, triunfante en Pavón; atraviesa la pampa, pasa por Río IV —“hice sesenta y cinco leguas de una jornada”, narra Sarmiento—, convertido ya en el camino en “Comisario regio”, y cuando llega a Mendoza es nombrado “dictador militar” por derecho de conquista. Facundo vive en el titán; pide venganza, escarmiento. Acaudillando montoneras llega al solar paterno: es entonces un Facundo purificado. Desde la ciudad andina recordaba a la amada, el vengador de la democracia: “A mi llegada a Mendoza avisé a Juanita que escribiese, no pudiendo hacerlo yo, para que supieses mi

(1) Consúltense *Los amores de Baruj de Spinoza*, por Alberto Gerschunoff y *La Dorotea y La vida amorosa de López*, por Carmelo Bonet, para no citar sino los nombres de autores nacionales, sobre esa parte “amatoria de las biografías...” Dejamos en el tintero los “amores de Bolívar”, a fin de no fatigar al lector.

llegada", dicele a Aurelia Vélez en su segunda carta. No olvidó por cierto el "dictador" a la "montonera" de su pena amorosa —"rondaba su alma"—, y mientras él perseguía en el desierto de Facundo a los asesinos del mártir Aberastain —"doctor, juez supremo de alzadas" de *Recuerdos*—, y era aclamado gobernador en la patria de los Albarracines, su vida era un "piélago de dolores", de "estrágos", causados por el amor que mueve "el sol y las estrellas".

"En aquel tiempo —anota Carlos O. Bunge en *Sarmiento*— solía escribir a Dominguito y aun a su mujer. Como transcurrieran una vez dos o tres semanas sin que éstos recibieran correspondencia alguna, el joven hizo averiguaciones en el correo. Supo allí que, desde San Juan, llegaban regularmente cartas de Sarmiento, mas no para ellos, sino para una humilde viejecita, que apenas sabía leer. Parece que doña Benita y su hijo se incautaron entonces de una de esas cartas, y descubrieron que era una misiva de carácter galante, dirigida a una dama joven y hermosa..."

Escuchemos la confidencia en las páginas (1) del terrible vengador:

Primera carta: "He debido meditar mucho antes de responder a su sentida carta de Vd., como he necesitado tenerme el corazón a dos manos para no ceder a sus impulsos. No obedecerlo, era decir adiós para siempre a los afectos tiernos, y cerrar la última página de un libro que sólo contiene dos historias interesantes. La que a Vd. se liga era la más fresca y es la última de mi vida. Desde hoy soy viejo.

- a) Acepto de todo corazón su amistad, que será más feliz que no pudo serlo nunca un amor contra el cual han pugnado las más inexplicables contrariedades. Hoy se añaden peligros para Vd. sola; y aquella "afirmativa" con que la
- b) amenazaron, la darían los que no la comprenden, y esto por mi causa, y por agentes que pueden salir de mi lado. Los que tanto la aman no me perdonarían haberla expuesto a males que no me es dado reparar. Ante esta responsabilidad, todo

(1) "*Cartas avatorias de Sarmiento*". (De *La Quincena*; tomo II; página 395. 1894-95. Con una página de texto, "facsimilar").

sentimiento egoísta debe enmudecer de mi parte, y, con orgullo puedo decírselo, han enmudecido.

Cuando esté su corazón de Vd. tranquilo en el puerto, contemplaremos como se lo dije el otro día, la mar serena, y hablaremos sin temor de los escollos con que hubimos de estrellarnos.

- c) Me acojo a la amistad que me ofrece, y que la creo tan sincera como fué puro su amor. En pos de pasiones que nos han agitado, hasta desconocernos el uno al otro, es una felicidad que el Cielo nos depara, salvar del naufragio, y en lugar de aborrecernos cuando ya no nos amaremos, poder estimarnos siempre. Sólo así gozaremos de la felicidad que hemos buscado en vano. No conservo resentimiento alguno, por los últimos incidentes que han turbado nuestras relaciones. No tenía Vd. el
- d) poder de herirme; y cuando me entregaba el papel que contenía la explosión de desahogos no motivados, leí en sus ojos que nada había quedado en su pecho.

Me siento aliviado de un gran peso, y creo que quedará Vd. lo mismo al leer ésta; y así como cuento en su creído en los motivos y los fines, cuento con que la generosidad de sus sentimientos le hará alejar toda sugestión de amor propio que en manera alguna está interesado. Me ha presentado Vd. dos caminos para

- e) llegar de nuevo a su corazón, y he tomado el que menos dificultades para Vd. traería, pues que no son las espinas las que me arredran de tomar el otro. Cuando pueda le daré
- g) el beso en la frente, que para este caso le tenía ofrecido su

SARMIENTO.

Análisis de la primera carta:

- a) En el amor de los protagonistas pugnaron "las más inexplicables contrariedades". Sarmiento refiérese, a todas luces, a su situación de hombre casado. En trance tan doloroso acepta de la amada sólo la "amistad".
- b) Hubo "amenazas", declara el prócer, cuya procedencia originábase en el fuerte temperamento de doña Benita, mujer celosísima.

- c) Vuelve Sarmiento a aceptar la "amistad": "la amistad que me ofrece". E insiste: "poder estimarnos siempre".
- d) Como en todo verdadero amor, pasaron los dos su período borrascoso. Ella lo "hirió" —"explosión de desahogos no motivados"— y debió ser terrible el contenido de esa carta.
- e) La amada quiso retenerlo, ofreciéndole "dos caminos para llegar de nuevo a su corazón" ¿Pensaron acaso en la huída romancesca? Evidentemente, no. "Desde hoy soy viejo", aclaró ya al comienzo el autor del *Facundo*.
- f) El camino elegido por Sarmiento fué el de la *separación*. No por temor —"pues no son las espinas las que me arredran"—, sólo por salvar el prestigio de su dama. Don Quijote toma el camino de Montiel... (La carta estaría fechada en Buenos Aires. Era, por consiguiente, una correspondencia urbana).
- a) *Segunda carta*: "He recibido tu recelosa carta del 8 de Diciembre, extrañando mi silencio y recordándome posición y deberes que no he olvidado. Tus reproches inmotivados
- b) me han consolado, sin embargo; como tú, padezco por la ausencia, y el olvido posible, la tibieza de las afecciones me
- c) alarman. Tanto, tanto hemos comprometido que tiemblo que una nube, una preocupación, un error momentáneo, haga inútiles tantos sacrificios.
- d) Te quejas de no haber recibido en quince días cartas; y sobre este delito fraguas ya un ultimatum. Pero si **no** hubiese sido posible escribirte con seguridad?
- e) ¿No has visto que a tu padre, a tu madre, a alguien de los tuyos escribo para recordarte que mi alma anda rondando cerca de tí?
¿Y si esas cartas no se han recibido todas? ¿no temes que alguna tuya se perdiese?
- f) La verdad es sin embargo que tu amiga me alarmó con prevenciones que me hicieron temer un accidente, pues ella anda muy cerca de las personas en cuyas manos una carta a tí, o tuya sería una prenda tomada. He recibido tu primera carta, y una segunda en que me decías que no tenías voluntad de escribirme, nada más. Y con este capital crees que quedan justificados tus amargos reproches. Sé, pues, justa, y tranquilízate. No te olvi-

daré porque eres parte de mi existencia; porque cuento contigo ahora y siempre.

Mi vida futura está basada exclusivamente sobre tu solemne promesa de amarme y pertenecerme a despecho de todo; y yo te agrego, a pesar de mi ausencia, aunque se prolongue;

g) a pesar de la falta de cartas cuando no las recibas. Esos años que invocas velan por tí, y te reclaman como la única esperanza (1) y alegría en un piélago de dolores secretos que tu no conoces, y de estragos causados por nuestro amor mismo.

h) A mi llegada a Mendoza avisé a Juanita que escribiese, no pudiendo hacerlo yo, para que supieses mi llegada. El correo está franco? ¿por qué no escribes sin intermediarios? Hazlo en adelante y abandona este tema de las quejas que dan a tus cartas un carácter desabrido, haciendo más insoportable la separación.

i) Necesito tus cariños, tus ideas, tus sentimientos blandos para vivir. Un amigo de Córdoba me escribe: "No puedo disimularte que he recibido una impresión penosa al leer su carta, porque veo en ella reflejar un profundo desencanto que muchas veces he apercibido en el fondo de su pensamiento". Atra-

j) viés una gran crisis de mi vida. Créemelo. Padezco horriblemente, y tú envenenas heridas que debieras curar. Al partir para San Juan, te envío mil besos, y te prometo eterna constancia. Tuyo. — SARMIENTO.

Análisis de la Segunda carta:

- a) Sarmiento encuéntrase de paso en Mendoza. Es "dictador militar" (1861).
- b) La amada muéstrase "quejosa" y "extraña su silencio". Repróchale su actitud.
- c) Hay dolor de "ausencia" y temor al "olvido". Tiembla el titán.

(1) Como contraste léase en esta carta de Napoleón a Josefina, el dolor del corso: "Mi vida es una pesadilla perpetua. Un presentimiento funesto me impide respirar. Ya no vivo, he perdido más que la dicha, más que el reposo. Ya casi no tengo esperanzas. Escíbeme diez páginas; esto me consolará un poco. Yo te acuso de permanecer en París mientras tú estás enferma. Perdóname, mi buena amiga; el amor que me has inspirado me priva de la razón".

- d) "En quince días" no ha recibido la amada noticia alguna. Recuérdese que Sarmiento salió del Espinillo con el ejército de Rivas, en noviembre de 1861; el "auditor de guerra" fechó su diario de campaña el 11 de diciembre en Villanueva (Córdoba). En Mendoza recibió la carta del "8 de diciembre"; mientras tanto escribía al "padre" y a la "madre".
- e) El doctor Vélez era, en Buenos Aires, su aliado político, en la oposición a Urquiza y Derqui, "culpables" del asesinato de Aberastain.
- f) Las cartas llegaban a la amada por intermedio de una "amiga".. Esta no ofrecía suficiente seguridad, pues andaba "muy cerca" de la mujer de Sarmiento.
- g) La ausencia del prócer, durante la campaña a San Juan.
- h) Llegada de Sarmiento a Mendoza.
- i) "Necesito tus ideas". La amada era una mujer de talento. Según Sarmiento, la hija de Vélez tenía "más carácter que el padre."
- j) "Atravieso una gran crisis de mi vida". Es decir, su separación conyugal y su amor imposible. Esas son las "heridas": el recuerdo de doña Benita.
- k) Parte con destino a San Juan. Envíale a la amada puñados de besos líricos. Prométele finalmente "eterna constancia".

Contestación a ambas cartas: "He tenido un momento de placer al leer tu carta. Me ha parecido encontrar en ella algunas palabras dirigidas a mí. Estoy pasando días horribles con tu retiro, es preciso que esto acabe. ¿No son bastantes los obstáculos que el Destino y la sociedad ponen a nuestro amor?"

- a) ¿Y hemos de tratar de hacernos pesada nuestra situación con dudas y desconfianzas indignas de nosotros? Haya paz entre nosotros y sobre todo confianza. Yo la he tenido absoluta en tí, y no es sin razón que lo exija para mí. Tal vez crees tener razón para estar resentido, y aunque a primera vista parezca, no la hay. Te he escrito todos los días que tú no me has escrito, he tenido la carta en mis manos pero una invencible timidez ha hecho que no encuentre momento a propósito para dártela. ¿Cree-rás o más bien comprenderás lo que por mí pasa? Yo misma no la comprendo bien.

b) Te amo con todas las timideces de una niña, y con toda la pasión de que es capaz una mujer. Te amo como no he amado nunca, como no creí que era posible amar. He aceptado tu amor porque estoy segura de merecerlo. Sólo tengo en mi vida una falta y es mi amor a tí. ¿Serás tú el encargado de castigarla? Te he dicho la verdad en todo, ¿Me perdonarás mi tonta timidez? Perdóname, encanto mío, no puedo vivir sin tu amor.

Escribeme, dime que me amas, que no estás enojado con tu c) amiga que tanto te quiere, ¿Me escribirás, no es cierto? (1)

Examen de la carta respuesta:

La correspondencia publicóse en la revista, sin firma de mujer; a pesar de todo debe corresponder a Aurelia Vélez Sarsfield, con quien mantuvo Sarmiento, al poco tiempo, un activo intercambio epistolar. Ello puede comprobarse, sin esfuerzo, en las obras completas de Sarmiento.

a) Es esta misiva de una gran claridad amorosa y fuertemente femenina.

Háblale en la primera parte del "Destino" y la "sociedad". Los dos estaban casados, he ahí la parte del "destino", y por añadidura, la situación espectral de ambos.

b) Era una mujer concedora de su propia alma.

c) Era su "amiga" en el sentido más noble del vocablo. Aurelia Vélez "preparó" la candidatura presidencial de Sarmiento, mientras el cuyano residía en los Estados Unidos.

Las cartas continuaron hasta la víspera de la muerte del prócer. Este amor duró en suma, treinta años. Comenzó en 1858 y concluyó en 1888, fecha de la desaparición del civilizador. Aurelia Vélez, octogenaria, falleció en Buenos Aires en 1924.

Debió ser Aurelia Vélez una mujer extraordinaria. Con ella hablaba el numen, de sus proyectos quiméricos; con ella sobre política internacional e interna, sobre los bandidos y las estrellas.

(1) El siguiente número de *La Quincena* trae esta aclaración:

"Algunos han dudado de la autenticidad de las cartas de Sarmiento publicadas en la anterior entrega. Son auténticas. Y lo prueba el fac-símile, sacado de una de ellas, que las acompaña y completa. Revelan una parte pasional de la vida de Sarmiento...".

Alberto Palcos, en *Sarmiento*, háse ocupado de estas "cartas amorosas", asignándoles la importancia que tienen.

Así pidióle al escritor una segunda parte del *Facundo*. Sarmiento escuchó el consejo. He aquí la respuesta:

“No tocaré con mi trémula mano de viejo —escribe desde los Estados Unidos— a mi juvenil *Facundo* para complacerla a Vd. cuyo *juicio* y *cariñosa tutela respeto y acepto*. Pero pienso agregarle un complemento. *Treinta años después*, la guerra o sublevación del Chacho, en que el autor del *Facundo* acababa con el último movimiento de los bárbaros. ¿Qué le parece la idea?

“Lo que en ello me interesa es restablecer la verdad de esa campaña en que otros me despojaron de todo el mérito de mis esfuerzos y del éxito final. Con los documentos a la mano, haré este cuento que procuraré sea lindo.

‘Cuando vea Vd. la *Vida de Lincoln*, tendrá lástima de los demagogos que por comprometerme me atacaron. “A cada uno le llega su San Martín. Le hablo a Vd. de todo esto, porque Vd. no es hombre ni político. Guardo mi silencio y me gozo de ser olvidado, menos de su tatita a quien no se lo perdonaría”.

El “complemento” ofrecido y dedicado a Aurelia Vélez, apareció en el tomo del *Facundo*, impreso en Norteamérica, con el hermoso prólogo de una mujer, grande admiradora de Sarmiento, la viuda de Horacio Mann. El Chacho está pues unido al bello nombre de la hija del civilista. Cronológicamente, la vida de Quiroga, pertenece al “amor chileno”, la del general Peñaloza, al “amor porteño”. Son, en síntesis, libros situados entre “dos amores” y entre dos bandidos.

PORFIRIO FARIÑA NÚÑEZ.

AURORA RUSA *

"Ahora, camaradas, comencemos a construir el Socialismo".
(Palabras de Lenin en el discurso inaugural pronunciado ante el Ier. Soviet de Petrogrado en octubre de 1917).

ESTE escrito no es una simple nota más o menos bibliográfica, en que se toma lo que conviene a la ideología del crítico y se deja o invalida el resto. Hay aquí algo más. Un trabajo personal en el que no sólo hemos tratado de aunar todo lo substancial que sabíamos acerca de la Revolución Rusa, sino que le hemos agregado algunas consideraciones de nuestra peculiar orientación.

A Waldo Frank somos deudores de la inspiración más que de su observación y documentación. Porque su libro no es una simple visión panorámica de lo que ha ocurrido y sigue ocurriendo en la Unión Soviética. El análisis y las descripciones —en pro o en contra— que nos han ido dando escritores de todo fuste, han sido trascendidas; y más que trascendidas penetradas. Sabíamos bastante de los justificativos y de las finalidades del grandioso movimiento. Igualmente sabíamos de los elementos remotos y actuales que han intervenido; de los métodos utilizados; del plan quinquenal y de los esfuerzos pedagógicos en plena eficiencia; de los objetivos alcanzados y de los errores cometidos; de los éxitos, de los fracasos y las perspectivas que se vislumbran. Pero, ¿quién, quién nos había brindado el estudio psicoanalítico, la penetración espiritual de la Revolución Rusa? Que sepamos, nadie hasta ahora. Waldo Frank ha llevado a término la magna empresa. Sean cualesquiera las deficiencias que la crítica sutil pueda hallar en su obra, ésta quedará como uno de los documentos más fehacientes

(*) A propósito del libro de WALDO FRANK del mismo título (Espasa-Calpe, Madrid-Buenos Aires).

para el futuro. Para cuando el apasionamiento se haya desvanecido y la mente serena e imparcial se habitúe a ver lo que hay debajo de la superficie.

De cuantos libros hemos leído —y deben ser ya muchos— acerca de Rusia, ninguno nos ha producido una emoción más honda que éste. Es realmente lo que sugiere el título. Se amanece con la obra y se queda iluminado por ella, tan perfecto es el ritmo que la palabra cálida, sincera, profunda, prudente y penetrante a la vez del autor establece con nuestro propio sentir, cuando este propio sentir fluye libremente venciendo los obstáculos creados por las ideologías y los intereses de personas y de clase. Muchas dudas cesan. Otras muchas pueden cesar.

Es que Waldo Frank ha sabido captar la síntesis de la Revolución Rusa, aun en el actual momento de reconstrucción casi iniciático, en una apocalipsis que incluye el pasado, el presente y el futuro; que enlaza sus fuentes genesíacas y los esfuerzos heroicos que desde 15 años realiza un puñado de hombres héroes, mezcla asiática-europea de videntes y visionarios, para dar estructura social a Rusia, arrastrando con su valentía, su inteligencia y su fuego al resto del país, quiera que no. Es la primera vez que hallamos en un libro escrito por un marxista —porque el autor lo es— libremente analizado el materialismo dialéctico de Marx que, como siempre lo hemos sospechado, en el fondo no es ni materialismo ni dialéctico, pues está substanciado por una esencia orgánica que se desenvuelve en forma orgánica, lo cual presupone un punto de partida, una línea de desarrollo y un objetivo superior sino independiente de nuestra voluntad que así vendría a ser un simple elemento de ajuste. Ha de ser seguramente esa esencia que va ensayando sus formas puras en la acción, venciendo obstáculos de la naturaleza y de los hombres, de espacio y de tiempo, subyugando a una necesidad superior todos los elementos sociales, no importa que sean o aparezcan favorables o adversos.

Al influjo de ese artista de la penetración intuitiva y de la expresión, hemos estado en Rusia sin movernos de nuestro asiento. La hemos recorrido con él. Hemos sentido sus ansias y sus inquietudes seculares, las vibraciones de su nueva existencia, sus dudas transformadas en problemas planteados para ser resueltos, de un

modo o de otro. Hemos sentido y vivido su vida moviéndose entre tantos opuestos, tantos dualismos, que puja por acercarse cada vez más a ese monismo social, a ese equilibrio dinámico que es acción pura, creación pura, porque es despojado de todo egoísmo personal y colectivo.

Waldo Frank ha ido a Rusia en viaje de descanso, para ocupar sus vacaciones, como quien corre una aventura. El descanso ha resultado una magnífica labor; las vacaciones provechosas; la aventura grande. No puede ser de otra manera cuando se dispone de una cultura enjundiosa, sólida, vasta, imposible de abandonar en el hogar o en el trayecto. Su pensamiento libre y penetrante se ha nutrido en todas partes, en la superficie y en lo que hay debajo de ella. Así se ha ido nutriendo de las percepciones, recogidas a través de su observación, que después ha fusionado en una admirable síntesis, que es obra de sociología y de moral, de filosofía y de psicología, de metafísica y de arte, y sobre todo de justicia. La obra entera resulta de ese modo un homenaje bello y desinteresado a Rusia y a sus hombres; al mujik y al cadáver misteriosamente embalsamado de Lenin.

*

Tres millones de comunistas, que viven en perpetuo estado de exaltación física, emotiva, mental, que organizan, disciplinan, dirigen y estimulan, son como el dínamo propulsor de la Unión Soviética. Por su acción, más de ciento cincuenta millones de hombres-bestias despiertan del sueño milenario en el que las cadenas, la miseria, la suciedad y la ignorancia eran condiciones normales en beneficio del zarismo, de la aristocracia y del clero. Obran esos comunistas con la cabeza, con el brazo y con el corazón; con el corazón también, pese a la guerra declarada a todo idealismo.

Luchan contra la misma naturaleza, arrancando el mujik al mujik, haciendo de sus hijos obreros conscientes de la tierra por intermedio de la máquina, de la organización, de la educación. Waldo Frank está en lo cierto: "la revolución comunista sólo puede concebirse en su integridad como obra organizadora y educadora". Su posición actual es —por ineludible presión de las circunstancias— el Socialismo de Estado. Pero, dentro de ese

aspecto inmediato, hay un ideal y una finalidad: el trabajo en común, el beneficio en común. A eso se llegará cuando la revolución sea mundial y cese el estado de guerra con los vecinos; cuando se haya extinguido la presente generación, educada, poco o mucho, en la mentalidad capitalista, y venga otra que ya se está educando en la mentalidad comunista.

Tiene la revolución rusa el mérito de producir una total inversión de valores. Ya no es el obrero el esclavo de la máquina. Es ésta que se somete dócilmente a la mano que la guía, y no sólo con la mano —como en el engranaje capitalista— sino con todo su espíritu. Esta inversión ha realizado el milagro de transformar el alma del obrero, antes simple pieza de repuesto en un complicado mecanismo, hoy elemento inteligente, consciente, creador, poeta y artista del trabajo. “Las fábricas son tremendas como la guerra, sólo que de esta guerra no sale la muerte sino una vida nueva con una conciencia nueva”.

Hierro y fuego... he aquí la fórmula que va destruyendo un mundo y emanando otro. Las fábricas y talleres en la vieja organización eran lugares malditos y aborrecidos. Los nuevos son las simbólicas usinas de Vulcano donde el sudor de la frente, la fuerza del músculo, la luz intelectual forjan la Afrodita de su propia obra, de su dignidad, de su libertad, de su felicidad. El trabajo realizado con amor es una victoria, una gloria, es un poema: un poema de amor. Así, cada hombre, cada obrero es la Humanidad entera. La Humanidad entera está presente en cada obrero ruso. Cada uno de esos obreros sabe que está laborando dentro de un principio de unidad universal.

Es evidente —y es lógico— que haya en Rusia dos Rusias, sin contar con otra intermedia que, con sus flujos y reflujos, va hacia un extremo o hacia el otro, como en toda época de transición. Una Rusia vieja, corroída por la miseria, la ignorancia del pasado, descontenta y desconfiada, que se presta dócilmente hoy, como se prestó dócilmente ayer, a ser la materia plástica de todas las construcciones, de todos los ensayos, interviniendo sólo con una porción de sí misma, que soporta mal la miseria aún no vencida, precisamente porque es ignorante. Y hay otra Rusia joven cuyo signo expresivo —en sus ojos, en sus gestos, en sus emociones— es la voluntad; una voluntad firme de ser y de devenir,

de obrar y de triunfar, que soporta por eso con júbilo la miseria aun no vencida. Es la juventud comunista que sabe lo que quiere y va hacia lo que quiere. ¿Cuál de las dos se tragará a la otra? ¿A quién seguirá esa nueva generación que se va formando en la fábrica, en los campos, en las Universidades, en las Academias? En vez de responder más o menos proféticamente —porque eso no es adecuado a mentalidades sensatas— Waldo Frank hace a un lado sus propias visiones y se queda en el terreno de las ideas generales. Y no es eso el menor mérito de la obra. Porque la ética de la Revolución Rusa es la universalización. Expresa una necesidad mundial en una manifestación particular; en el trabajo manual y el intelectual; en el social y en el estético; en la masculinidad y en la feminidad. “En Rusia —observa Waldo Frank— todo es grande”, porque todo es una expresión de lo universal. Es lo heterogéneo que vuelve a lo homogéneo. Como deber y como derecho. Es el primer ensayo histórico que se hace. Porque no es sólo política. Porque es económica, social, cultural. Es esa característica que le asegura su triunfo y su permanencia.

En ningún otro libro mejor que en el de Waldo Frank se comprende por qué una revolución social-mundial se ha localizado en Rusia, en su primera etapa. La guerra larga y extenuante, no sentida, que registraba derrota tras derrota, debido a traiciones de todo orden; la miseria crónica del pueblo; la situación geográfica; la inmensidad del territorio, las experiencias cooperativistas; la propaganda, las persecuciones, Siberia, la horca, los hombres símbolos y representativos que aparecen en el momento oportuno y otros muchos elementos más fueron de valor capital. Pero, por sobre todos ellos, o por debajo de todos ellos, hubo otro elemento más poderoso, indispensable para la gran epopeya: la peculiar estructura del alma rusa, dispuesta siempre a la unificación. Se diría que es un alma grupal, un alma colectiva, con un mínimo de individualización. El ruso tiene el instinto, la tendencia, la necesidad de unirse. Parecería que el ruso, más que individuo, se siente masa.

Agruparlo, unirlo, disciplinarlo como organismo múltiple es en Rusia mucho más fácil que en los países occidentales, super-individualistas por temperamento y educación. No entramos a

discutir, a la luz de la psicología trascendental, si eso es un bien o un mal. Lo comprobamos como hecho y lo aceptamos como una necesidad contingente, indispensable en todas las grandes sacudidas históricas y en los momentos de las transformaciones radicales. Waldo Frank nos suministra un bello ejemplo. Asiste a una función en la Opera de Moscú. Durante el entreacto, la concurrencia se vuelca en el Foyer. Casi inconscientemente, todos se ponen de pie y comienzan a circular dando vueltas y más vueltas en el gran hall, en orden. "No conozco —dice el autor— otra muchedumbre en el mundo que, en un entreacto teatral, no se mantenga individualizada en pequeños grupos, de pie, o moviéndose en cualquier dirección posible".

Muy dueño el lector de recordar los borregos de Panurgo. ¿Es con borregos que se hace la Historia? ¿Es la Revolución Rusa un movimiento de masas incultas y brutales, de populacho instintivo? Sea de cualquier modo, alguna vez la masa, la eterna víctima, había de tener su reacción kármica, como diría un oriental; había de tomarse siquiera una pequeña revancha contra sus victimarios, a través de los propios elementos de éstos, utilizando sus mismos métodos. Después vendrá el equilibrio. Después la masa se hará individuos, aunque de una estructura distinta de la burguesa. Por ahora, éstos se hacen masa. En nuestro sentir, el término "proletarizarse" no tiene sólo un significado económico. Lo tiene también psicológico.

La Revolución Rusa la comenzó la clase media. Era la única que podía hacerla, por hallarse desligada del zarismo, de la aristocracia, del militarismo y del clero, que representaban el pasado, la tradición y la reacción; impulsada por las masas que comenzaban a tener la vaga conciencia de una vida superior al instinto. "La Revolución Rusa es un movimiento de las masas hacia el reino de la inteligencia en todos los dominios". Es un movimiento hacia la razón. "Si ese movimiento no fuera impulsado por la conciencia de las masas no sería más que un aborto".

Esta ascensión gradual, pero rápida, la está realizando ya el proletariado ruso. A pesar de hallarse en una época de reconstrucción económica, que absorbe el mayor caudal de energías, en Rusia se hace algo más: se estudia y con el estudio se piensa. Se descansa de las labores físicas estudiando. Problemas

culturales de todo orden, antes reservados a los universitarios, hoy se ventilan y discuten en todas partes. Hasta los niños de 15 años se disciplinan en ellos, como si fuera un deporte intelectual complemento de los deportes físicos. No hay ya la menor duda en cuanto al éxito final. Una vez metidos en la corriente no se vuelve nunca más atrás. Esto es ley para el individuo y es ley para las colectividades, en la hora presente, en que la historia inicia un nuevo capítulo, cuyos primeros párrafos escribe Rusia y cuyas últimas líneas escribirá la Humanidad entera.

Para Waldo Frank, la revolución rusa representa en la historia del mundo una de esas horas solemnes en que se salda una cuenta. La cuenta de una minoría que se seleccionaba a sí misma con la savia extraída del alma del pueblo para el que sólo quedaba el trabajo brutal, la miseria repugnante, la ignorancia abyecta. Bastaría eso sólo para justificarla, para justificar todas las revoluciones sociales hoy más que nunca sentidas en cualquier parte del mundo. Quien ha contraído una deuda, material o moral, debe pagarla. Rusia ha comenzado la percepción de un impuesto sagrado que reclama la dignidad humana. Si en Rusia hay todavía "caos", según gustan proclamar los corifeos de la tradición, ese caos pertenece por completo a las condiciones sociales anteriores. La revolución se esfuerza, precisamente, en poner orden —un orden basado sobre principios de justicia— donde antes había desorden porque había privilegios. Pero eso no es todo. Hay algo más importante. "La revolución, desde cierto punto de vista, es la necesidad nacional de Rusia de transportar la fuerza de la continuidad desde la esfera de lo instintivo y lo emotivo, donde ha prevalecido, a las regiones del pensamiento consciente donde puede organizar al pueblo. Hacer de la comunidad y de la continuidad un principio activo para éticas personales y para un orden social moderno; cambiar la totalidad de un sentimiento en un método de inteligencia y de voluntad; esa es la Revolución".

Y es muy interesante comprobar la ductilidad de pensamiento que distingue a los dirigentes rusos, quienes ajustan la acción a las necesidades nuevas que de continuo se presentan. Confiesan sus errores; aceptan como inevitables sus fracasos y se concretan a la experiencia. Por ejemplo: en el momento en

que la guerra civil se había desencadenado en toda la región del Volga, Stalin cambia bruscamente de método; transforma su táctica sustituyendo las armas de fuego por las más sutiles de la presión moral y económica. "Es que un pueblo no se revoluciona en quince días o en quince años, ni siquiera por la más profunda de las revoluciones"; sobre todo en un país de industrialización incipiente, en que apenas iban tomando cuerpo los primeros grupos proletarios, elementos fundamentales de cualquier revolución social, y en el que la inmensa mayoría de la nación llevaba una existencia miserable, más de cerdos que se revuelcan en el barro, que de seres humanos.

El problema más arduo que tenía la Revolución Rusa era la transformación, casi diríamos la transfiguración del mujik en un obrero inteligente y consciente, que debe estar de continuo preocupado en superarse. De ahí las transiciones. De ahí que se toleren muchas actitudes que parecen en oposición al comunismo: la selección entre obreros "sobresalientes" y "flojos" con mayores recompensas para los primeros, consistentes en salarios más elevados, más vacaciones, privilegios adquisitivos en las cooperativas; la protección a los escritores que trabajan en su casa; la posesión de casas propias, etc. Parecería como si a la jerarquía del dinero y de la sangre se hubiese substituído la jerarquía del mérito, indiscutiblemente superior, pero jerarquía al fin, y como tal antipática. Pero es el caso que Rusia necesita con urgencia organizar su vida económica hasta el máximo de rendimiento. Esa organización no responde sólo a fines internos sino externos. Sólo cuando Rusia esté económicamente bien organizada y se baste a sí misma de una manera completa, podrá hacer frente a los numerosos enemigos que esperan la oportunidad propicia para echársele encima y estrangularla. Mientras eso no se haga, todo, naturalmente todo —acción, pensamiento, sentimiento, arte, libertad— deberá subordinarse a la necesidad primordial de la economía nacional. Después... escuche el lector: "Debemos tener máquinas a fin de acelerar el proceso histórico. Pero en el interím, nuestros hijos están siendo educados con valores comunistas puros. Se les enseña a trabajar colectivamente y con fines colectivos. Se les enseña a despreciar toda recompensa personal. Mientras crecen en sus hábitos comunistas, estamos procediendo

a deshacer la vieja estructura capitalista. Nuestros hijos heredarán un mundo sin clases en el que la misma idea de recompensa monetaria será absurda". A mayor ilustración, agregaremos que quien esto dice no es un universitario. Es un modesto obrero, consciente que la Unión Soviética no es aún Comunista, que está en el período transitorio de la dictadura proletaria, en guerra con los vecinos. Y que por lo tanto nada debe pedir para sí. Un obrero, en fin, que sabe debe "actuar" olvidándose de sí mismo.

Parece que la vida sexual rusa es un tema favorito que explotan a su paladar muchos escritores de Occidente. Se explica: los rusos han barrido toda separación entre hombres y mujeres. Cada uno es dueño de hacer de su cuerpo el uso que mejor le plazca. Y aunque haya en Rusia un magnífico Código familiar, matrimonial o como quiera llamarse, que sólo se preocupa de la prole, los escritores occidentales no ven eso sino la facilidad con que pueden satisfacer sus mórbidos deseos. Como la mujer rusa tiene ideales superiores a la sensación, en definitiva resulta que quien se da, se entrega y se esclaviza no es ella sino los que suponen poseerla. "La pasión sexual, en la cultura humana, hacia la cual aspira Rusia, no depende de un accidente... porque nunca está oculta. Si un hombre y una mujer se necesitan, no tienen por qué esperar una casualidad tan absurda como una noche en un tren, para estar juntos. Si el deseo no los mueve profundamente, el hecho de dormir cerca en un tren no significa nada". Recordando a Natacha, dice Waldo Frank: "Haberla acariciado hubiera significado tomarla toda; no sólo el fragante cuerpo y el corazón con su claro canto deseoso de un compañero para unirse a ella y darle hijos, sino también *la mente con sus convicciones* (1). Su tierna figura no era más que el cáliz visible de la rígida flor comunista".

Son muchos los párrafos que el autor dedica a la mujer rusa. Todos sentidos, exquisitamente delicados. — ¡oh Royer, cómo quedas mal parado! — psicológicamente finos. No podemos resistir al deseo de reproducir el que sigue, uno de los más bellos:

"Hay intensa emoción en la vida personal en Rusia. Las mujeres aquí son realmente mujeres. Caminan sin temor en me-

(1) El subrayado es nuestro.

dio del torbellino público; trabajan al lado de los hombres en fábricas, molinos y oficinas. Cuando viajan duermen al lado de los hombres; cuando se bañan, si es necesario, se bañan desnudas delante de ellos. No temen por sus cuerpos; tanto han aceptado la esencial feminidad, que les permite olvidarla cuando otras fases de la vida las absorben. En sus relaciones sexuales, se encuentran con los hombres libremente... espíritu con espíritu, sin ayuda ni trabazón convencionales. ¡Sin embargo, cuán femeniles son, cuán sazonadas en su ternura y lealtad por su propia naturaleza! Aquí, en la Unión Soviética, la strindberguiana batalla de los sexos parece no tener significado. Aquí no hay deseo masculino (el mórbido deseo de las novelas de L. H. Lawrence) socavado contra una "terrible madre". Infantiles y juiciosos, estos hombres y mujeres rusos de la nueva era parecen participar en el trabajo de su construcción... en el éxtasis de poblarlo. Cada uno tiene que participar plenamente en las necesidades del otro... Dejados trabajar... y divertir... y dejados amar mucho!, suelen decir".

¡Ah, cuán hermosa, cuán sana es esta nueva juventud rusa! Sus ideales son el trabajo, el estudio, los deportes. Dentro de ese trinomio ella ha encontrado una libertad maravillosa. "Se ha entregado totalmente a una fe y a una labor que le lleva todas las horas, toda lealtad, todo ensueño. *La libertad de cada una de las partes humanas juveniles de Rusia es la necesidad de servir al total.* Es la única libertad verdadera a la cual una persona pueda aspirar: la libertad que viene del conocimiento y la contención gozosa del lugar de cada humano en el grupo humano".

La juventud rusa ha aceptado el comunismo y ha comenzado a vivirlo conscientemente. Esa juventud, que se renovará de generación en generación, transmitiéndose la herencia y aumentándola, es y será la mejor salvaguardia de los fines que persigue la revolución. Ella sabrá oponerse a todos los peligros, a todas las tentativas desnaturalizadoras, a todo falseamiento ideológico, sea que nazcan en el interior del país, sea que vengan de afuera.

Los ideales de la pasada generación eran dualistas. Se apoyaban o justificaban en la necesidad de dos clases sociales bien marcadas, cuyos privilegios, sostenidos por las mismas religiones,

iban más allá de la vida terrenal. Para unos, bienaventuranza en la tierra y en el Cielo. Para otros... nada. En la actual generación, por medios educativos y artísticos, se fomenta un constante desprecio para las prerrogativas y posesiones personales. Las posesiones son hijas de la pobreza y del temor. Ambas cosas no caben en un mundo comunista, en el que el hombre y la naturaleza forman el cuerpo de la Revolución. El comunista debe aprender a olvidarse de sí mismo. La especial estructura psicológica de la raza le ayuda, porque el ruso es comunista por sentimiento. "Siente la vida como un total compenetrado. Cuando ese sentimiento se intelectualiza por el contacto con el Occidente, se acerca al panteísmo de Spinoza. En consecuencia, la apasionada aceptación de Marx en Rusia, nada tiene de misterioso". Recordemos de paso que Marx —quien en sus comienzos se había rebelado contra Hegel— volvió mucho más tarde al hegelismo por el camino de Spinoza.

Los rusos han hecho una revolución genial. Han aplicado a la sociología el precepto médico "más vale prevenir que curar". Comprendiendo que poco o nada había que hacer con los viejos elementos sociales envenenados por el absolutismo zarista, han dedicado toda su atención a los niños, a los adolescentes. Quince años después se palpan los resultados de ese proceder genial.

*

Waldo Frank, en el último capítulo del libro, a manera de resumen, se plantea estos cinco problemas:

- 1º ¿Cuál es la realidad de hoy en Rusia?
- 2º ¿Hacia dónde se encamina la realidad?
- 3º ¿Es adecuada la filosofía oficial del comunismo ruso (el materialismo dialéctico) para la fundación de la cultura del nuevo mundo?
- 4º ¿Qué efecto debe tener en el mundo la realidad de Rusia?
- 5º ¿Qué posición debe tener y sostener el intelectual americano hacia la batalladora Unión Soviética?

El autor analiza la clase de dictadura que domina en Rusia; si los valores dominantes pertenecen a los proletarios de la U. R.

S. S.; si existe hoy el comunismo en Rusia; quién es feliz hoy en Rusia; si el ideal comunista es natural y orgánico en Rusia; si la revolución bolchevique es un movimiento nacional; si hay relación entre la revolución rusa y los primitivos movimientos; qué le está sucediendo al individuo hoy en Rusia y qué podrá sucederle mañana; si está llegando la U. R. S. S. al verdadero comunismo; si puede la U. R. S. S. conseguir su fin sola y rodeada por un mundo capitalista; qué efectos tendría probablemente el prolongado asedio de los países capitalistas; qué sucedería si Rusia perdiera su espíritu de comunismo y se afirmara en un orden colectivo industrializado, regimentado por una nueva casta dominante; si Rusia gana su primera batalla —anulando la pobreza, estableciendo la seguridad, la comodidad, el sosiego para todos— y qué sucedería entonces; qué efectos tendría en la China y en la India; cuál es la demanda del Comunismo en Occidente.

A través de un análisis objetivo, sereno, imparcial y claro, el autor llega a conclusiones optimistas. Y en la última página sintetiza así su pensamiento y su posición: “Todo hombre y mujer que no deseen que la vida humana sea un simple estancamiento de apetitos personales; que repudien la fe en aquellos valores por los cuales los hombres han vivido en todas las edades, bajo nombres tales como Dios, Verdad, Belleza, deben lealtad a Rusia. Rusia es el sostén más firme y visible de nuestra época en el campo del espíritu humano. Debemos defender a la Unión Soviética con nuestro espíritu. Si fuera necesario, debemos defenderla con nuestros cuerpos. Pero esto no significa que debamos someternos intelectualmente a Rusia o imitar sus sistemas y dogmas. Eso sería traicionar el espíritu que ha hecho poderosa a Rusia. El intelectual americano, por encima de todo, debe cuidarse de una falsa emulación, la que al aceptar la letra destruye el espíritu. Debemos ser leales a los fines de Rusia; leales a los soldados de las filas revolucionarias y estar listos para ponernos a su lado en cualquier forma posible. Pero, por encima de todo, debemos ser leales —como los hombres de Rusia— a nuestras propias necesidades e intuiciones. Debemos olvidar nuestra parte del porvenir mundial en la forma de nuestro propio juicio”.



En Rusia, la vida se presenta llena de asperezas. La juventud comunista la acepta como una oportunidad donde puede obtener experiencias, no importa si alegres o dolorosas; donde puede haber éxtasis, no éxitos personales; donde hay mucho cariño, un cariño que es no un contrato o un pedido sino la trama de la Fraternidad humana. He aquí al vetusto trascendentalismo hindú —degenerado en un sistema de castas, en un mal social, por su inactividad, que incapacita al hombre para luchar contra los obstáculos naturales— transformado, por intervención de la máquina que requiere voluntad, y despojado de su aspecto religioso, en otro trascendentalismo que tiene como punto de partida y como base la acción, esa acción colaboracionista, cultural, desinteresada e impersonal que desde hace miles de años la vienen insinuando todos los sistemas de yoga.

Waldo Frank ha sentido la fuerza y el vigor de ese esfuerzo sobrehumano “para abolir del mundo la pobreza, el temor, la ignorancia”. El experimento de la Rusia Soviética “lo ha conmovido profundamente porque le ha interesado profundamente”. “Me encuentro —dice— en Rusia como en mi casa. Rusia se ha constituido en un teatro del espíritu humano; en un lugar donde la voluntad humana, los valores humanos, están encauzados”. Recuerda las palabras de San Agustín: “cuando pienses que odias a tu enemigo, aunque no sea eso, es a tu hermano a quien odias”. Y, compenetrado de la universalidad de la vida, agrega: “Y por encima de todo es a ti mismo a quien odias”. Eso se llama penetrar en la conciencia de un pueblo, descubrir las fuerzas constructoras que en ella se agitan y elaboran nuevas formas de vida. Eso se llama discernir, con juicio certero, lo que de superficial, transitorio, erróneo y negativo puede haber en la revolución rusa, y lo que en ella hay de vivificador, de renovador, de permanente.

A. DEL MONTE.

Febrero de 1933.

EL NACIONALISMO DE HITLER *

UNIVERSITARIOS y políticos de la Argentina, y de otros países latinoamericanos, me piden con cierta insistencia una breve explicación sobre el origen y la fuerza del nacionalismo en Alemania, cuyo triunfo ha constituido una sorpresa para todo el mundo civilizado, y que ha creado una atmósfera de inquietud en aquellos países que viven bajo la influencia política, económica y periodística de Francia. En respuesta a estas preguntas paso a la hospitalaria NOSOTROS las líneas que siguen.

*

El gigantesco movimiento político que hoy gobierna los destinos del Reich nació de la transigencia socialista y de la decadencia capitalista, fuerzas antagónicas que se unieron después de la guerra, cargadas además con la herencia de la monarquía. Esta alianza impura, fué impuesta por las circunstancias emanadas del tratado de Versalles y de la revolución rusa. Ambas fuerzas se estaban debatiendo entre las violaciones del imperialismo rojo y blanco, en nombre de ideales y principios más o menos democráticos. Y esa democracia se había encerrado en un cinturón de castidad, cuyas llaves estaban en poder de los nobles caballeros del Kremlin y del Quai d'Orsay, hasta que un día llegó Hitler y echó

* El autor de este interesante artículo, argentino de nacimiento, dirige en Berlín el Archivo Quesada del Instituto Ibero-Americano. NOSOTROS, cuya hospitalidad se invoca, lo publica complacido para información de sus lectores. Ello —es superfluo decirlo, pero en nuestro país conviene repetirlo constantemente— no compromete la opinión de los directores sobre un movimiento que observan de lejos con creciente alarma, pues les parece que amenaza muchos de los que se tenían por fundamentos y valores de nuestra civilización tal como había ido formándose en los cauces del Renacimiento y la Reforma. — N. DE LA D.

a esa ramera con el desprecio que le merecía. La democracia alemana, que no surgió por voluntad propia sino por los catorce puntos wilsonianos, que facilitaron la derrota, no pudo tener otra conducta de la que tuvo. Se encontró en una situación económica y política catastrófica, con un imperio deshecho y una población hambrienta y desesperada. La victoriosa democracia francesa que, junto con los gabinetes de Londres, Wáshington y Roma, había proclamado durante la conflagración mundial, ante el mundo entero, que desenvainaba la espada en nombre de los más altos ideales humanitarios, no hizo nada para ayudar a la democracia alemana. Al contrario. Pretendió esclavizar por medio de ella a toda la nación alemana hasta el año 1988, con los tan llamados tratados de paz y los pactos de Dawes, Young y Kellog, ofreciéndole continuamente nuevos empréstitos, aumentando así sus negocios e hipotecando siempre más la independencia del Reich. El egoísmo de la democracia europea y yanqui frente a la democracia alemana ha sido escandaloso. De la guerra, de la paz, de la inflación, de la desocupación, de las huelgas y de las catástrofes mineras, de la vida y de la muerte del pueblo alemán se ha aventajado la democracia europea y yanqui. La democrátisima Sociedad de las Naciones ha legalizado las injusticias cometidas en Versalles, ha sancionado la violación de los territorios renanos, ha entregado sus poblaciones, otrora florecientes, a naciones extranjeras y ha creado líneas de demarcación que atraviesan por medio de las propiedades alemanas. Millones de alemanes han sido sometidos a naciones de cultura inferior. Ese estado de cosas, creado por los aliados, no podía ni debía alimentar sentimientos democráticos en la poderosa familia alemana, que, geográficamente, está colocada en el centro del mundo europeo. Por eso tuvo que fracasar la democracia. Pero ella no fracasó solamente en Alemania, sino también en Francia, por carecer de los más elementales deberes de ética política y de solidaridad internacional. Durante todo ese tiempo pendía la pesadilla soviética sobre la democracia republicana de Alemania, no obstante Moscú y Berlín hayan colaborado activamente en el campo de la política exterior, ayudándose también económicamente. Pero en Berlín como en todo el mundo se sabe que la colaboración con la Unión Soviética es, en el fondo, una especulación bastante peligrosa, porque nadie quiere

ser tragado por el oso blanco, que hasta ahora ha resistido a todos los flechazos de sus cazadores.

El fascismo de Hitler reposa sobre todo en las fuerzas nacionales desengañadas de Locarno. Ellas no creen en la justicia palabrera de aquellos países que están armados como en estado de guerra y se burlan del desarme alemán. Ese fascismo no es conservador ni monárquico, porque condena la política puramente defensiva y el abuso de los sentimientos patrios del pueblo en pro de intereses de unos cuantos señores nobles y ricos. Quieren una política activa y enérgica, es decir, dirigente en el interés colectivo de toda la nación, y creen poder armonizar los intereses de todos, decretando la muerte de la lucha de clases. Se llaman anti-marxistas porque creen al marxismo generador de esa lucha y con eso dan una interpretación inexacta a la obra de Carlos Marx, que ha analizado simplemente la sociedad capitalista, previendo su disolución. Hay quienes creen en el campo conservador, que, si Hitler querrá mantener sus promesas programáticas de orden social, se tendrá que convertir en ejecutor testamentario del marxismo. Y en realidad navega en ideas marxistas cuando comprueba que el mismo capitalismo se defiende del patrón oro y millones de brazos están paralizados mientras los sótanos de los Bancos de París y Nueva York están repletos de metales áureos, como si el oro no fuese un medio económico para nuestra vida, sino al revés. Por eso sostienen los oradores "nacistas" en las reuniones públicas que sobre las ruinas del régimen capitalista puede elevarse sólo la economía comunista o la nacionalsocialista. Por eso el nacionalsocialismo se proclama antiburgués. (No quiere que el socialismo sea privilegio de la clase trabajadora y el nacionalismo de la burguesía. Combate el capitalismo porque divide la nación, y admite por eso la lucha de clases y de capas sociales "sólo contra los pocos que viven a costa de la nación entera". En ese sentido se considera Partido socialrevolucionario y se denomina Partido Obrero. Desea unificar republicanos y monárquicos, católicos y protestantes, burgueses y proletarios e incorporar en el proceso económico, en perjuicio del capital financiero, a los millones de desocupados, creando así una "economía del pueblo". En todo eso hay algo de romántico, en el sentido noble de la palabra, que es también típicamente alemán. El romanticismo alemán, que surgió

de la revolución francesa y de las guerras napoleónicas, se está renovando y por eso puede exclamar Hitler con Hölderlin: "Nosotros, nada somos; lo que buscamos es todo").

Repito que, en primer lugar, Hitler desea la revisión de los tratados. Su colaborador Dr. Roberto Steiger dice: "romped las cadenas de Versalles y habréis roto las propias cadenas!" Para este fin necesita aliados. La alianza con Italia es la más natural, ¿pero hasta qué punto puede servirle? Bismarck sostenía que no siempre puede convenir la alianza con naciones extranjeras de igual orden ideológico. Italia puede ser la aliada mejor intencionada de Alemania; en cambio Hitler corre el peligro de perder la alianza rusa desde que Francia se está acercando a Moscú. El resurgimiento del nacionalismo alemán abrió algunos interrogantes en el horizonte de la política europea. Hasta ahora el "nacismo" se basó en Hegel, Nietzsche, Chamberlain, Möller van der Bruck y hasta en Sorel y Bergson; pero para llevar a la práctica su programa de acción necesita una ayuda más tangible. Los siete millones de alemanes sin trabajo piden pan y los millones de alemanes que sufren la opresión extranjera piden la liberación y la reincorporación a la madre patria. Mientras tanto, los conservadores alemanes, que son los aliados de Hitler, se sienten inseguros y piden que el partido "nacista" se desnude de su vestido partidista y se entregue a toda la nación.

El nacionalsocialismo es también un movimiento religioso, en sentido eclesiástico, por razones de Estado y de oportunidad. Antes dirigía críticas acerbas al cristianismo, por ser una emanación semita. "Siendo antisemitas no podemos —decían y escribían algunos de los jefes "nacistas"— prosternarnos ante la religión revelada por el judío Jesucristo", y pedían una religión germana y precristiana. El mariscal Ludendorff, que combate al nacionalsocialismo en su semanario *Ludendorffs Volkswarte*, sostiene aún esa tesis, condenando al judaísmo, a la masonería y al cristianismo, sobre todo a la iglesia romana. Los "nacistas" abandonaron esa tesis para concertar mejor su lucha antisemita, que está fundada en la divergencia de razas. La vieja cultura que los judíos arrastran consigo por todo el mundo desde hace 6000 años no puede favorecer el resurgimiento nacionalista de la joven raza germana, que se diferencia especialmente de las razas latinas, con las que

los judíos tienen mucha afinidad, gracias, tal vez, al Meditarráneo. La raza judía es pacifista y pacífica, lo que ahora no conviene al nacionalismo alemán, que es espiritualmente más agueruido que cualquier otra nación del mundo. El tipo judío de Jesucristo puede menos aún del tipo judío de Rotschild colaborar en la obra de Hitler. Eso crea un estado muy dramático, especialmente para aquellos judíos que desde hace siglos están radicados en Alemania y que del judaísmo no tienen más que su origen, que muchas veces remonta a los siglos pasados. "Judas es el más creyente", dice Hebbel. En todos los campos de la actividad nacional interviene activamente el "nacismo", imprimiendo por todas partes su sello personal.

En resumen: podemos afirmar que el nacionalismo es debido a las consecuencias de la guerra, de los tratados de paz y de la revolución rusa y al estado económico de Europa y del mundo entero. Las fuerzas de ese movimiento reposan sobre los millones de alemanes que aspiran a una vida mejor. Esos motivos y esas fuerzas están ancladas también en la socialdemocracia alemana y en el comunismo, pero el nacionalsocialismo promete realizar, sin el empleo de la lucha de clases, una parte programática importante de esos partidos. Y ese es el temor de los conservadores alemanes, que se declaran "enemigos de todas las formas de socialismo". Otro temor conservador es que Francia y la pequeña "entente" provoque a Alemania y no le dé tiempo de armarse para su defensa. Ese es un punto cardinal del gobierno Hitler.

Por encima de todas las simpatías y antipatías ideológicas que en el extranjero se nutre ahora, Alemania merece el apoyo de todas las naciones que quieren vivir y trabajar en paz sobre la tierra. El único inconveniente económico que tiene para la Argentina es su carácter proteccionista y su tendencia autárquica, pero dadas las óptimas relaciones que reinan entre Alemania y la Argentina y el interés particular que el ministro de Relaciones Exteriores Neurath presta al comercio germano-argentino, es de esperar que los inconvenientes proteccionistas no pesarán tanto como en un principio se creía. Neurath como Hitler persiguen el precepto moltkiano de pesar antes de osar.

ISO BRANTE SCHWEIDE.

Berlín, abril de 1933.

LA ANARQUIA DE 1820

El "punto de vista" del doctor Levene

SEA porque, en realidad, la tradición lugareña ha conservado latente la *emoción* de aquel climax en el proceso de nuestra emancipación política, sea, también, porque los acaeceres que entonces se consumaron tenían la característica de las piedras angulares o, sea, en fin, porque la visión historiográfica precedente nos ofreció el cuadro de ellos en condiciones adecuadas para hacerlo imborrable: es lo cierto, sin duda, que todos los argentinos sabemos del extraordinario significado del año 20. Caos de vergüenza y de dolor, en el concepto de unos; acontecimiento sin precedentes en el de otros, la crisis que a la sazón se produjera, es, de cualquier modo, para éstos, para aquéllos y para los demás, un fenómeno digno de análisis. Desde muy lejos vienen sucediéndose las tentativas de realizarlo cumplido. Mitre en la segunda edición de su *Historia de Belgrano* (1859), primero, y López en su estudio *El año XX*, publicado hacia 1872 en la *Revista del Río de la Plata*, y reimpresso, luego, en 1881, con el título de *La revolución argentina*, después, echaron las bases de este hurgamiento historiográfico. Mitre lo inició cauteloso y medido, bonificándolo en las posteriores ediciones de su obra, especialmente en la tercera (1876-77) en cuyo prólogo explicó la posición que había elegido para observar el panorama. López, a su vez, entró tajante en el asunto. Al decir suyo *el año XX es una de las épocas más interesantes de nuestra historia porque es la época climatérica de las transformaciones argentinas* (1). Y agregó, todavía, que se trata de un suceso *único*

(1) *La revolución argentina*, I., pág. 1.

en su género, excepción hecha de la guerra del Peloponeso, y a tal extremo que después de aquellos que constituyeron la gloria y el desastre de Atenas, la historia del mundo no presenta un asunto más digno de estudio ni más interesante, que el que ofrecen Buenos Aires y la república en aquel año de 1820 (1).

Se me antoja que estoy eximido de la obligación de advertir el despropósito en que cayera López atacado de frenesí en su entusiasmo de ensayista. El sentido común se encarga de hacerlo, sin reclamo mayor. Adviértese, sin embargo —y no lo hago para justificar lo injustificable— que el mismo exceso de López es una prueba valedera de que, no bien se entra a conocer el importante acontecimiento que nos ocupa, perfílasen, nítida, su trascendental importancia. De Mitre y López, acá, se han ido sucediendo otras visiones del fenómeno, cuyas características reales han develado, en época reciente, los sólidos aportes de la documentación inédita. De allí, precisamente, nos viene ahora una nueva: la del doctor Ricardo Levene, que es la que motiva este comentario.

Para formular a su respecto el juicio preciso, y para concluir algo que tenga un cimiento adecuado, hoy en que se publican muchos libros inútiles y no pocas *contribuciones* que huelgan, trataré de ubicar el nuevo ensayo en la posición que le corresponde dentro de la serie de los destinados al estudio de aquel conjunto de hechos históricos que constituyen lo que conocemos por *la crisis del año 20*.

La interpretación de Mitre

Ya he dicho que fué Mitre quien acometió el primer ensayo explicativo de lo que fuera la realidad argentina al cerrarse la primer década de nuestra vida independiente, y tengo indicado dónde: en su *Historia de Belgrano* y a partir de la segunda edición.

Ahora bien: ¿qué había sido la crisis consumada en 1820 para el criterio de Mitre? La respuesta nos la dá él mismo en los capítulos XLI a XLV de la obra que acabo de recordar. Al fi-

(1) Idem, pág. 5.

nalizar el capítulo XLI, sobre todo, afirma, después de hacer un relato de los grandes sucesos capitales, que del *choque* y de la *descomposición* que entonces se consuman, *resurgirá a su tiempo un nuevo principio de vida, que fijará perpetuamente los contornos de la nación argentina, le dará su fisonomía propia y le inoculará un nuevo espíritu de cohesión*. La guerra, además, *acercará las dos partes divididas*, y si bien es cierto que las *instituciones caerán*, Buenos Aires *salvará su independencia municipal, su constitución orgánica, sus fuerzas conservadoras y reparadoras, su poder expansivo, y se convertirá en el núcleo, en torno del cual se condensarán las nebulosas del cielo argentino*. En síntesis, pues, para Mitre la *gran catástrofe del año 20* resultó la *última evolución de la revolución interna* de nuestro pueblo que vino a completar la de la *Independencia*. Este complemento, que Mitre historia en el capítulo XLII de su obra, prodújose como consecuencia de la *disolución del pacto nacional fundado en el centralismo* y de la *descomposición de todos los antiguos elementos de gobierno*, consumándose, al producirse esto, la transición de un sistema a otro. De lo colonial, acomodado por la Revolución a sus fines, y que cayó en 1820, se pasaba al ensayo de un régimen distinto y nuevo. Buenos Aires, por virtud de lo que aconteciera, se encontró constituida en provincia federal, capaz de cumplir con sus propios destinos y de ser el punto de apoyo firme para una sólida reconstrucción de todo el núcleo de sus hermanas. Considerando esto, pues, asentó Mitre que, a su juicio, la crisis de 1820 había cerrado el primer ciclo de nuestra emancipación y abierto uno nuevo, más fecundo y efectivo desde el punto de vista de la realidad del Estado argentino.

Como se echará de ver, el miraje del historiador de Belgrano, no amparaba aquella difundida opinión de que el año 20 había sido de vergüenza para el antiguo virreynato, independizado de España pero tributario de la anarquía y del desorden. Tal pensamiento, desgraciadamente, tenía hondo arraigo y venía de la misma época de los sucesos. Lo digo porque la nota editorial con que la *Gaceta de Buenos Aires* del 3 de enero de 1821 hizo balance del año recientemente fenecido, contenían estas expresiones que no necesitan exégetas: "*Acabó por fin el infausto año 20, que será marcado con piedra negra en los anales de nuestra re-*

volución. (1) Y ya se ha visto que, para Mitre, el color de la piedra aludida por el editorialista, no debía ser el funerario y tétrico.

La visión de López

Vicente Fidel López, según oportunamente recordé, reputó siempre trascendental lo acontecido el año 20, tanto que se desbarrancó en un exceso de símil histórico, que sorprende y hasta estimula a la sonrisa. Pero, naturalmente, admitir la importancia extraordinaria de un hecho no significa asignar a él, siempre, los caracteres que dan asidero lógico a las loas. López, sin embargo, se exaltó frente a los sucesos del año memorable, porque advirtió en su caos algo que reputaba *maravilloso*. Ello consistía en que *una savia poderosa de juventud y de reorganización animaba esas aspiraciones semibárbaras con que los elementos sociales se combatían* (2).

Para López, pues, *en el año 20 estalla el nudo social de las tradiciones del virreynato, bajo el peso de necesidades fatales y de los gérmenes nuevos que había creado la revolución argentina* (3). Tal concepto, según se tendrá advertido, es coincidente con el de Mitre. López, empero, va más allá y defendiéndose de los *pelucones* que pretendieran sorprenderse de que parangonara, en importancia, a un fenómeno griego con el sudamericano que estudia, dice que el significado de éste es altísimo, más que nada en razón de que lo acaecido en 1820 fué el punto de arranque y la base firme de un fenómeno de alcance universal: el de la democracia argentina que abriendo las puertas de la felicidad política y económica a todos los hombres del mundo, venía a resolver los problemas sociales más graves que ensombrecieran a Europa. Resumo tal juicio por cuenta de quien lo emite, lo que no me obliga a silenciar que ni aun con esto se salva el absurdo del intentado paralelismo. Y no se salva porque el suceso de 1820 fué sólo argentino, y la democracia que habría de producir lo que

(1) *Gaceta*, miércoles 3 de enero de 1821, N° 36, reimpresión tomo VI, pág. 347.

(2) *La revolución argentina*, I, pág. 6.

(3) *Idem*.

López denuncia como fruto de ella, no se concretó a nuestro país, puesto que fué, cuando menos, común a muchos estados de América, entre los que no faltaron algunos predecesores.

Pero, de cualquier modo, el año 20 resultó siempre para López el de un magno acontecimiento que no es posible juzgar con criterio simplista o emocional. Epicentro de fenómenos complejos que cambiaron el rumbo que seguía el proceso de la formación de un nuevo Estado, no es serio reemplazar con un adjetivo fácil la adecuada demostración de los asertos. Es lo que se desprende de cuanto a su respecto postula López, a pesar del chisporroteo de su pirotecnia adjetival inigualable.

Otras interpretaciones

No han sido exclusivamente las de Mitre y López las visiones interpretativas del año 20, que circulan en nuestro mundo historiográfico. Contamos con otras. No proyecto recordarlas a todas. Quiero, a pesar de ello, cuando menos para lograr el adecuado fondo que necesito, hacer memoria de que son muchos los que, luego de penetrar en la documentación inédita, han concretado puntos de vista coincidentes con el de Mitre. Saldías —cito para ejemplarizar— en *Un siglo de instituciones* (1)— no admite parangones entre nuestro año 20 y los sucesos franceses de 1789, como alguien proclamara, pero declara que sin tener el significado de ellos, alcanzó verdadera trascendencia en orden a la modelación de la nueva república, tanto que no se puede atribuir a *perversión de las ideas o de los sentimientos esa grande correría política que dejó su reguero de sangre en todo el territorio*. A su juicio, en resumen, aquello no fué sino *el estallido potente de una entidad completamente nueva en las luchas argentinas*.

Entre los cultores más modernos de la historiografía nacional, que conocen los archivos y que van siguiendo el trabajoso proceso de nuestra organización política, la opinión pareo con la de Saldías, en el sentido de dar al año 20 una explicación racional, que ahuyenta las difundidas imprecaciones de tipo je-

(1) Tomo I, págs. 41 y 42.

remítico. Y de entre ellos destaco a dos: a Emilio Ravignani y a José Luis Busaniche.

El doctor Ravignani en una nota *La revolución de Mayo y el año 20* (1) ha aseverado que *el 25 de Mayo de 1810, recorrió su primera etapa fundamental en el año 1820*, y que *la revolución política e institucional se manifiesta en plenitud en esta última fecha*. Y agrega: "*Sólo en el año 1820 se inicia la democracia como fuerza eficiente, aunque informe y con vagas nociones de ideal, salvo el principio federativo de gobierno*". Ravignani termina diciendo: *La revolución de 1810 es una marcha que se inicia; el año 1820, es una etapa, la antorcha del infinito es la libertad, que es el goce más grande que puede disfrutar un pueblo*.

El doctor Busaniche, por su parte, (*Santa Fe y el Uruguay*, pág. 55), asienta que *la profunda conmoción del año 20 da un nuevo sentido y una nueva orientación al proceso político de la República*.

Después de todo esto — huelga destacarlo — es fácil advertir hacia qué rumbos va dirigida la apreciación fundada y seria del complicado asunto que nos ocupa.

El nuevo estudio

En el estado que acaba de conocerse hallábase el problema, cuando comenzó a circular el libro del doctor Levene: *La anarquía de 1820 en Buenos Aires, desde el punto de vista institucional*. (Buenos Aires, 1932).

Trátase de un ensayo, sólidamente erudito, que compuesto para servir de introducción a los *Acuerdos de la H. Junta de Representantes de la Provincia de Buenos Aires*, nos ofrece una interpretación crítica de comprobación rápida y categórica. Los documentos están allí, al alcance del leyente. Y si ese es un mérito cierto del trabajo, no es, sin embargo, el principal ni el único. Vamos a verlo.

Sábase ya que desde Mitre viénese opinando en forma favorable acerca del significado cierto de lo que fué la crisis de

(1) En *Nosotros*, tomo XXXV, págs. 210 a 217.

1820. Faltaba, a pesar de todo lo hecho, el análisis menudo y parcelado del complicado suceso, hecho como en un gabinete de química y a la luz que proyectan los documentos inéditos, desconocidos o mal interpretados. Y tal cosa acaba de realizar el doctor Levene. No importa — me anticipo así a las posibles objeciones — que entre lo que él concluye y lo que ya se había escrito, aparezcan algunas coincidencias. El mérito está en haber arquitecturado la interpretación del fenómeno, y logrado documentar, bonificar, hacer inmovibles las conclusiones que se asientan en pruebas materiales, y que por ello mismo no necesitan ya interpretaciones aclaratorias. Este nuevo libro así, no puede ser tenido por un libro más. Es el complemento necesario y la coronación cupular que nos faltaba. Voy a probarlo en seguida.

Las conclusiones

Sobre el concepto céntrico de que el año 20 cierra el ciclo de la Revolución y ésta, por lo tanto, llega a su clímax con la desaparición de las jerarquías políticas intendenciales, la definición de las nuevas provincias y el nacimiento de las Juntas de Representantes, que substituyen a los Cabildos: el autor desenvuelve su estudio. Admite que el año 20 es, en efecto, un momento de caos, de crisis y de derrumbamiento, pero puntualiza que todo ello tiene una explicación cuya legitimidad se alcanza sin esfuerzo. La Revolución de Mayo, dice, triunfa en 1820, y una fuerza nueva brota de la hecatombe institucional, que — se me antoja a mí el símil — sería así como un parto doloroso y sangriento pero cuyo fruto fuera un vástago rollizo y promisor. El valor, sin embargo, de cuanto Levene trae en su estudio, no está en decir todo esto — más o menos columbrado por la historiografía antecesora — sino en demostrar su exactitud, haciendo emerger la evidencia, anadioménicamente, del conjunto de ensamblamientos documentales y de disquisiciones bien dosadas de materia erudita. En obsequio de la necesaria veracidad de cuanto afirmo, puntualizaré detalles.

He dicho ya que no era nuevo el aserto de que en 1820 se cerró un ciclo en el proceso de la Revolución, pero reconocer

esto no significa aseverar que estuviera hecha la ordenación de los fenómenos que tal cosa atestiguan. Levene lo ha logrado al señalar, primero (página 11) que la *crisis* está latente en la Revolución de Mayo, al exhibirnos cómo se consumó la agonía del Cabildo prepotente, negación incuestionable de la soberanía popular y, sobre todo, al documentarnos, en forma hasta ahora no lograda, el teje y maneje en que comenzó a elaborarse el verdadero gobierno de origen democrático. Los *tres* momentos que en la gestación del fenómeno descubre Levene, importan una penetración verdadera en la entraña del asunto. Que el sondeo es feliz lo testifican los tres robustos capítulos que a cada uno de ellos les consagra. Debemos convenir, frente a ellos, que está lograda la visión de un panorama que nos era desconocido como tal, aunque algunos fragmentos suyos estuvieran difundidos desde épocas pasadas. Ya está escrito — según se recordará — que el valor cierto de este trabajo es el de estructurar y poner cúpula a lo que fué más intuído que indagado en papeles auténticos. Lo repito para que se lo tenga presente. Y agregaré a ello, ahora, que la estructuración a que me refiero es de orden interno, ideológica, y, en consecuencia, que pertenece al alma de las cosas. Arquitecturar lo externo era cosa llevadera y podía lograrse con relativo esfuerzo. Lo otro, lo que ha realizado Levene, no lo era tanto. Desentrañar ideas, descubrir fuerzas motoras, escudriñar el interior de las almas, esto era lo que faltaba y lo que está ya finiquitado. Ahora sí podemos decir que sabemos bien lo que fué el año 20 y por qué razón debemos pensar que vino a culminar en él todo el proceso que se iniciara una década atrás.

Este es, en suma, el significado incuestionable de la nueva monografía del doctor Levene, que se incorpora a nuestro saber historiográfico como aporte de capital efectivo. Conviene destacarlo de veras — lo digo hasta para darle sentido objetivo a esta nota — hoy más que nunca porque es este un momento singular en que la truhanería historiográfica y el prurito de ruido, está improvisando “historiadores” a algunos cachafaces — miembros honorarios de todas las academias de la tierra — que echándose en brazos de cualquier diccionario enciclopédico, conciben los engendros más variados y los alum-

bran con la periodicidad y la abundancia con que los lepóridos acrecientan sus crías. El libro de Levene es fruto de reflexión y estudio, hace un aporte cierto al conocimiento de nuestro pasado y merece una consideración que no se puede tener a todo lo que entre nosotros se publica. Por eso lo señalo bien a la consideración de los estudiosos.

RÓMULO D. CARBIA.

POESIAS (*)

VIGILIA DE LOS DIAS

VIENTRE de las aguas azules,
el sol se estrangula en el día marino,
los peces de color se tragan los crepúsculos.

Tus manos aparecen tan altas,
libres pájaros de luz,
estrujando el espacio por donde descuelga la lluvia.

Te busco en el naufragio de las estrellas fugitivas.
Humildemente la noche se dobla a mi angustia
y me duelen las ansias de soñarte tanto.

(*) Jael Oropeza, poetisa boliviana. Veinte años y apretados, maduros de reflexión, concentrados en sí mismos con la tenaz atención y el oscuro silencio de su raza. Veinte años pertenecientes a esa vigorosa juventud que todo a lo largo del Pacífico está gestando, callada y activamente, la América de mañana.

Rasgos tranquilos, en donde lleva impreso el signo de su origen "mitad inca y mitad virrey", al decir del poeta ilustre. Facciones talladas en un bronce cálido, donde se lee el temple inmovible, la adhesión formidable a la tierra, la herencia fecunda de la raza más firmemente leal a sí misma, más fielmente sumisa a su destino.

Juventud consciente de sí misma, henchida de la riqueza de su misión, atenta a la fuerza renovadora que trae en su seno, tranquila y firme, sin impacencias ni nerviosidades, segura del futuro que viene a construir sobre las ruinas morales del mundo que dejara —herencia nefasta— la fracasada generación de la guerra.

Juventud grávida de un mundo nuevo, toda concentrada en la criatura que se gesta en sus entrañas: admirable y reconfortante brote de humanidad, entre los anémicos y degenerados ramos de la post-guerra.

Brote de savia tan rica en posibilidades, que rompe su corteza en impaciente irrupción de poesía, para derrochar la riqueza de su prima-

Revuelvo mi soledad en las parvas amarillas
de los días segados.

La espera tiembla
como granos hinchados
bajo el filo morado de la hoz.

¡Tan dulcemente fatiga tu recuerdo!

Ahora soy:

Proa de navíos estelares!

Magnífica y múltiple!

Vientre del mar azul

apuñalado de astros

donde rompa el bravo aletazo de tus ansias!

Me agrada mirarte por entre la lluvia,
la risa feliz está latigándome el pecho.
Reir es dejar escapar salpicones de cielo.

Hoy tengo los dedos mordidos por la fragancia de los vientos viajeros

Me siento salvaje,
cervatillo de las altas montañas y las quebradas frescas,
por vagar sobre el andamiaje de las raíces tibias
donde ríe un alegre hervor

la Primavera!

Trenzadora divina de venas encendidas!

vera, "amarga ebriedad de la tierra", según ella misma dice, en poemas de estupenda intuición emotiva.

Jael, la del nombre bíblico y el alma india, no ha publicado todavía su primer libro de versos. Pero estas flores prematuras, estos frutos cuyo perfume intenso no descubren la extrema juventud de la planta, bastan ya a colocarla en el grupo de *las elegidas*. Adherida por potentes raíces a su tierra de origen, fiel a su raza y a su destino, los frutos de su cosecha futura deberán ser magníficos. Porque para una planta que nace con tal vigor poético, sólo el trasplante cruel o el accidente fatal pueden tener poder suficiente a malograrla.

Jael Oropeza no puede malograrse. Bolivia tiene en esta joven poetisa uno de los más bellos talentos poéticos entre las mujeres de América, y es para mí un profundo placer femenino el presentarla al público de la Argentina desde las páginas de *Nosotros*.

LUISA LUISI.

AMANECER LEJANO

A través de la noche
han tallado las horas el perfil de los sueños
y las fieras rugieron en las selvas oscuras.

La boca está amarga y herida de silencios.

Y es extraña la amanecida,
torturada de luz en las costas lejanas,
desde la antigua ribera tendida a la fuga del viento.

Y hay escarcha de lirios en los dedos del Alba
y en la vaga neblina
tiritan las arañas azules de la Aurora.

Aquí el canto de los pájaros
rompió el aroma de los caminos del sueño.

Clarea...

Y aún el recuerdo pegado a los ojos
abre un inquieto paréntesis de luz.

PLEAMAR

E^{STOY} sola.
Y el Dolor paseándose por mi espíritu, como la ola suave
sobre el mar enorme y magnífico!
Esta quietud me va apretando tanto!... Tanto! que acaso
ya soy una con lo que llega a mis manos y lo que hiere
mis ojos.

A través de la montaña, de las grandes tolderas del viento
y la enorme vida de los bosques desnudos y retorcidos,
golpea el pulso formidable de la humanidad.

La marea, abrazada a la tarde dobla los horizontes de mis ojos y va empujándome el corazón por sobre los hombros de la noche.

Y Tú Juventud! Ah fuerte maravilla del alma.
Salvaje Señor de Selvas!

Las inmensidades se agolpan en tu espíritu y tienen resonancias
[rítmicas y profundas.

Navío inquietante, lanzado a un huracán de mares por encontrar los peces prendidos a la madrugada!

La música del mar, es grave para la amanecida que va a danzar en tu sonrisa.

Y aquí la playa se prepara a silbar seis horas del día en crescendo.

Entonces

Yo correré a los campos para bañar mis nervios en un chorro de Naturaleza acre y fuerte que trae el Alba de los avisperos del Tiempo. Y así —mientras Tú llegas— iré pasando con un rumor de vida, bajo los árboles, picoteada del sol.

EPICICLO DE AMOR

Tu recuerdo, como las grandes mareas distantes
inunda la soledad de mis acantilados.

El corazón te busca ebrio y ciego
rodando en el enorme silencio de la tarde.

El viento llega dolido, replegándose,
desierto de tu voz.

La ternura en vano aletea entre mis manos desoladas
tendidas al vacío y a la distancia...

¿Tiembla el valle de tu dulce presencia?
¿En qué mar o llanura encienden el alba tu sonrisa y tus ojos?

¡Mi canción es de Amor!
¡A ti se alza como un lirio en la noche tatuada de estrellas!

Gavilla delirante de lluvias estivales
barrida sobre la verde transparencia del mar.

La vida arroja su canción clara y ancha!

Hoy te traigo el día joven, apretado de nardos temblorosos
y viñas de púrpura.

Tan cerca de ti ahora, de tus grandes ojos fijos,
me hundo en la violenta caricia de tu voz.

¡Qué sutil y discreta crece la limpia esmeralda del musgo
y nos cae de arriba la canción de los pájaros errantes!

JAEI OROPEZA.

CRÓNICA

FRANCISCO CONTRERAS

MUERE este noble amigo nuestro a los cincuenta y seis años —había nacido en 1877—, en pleno vigor mental y cuando cumplía en la madurez, con entusiasmo juvenil, su triple vocación de poeta, de crítico y de novelista.

Iniiciada la primera tempranamente —a los veinte años— con su libro *Esmaltines*, de tendencias simbolistas, ella originó, por su audacia desafiante, una pequeña tormenta en el vaso de agua que era por aquel entonces —albores del XX— la poesía chilena, como casi toda la de nuestra lengua sumida en la ñoñez y el lugar común. La Revista de Santiago, fué efímero campo de batalla ofrecido por Contreras a los paladines que, a su lado, rompieron lanzas por la renovación de la expresión poética en lengua castellana, ya vigorosamente comenzada en sus restantes dominios de América. Con Raúl, su segundo libro, Contreras consolidó su definición veinteañera, señalándose como el leader del movimiento renovador en Chile. Esta posición fué pasajera. En 1905 cuando llegó a Europa llevaba ya en cartera, junto al de Toisón (1906), todavía hermano de los anteriores, el manuscrito de *Romances de hoy* —aparecido en 1907— casi “manifiesto del arte espontáneo, sincero, y, por eso mismo, del americanismo”, según nos escribía en marzo de 1928. En esta nueva senda, siguiéronle Luna de la Patria (1913) y La varillita de virtud (1920), llevándole a mantener y exaltar, en la novela y en la crítica, sus otros dos aspectos de escritor, las corrientes de lo que él llamó el mundonovismo.

Sucesor, desde 1910, de Eugenio Díaz Romero, en la sección “*Letras Hispano-Americanas*” del *Mercure de France*, estudió desde tan alta tribuna con amor y honradez crítica no comunes, la producción íntegra de nuestras letras en los últimos veinte años, haciendo por la difusión de la literatura hispano-americana lo que muchos de los mismos autores interesados en su vulgarización no han creído necesario hacer, encastillados en una incomprensible indiferencia. Como al lado de esta actividad su curiosidad crítica se extendía también a las letras europeas, vinculó autores de aquellas tierras a las nuestras y viceversa, practicando noblemente el papel que todo escritor, y en particular el crítico, debe desempeñar, dada su función de intérprete y mediador. Entre sus obras de crítica, que comenzaron con *Los Modernos* (1909) y terminaron con Rubén Darío, su vida y su obra (1930) y *L'esprit de l'Amérique espagnole* (1931), señalan *Poètes d'aujourd'hui* (1914), *Les écrivains hispano-américains et la guerre européenne* (1917), *Les écrivains contemporains de l'Amérique espagnole*, (1920), el paso de un espíritu arizor, sincero y culto, preparado para la difícil tarea de discernir con serenidad y altura.

En el cumplimiento de su tercera vocación, la de novelista, Contreras no tuvo menor éxito e importancia que, como poeta y crítico, aunque su obra de esta índole fuera menos numerosa. Sólo *La ville merveilleuse* (1924) y *La montagne ensorcelée* (1928) —la primera también apareció en castellano en 1927— alcanzó a publicar. En sus últimas obras aparece anun-

ciada como en preparación *La vallée qui rêve* (1), tercer volumen de la serie que comenzara en 1924 con *La ville merveilleuse*.

El propósito de Contreras al anunciar esta serie de novelas fué "fijar la vida de la América española y en particular de Chile", una vida integral, en su aspecto real y visible, en sus sueños y avatares. En juicios que dedicamos a dichas novelas, a raíz de su aparición, señalamos tales propósitos como cumplidos ampliamente, en forma nueva y original, con intenso vibrar de elementos espirituales autóctonos, traídos a la novelación por una mano firme y conocedora del métier. Hoy podemos afirmar que las novelas de Contreras vivirán como un documento inimitable del Chile escasamente lejano, característico y pintoresco, ya desaparecido en la vorágine de nuestra época standardizada.

Las páginas de NOSOTROS fueron amigas abiertas a las distintas manifestaciones del espíritu de Contreras; todos los de esta casa, como hombres embarcados en un mismo navío, cordiales compañeros suyos, siempre obligados al caballeresco camarada. Decir que lo echamos de menos es un lugar común, pero es también una grande y sentida verdad. Todavía entibia nuestras manos el calor de su última carta, fervorosa, entusiasta, animadora. Nos unía un común ideal, un grande amor por las cosas nuestras y una misma fé en los destinos del pueblo maravilloso.

No sabemos si fué en su suave nido de "*Les roses premières*" o en el recatado rincón de la rue *Le Verrier* donde sus labios perdieron a un tiempo los dones de Dios. En uno o en otro refugio, la visión final, panorámica del vivir que se acaba, debe haber puesto en su alma, con la seguridad de una existencia noblemente cumplida, el supremo consuelo: Paz.

E. S. C.

LETRAS ARGENTINAS

La santa furia del padre Castañeda, por *Arturo Capdevila*. Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX. Espasa-Calpe, Madrid-Buenos Aires.

LA Argentina ofrece al historiador y al novelista nombres de frates extraordinarios. Los hay bandidos, tilingos, píos, santos, escritores, poetas, historiadores, políticos, etc. Sarmiento dió con ellos en su inmensa obra: con el deán Funes, plagiarlo; Castro Barros, fanático; su tío fray Justo Santa María de Oro, demócrata; el fraile Aldao, borracho; Cayetano Rodríguez, orador y poeta; el padre Castañeda, atrabiliario y mordaz; Esquiú, cuasi santo. Este misticismo gauchesco presenta un tipo ejemplar en la persona del famoso cura Castañeda. Arturo Capdevila ha aprovechado el caso clínico para ofrecernos un *Cronicón porteño de frailes y comefrailes donde no queda títere con cabeza*. No viste el padre Castañeda hábito de epopeya, como sus ilustres contemporáneos, sino humildísimo sayal plumífero. Por eso interesa más a la clínica histórica que la historia propiamente dicha. El Dr. Osvaldo Loudet es el médico de cabecera del ilustre enfermo. Este distinguido facultativo vuelve a retomar el camino trazado por Ramos Mejía en *Las neurosis*. Sigue las huellas de Esquirol y continúa la tradición gloriosa del llorado maestro Ingenieros. Para el patólogo —en el caso del padre Castañeda— el diagnóstico es sencillo, pese al tiempo transcurrido. El fraile de marras es un paranoico, un *hipertónico*, un *excitado constitucional*, anota el psiquiatra. Menos mal que sus contemporáneos se dieron cuenta de ese, su

(1) Se publicó, últimamente, en varios números del *Mercure de France*. (N. de la D.)

estado enfermizo. Juan Cruz Varela ridiculizó en un notable soneto al fraile, nada seráfico. La "santa furia" llama Capdevila a la alucinación del temible cura; y era en verdad un *furioso*, un desatado, un ente de manicomio. Loudet ha dicho, con exacto criterio, que el padre Castañeda no pertenecía a las huestes del pobrecito de Asís. Era su antítesis: un orgulloso, lleno de vanidad, insolente y guarango. Resabio de la inquisición en América, llegado un poco tarde a la vida pública. Las "luces" iluminaban la manzana de San Ignacio con su liberalismo opulento. Capdevila, enamorado de su personaje, quiere salvarlo de la locura, y en una clasificación dubitativa sitúalo "como intermedio entre manso y malo". El padre Castañeda tiene otro defensor. Oigamos al historiador Otero: "uno de los espíritus fuertes: fray Francisco de Paula Castañeda y Romero, que, como todos los varones de su talla, tenía por norte la verdad, y por sendero para llegar a ella, la vía del sacrificio y el camino escarpado de la lucha", anota en la vida de fray Cayetano Rodríguez.

Capdevila es un enemigo de la barbarie. En el cap. VIII fulmina a las montoneras: "La montonera: esto es, el montón, el amontonarse para combatir así en colecticias guerrillas, cuyo aparente plan es no tenerlo". Ejemplo del montón: los *colorados* de Rosas. El autor corrige en este punto los errores históricos. Por un documento de Iriarte asegura que Rosas, pretextando un dolor de muelas, escondióse en la trastienda de una botica, en el ataque del año 20; sin embargo, afirma López en su Historia, que el futuro restaurador tomaba mate en su casa en medio del fragor del combate y Saldías, por otro lado, hace aparecer a Rosas montado "en un soberbio tordillo patas negras", mientras dirigía el encuentro desde la Residencia.

Ya lo dijo el vate:

*La virtud y el valor, el alma han sido
de tan gigante empresa. Loor eterno
por tan glorioso triunfo conseguido.*

Capdevila posee el poder mágico de la evocación —de *evo-car*—, de llamar a los siglos desaparecidos. Subitáneamente se instala en remotas épocas. Vive el año veinte, él también. Y como es cordobés —patria del birrete— sabe interrogar a los manes de Trejo y Sanabria; aquí, en Buenos Aires, recorre antiquísimos altares porteños, trajina por las mismas calles del centro de las luces y dialoga con las sombras venerables del ciclo rivadaviano. El novelista vive en el poeta, el historiador en el literato eximio, y todos juntos en el dramaturgo de alto vuelo. Es Capdevila, por último, el gran artista de nuestros "episodios nacionales".

PORFIRIO FARIÑA NÚÑEZ.

LETRAS FRANCESAS

Un envío de Armand Godoy.

EL último envío de Armand Godoy, cuya gentileza está permanentemente obligando mi reconocimiento, contiene un número del *Manuscrit Autographe* y la entrega correspondiente a Enero de 1933 de *L'esprit français*. El número del *manuscrito*, tirada especial, publica los discursos que Jean Royère, Paul Fort, el embajador de Cuba en París señor de Céspedes, Louis Barthou y el propio poeta pronunciaron en el banquete dado en obse-

quió de este último el 15 de Noviembre de 1932 con motivo de su ingreso en la orden de la Legión de Honor.

Una concurrencia numerosa e ilustre asistió a este banquete: Edouard Herriot, Mme. Delarue Mardrus, Paul Fort, André de Fouquières, Yves Gandon, Charles Grouas, Gustave Khan, Tristán Klingsor, Rosny Ainé, Jean Royère, Hélène Vacaresco, etc., etc. El tono de los discursos revela la atmósfera espiritual en la cual debió desenvolverse el banquete: una fina sonrisa, muy francesa, muy parisién, impidiendo a lo profundo hacerse solemne.

En el número de *L'esprit français*, Jean Royère y Francis de Miomandre escriben sobre Godoy. El creador del *musicismo* ve en él un discípulo de su escuela y se gloria de ella glorificándole. Su artículo, *Clartés sur la poésie*, es un ditirambo del *musicismo* y de la poesía de Godoy al mismo tiempo. Creo dar lo medular del artículo en los párrafos que traduzco:

"Dentro del musicismo, que es el Catolicismo del Verso, Armand Godoy ha construido una iglesia para sí: la poliritmia. Godoy es el inventor de los *metros complejos sistematizados*, innovación de mérito suficiente para hacerle famoso, porque en este sistema, en este cosmos poético, los metros escalonados forman dentro de su valor de metros un valor de pensamiento. No hay en este sistema pensamientos métricos brotando de metros uniformes, como en la mayor parte de los poetas cuya métrica es analítica.

Pero tan pronto como se asocia los metros en un conjunto arquitectónico y según normas premeditadas, se crea una síntesis métrica, que es por sí misma un lenguaje sinfónico. Se producen así pensamientos de eco, pensamientos de movimiento. Y esto constituye un arte específico, un lenguaje nuevo. En una palabra, es una creación a la cual los oídos humanos deberán acostumbrarse para comprenderla, para gustarla, para gozar de ella.

La poesía de Armand Godoy, insisto, es una polimetría regular que engendra una poliritmia inmensa. Sus vastas composiciones rítmicas atestiguan su apogeo para convertirse —lo he dicho antes, pero es preciso subrayarlo— en verdaderas liturgias *musicistas* y este carácter se manifiesta sobre todo en "*Ite, Missa Est*". Pero la música o lo que se entiende por esa palabra es una especie de teología abstracta y simbólica. El musicismo le aporta el socorro de la substancia oral, la hace a la vez personal y verdadera.

Polirrítmico y musicista, Armand Godoy es un poeta de envergadura. Mallarmé hubiera quedado subyugado por esta polimetría premeditada y hubiera visto en ella lo que hay en ella, un modo verbal capaz de realizaciones grandiosas y cuyos límites no son presumibles".

Hasta aquí Jean Royère. Lo que sigue pertenece a Miomandre, quien en la nota titulada *Una fiesta en honor de la poesía*, comenta la conferencia pronunciada en la Sorbona el 16 de Noviembre del año pasado por Carlos Deambrosis-Martins acerca de la personalidad poética de Godoy. Dice Miomandre al final de su nota:

"La gente se asombra de que este extranjero haya podido asimilar hasta tal grado de perfección y en tan corto tiempo el espíritu de una lengua que no era la suya. Por mi parte, yo no he participado jamás de este asombro, porque aun sin comprenderlo con la claridad con que lo veo ahora, ya había adivinado que en este extranjero había ocurrido un fenómeno mental de rareza excepcional que le ponía aparte de los demás poetas. Ni cubano ni francés, pero encargado de expresar en la más universal de las lenguas (por tal elegida la francesa), ciertas emociones y ciertos temas que pudieran llegar a todos los espíritus de ambos lados del Atlántico. ¿Cómo explicar de otra manera esta predilección extraña, cada día más acentuada, que experimenta por los temas más vastos y generales, aquellos que por defi-

nición escapan a las particularidades étnicas: las misas, las cantatas, los frescos simbólicos?...

"Yo no quiero abandonar ninguna de mis predilecciones personales por las expresiones breves e individuales del lirismo confidencial, pero me considero obligado, si me coloco en un punto de vista superior (y debo hacerlo por honestidad intelectual) a reconocer que esta poesía de efusiones... iluviales, de imágenes en cierta manera generalizadas, que se emparenta con las manifestaciones primordiales de la humanidad, es quizá, por un retorno cíclico de las cosas, la poesía de mañana; la que convenga a una humanidad reconciliada por el maquinismo unánime y al fin *asimilado*, una humanidad preocupada únicamente por su propio problema y sus sentimientos *esenciales*".

He considerado dignos de ser divulgados la colorida suntuosidad verbal de Royère y el vaticinio fervoroso de Miomandre. Y por mi parte cumplo por este conducto, ya que no lo he hecho de otra manera, con el deber de agradecer a Godoy sus reiterados envíos.

M. LÓPEZ PALMERO.

HISTORIA

Sarmiento de Gamboa. Un navegante español del siglo XVI, por Ernesto Morales. Casa editorial Araluce. Barcelona.

GRAN acierto del señor Morales al elegir el tema: un español de empresa, que fué "astrólogo y taumaturgo, artillero e historiador, soldado y marino, descubridor y geógrafo, cartógrafo y dibujante". Quienes lo han visto fragmentariamente lo elogian con entusiasmo: fácil es, pues, que a Morales le arrebate a veces la admiración: es el primero que ha visto a Sarmiento en la totalidad de su dinamicísima vida, —aleccionadoramente dinámica, porque fué un hombre infortunado que tras cada uno de sus fracasos — y fracasó siempre — recomenzaba con ardor juvenil una nueva y frecuentemente riesgosa empresa en que servía a Dios y al Rey, únicos ejes de su vida y de su obra — la mujer no existió en esta ruda existencia, o pasó sin dejar huella. Sarmiento de Gamboa es el producto de un momento y de un país poco propicio normalmente a la vida interior: la realidad americana agudizaría el objetivismo de aquellas vidas tan castigadas. Y esto acentúa la grandeza del héroe de Morales: debía ser una inteligencia superior, al servicio de una voluntad anormalmente superior la que guiaba la acción de quien era capaz de planear la colonización de Magallanes que sólo trescientos años después había de recibir de un compatriota suyo el impulso más enérgico y duradero. Los descendientes de éste prohicieron hace unos años la edición de un libro en que se rinde justicia al lejano precursor: "La gloria de Sarmiento, gloria no coronada por la fortuna, pero sí merecida con proezas de honradez y valor a toda prueba está cifrada en su expedición al Estrecho de Magallanes y su proyecto de colonizar aquellas regiones desiertas. Tres siglos han de pasar para que veamos realizados sus planes. Si los temporales del mar, la inconstancia y mala voluntad de quienes debían apoyar la empresa, y el cautiverio de Sarmiento no estorbaran y deshicieran aquellos conatos, Punta Arenas contaría hoy con más de 300 años de existencia y su prosperidad comercial y agrícola estuviera en plena madurez en lugar de ser una flor de esperanza".

Sarmiento de Gamboa fué el primer navegante que cruzó el estrecho en sentido inverso al de Magallanes; fué también el segundo que dió la vuelta al mundo.



Por servir a Dios y al Rey, Sarmiento de Gamboa se puso al lado de Toledo en su impío afán de hallar el inhallable justo título de la conquista española, justificándola con la tiranía de los incas. Cuando en España los juristas, que son su honra de esta época, discutían con valor extraordinario el derecho de España a despojar a los indios de sus tierras, los dos servidores de España llegaron, tal vez con sinceridad en ese momento, a creer que el trato paternal de los españoles justificaba todas las monstruosidades de la conquista. Morales da a conocer, para elogio de Sarmiento, una carta escrita trece años después de escribir su *Historia india*, —que sirve a su pragmático justo título— en que se refiere a los horrores de la conquista: “cosa es que hará daño para los que quedan de guerra... y no creerán a cristiano jamás... Afirmo a V. Magt. lo que otras veces, que esto de la esclavitud de esta tierra es desordenada y se hace con mala conciencia y con muchos daños y abominaciones y que desta manera brevemente quedará tierra sin naturales... por amor de Nuestro Señor V. Magt. mande advertir en esto y descargue su real conciencia con mandar que esto haya enmienda, que es bien para todos, así para las haciendas como para los ánimos...”

No corresponde reprochar a Morales tratar del justo título sólo en cuanto toca a Sarmiento. La discusión —de que Levene ha dado alguna noticia en su Introducción al estudio del derecho indiano— es amplia y profunda a un tiempo: no hubiera estado en su lugar.

Ni hay graves cargos que hacerle a Morales: sin haber logrado realizar la obra histórica incommovible y definitiva que merece Gamboa, ni el ensayo literario de alto vuelo que puede inspirar el héroe, ha realizado en cambio con ejemplar probidad una obra histórica y literaria respetable, no sólo por hacerla quien abre la picada en el bosque de los libros y documentos, sino por la nobleza del propósito.

Por esto, apenas me atrevo a señalar algún *lapsus*, sobre materia ajena casi siempre, al tema central. Así su definición de ayllu “tribu primitiva que una vez anexada al imperio, conservaba sus características de costumbre, religión, idioma, etc.” (pág. 108); su definición del quipu: “trenzado que mediante nudos y colores, significaba un alfabeto” (pág. 129); así también su interpretación de la palabra flaco (pág. 243), que Sarmiento seguramente ha usado en sentido figurado, aludiendo a falta de aptitudes. Todo esto es minucia: el libro es bueno, útil y justiciero.

NARCISO BINAYÁN.

SOCIOLOGIA

La revolución en la América Latina, por *Alfredo Colmo*. M. Gleizer, B. A., 1933.

EL Dr. Colmo es un escritor que se gana toda nuestra admiración y merece nuestro mayor respeto por su odio a las generalizaciones, su falta de dogmatismo en sus juicios, su aguda observación y finalmente su substancioso discernimiento enmarcado en estilo diáfano, sonoro y siempre cargado de seducción y novedad.

Hay que tomar en cuenta que los buenos libros, aunque escritos con premura, son siempre resultado de una larga meditación, de una preocupación incesante. Tal ha pasado con el que ahora comentamos y que en ningún momento impresiona como trabajo de improvisación. El mismo au-

tor anota en el prólogo que el tema hacía algún tiempo que le intrigaba. Y no es para menos tratándose del fenómeno de la revolución militar en la América latina. ¡Como que se trata del distintivo que más nos da a conocer en Europa y en Norte América! Convendría que este libro se tradujera a idiomas extranjeros. Sería útil para nosotros saber que en otras latitudes se dan cuenta que si los latinoamericanos hacen las revoluciones militares, también hay otros latinoamericanos, como el Dr. Colmo, que después de estudiar el problema con documentación, ejemplares de típicas revoluciones a la mano y un criterio agudo y penetrante, acaban maldiciéndolas. Todos los que hemos vivido fuera de la América latina, sabemos que estos países, por sus afanes bélicos, gozan de pronunciado prestigio... Pero este libro —escrito por un latinoamericano— es una crítica acerba del militarismo. Del militarismo en todas sus formas, incluyendo el de la peor especie que nos ha venido como consecuencia de la guerra de 1914 y que ahora fructifica en una ola de dictaduras.

Entre los moldeadores del pensamiento político argentino hay dos clases de publicistas: aquéllos cuya disertación constructiva se limita a la patria nativa y aquellos otros cuya visión abarca el horizonte de toda la América hispana. Estos últimos ven la similitud de problemas políticos en toda la América de origen español, y por eso mismo son los que mejor entienden la cosa política de la Argentina. Citaré algunos grandes nombres de esta última categoría: Carlos Octavio Bunge, José Ingenieros, Alfredo Palacios, Ricardo Rojas, Marco Fidel Suárez y Alfredo Colmo. Y por eso mismo son los únicos que en materia política han sentado cátedra en todos los países latinoamericanos. Los libros *América Latina* y *Política Cultural en los Países Latinoamericanos* del Dr. Alfredo Colmo son libros de consulta en las Universidades americanas. Por el prestigio de su autor y por el tema tan característico de la más típica modalidad de la América hispana, es que hemos corrido a leer *La Revolución en la América latina*. El Dr. Colmo ha escrito sobre un tema indispensable para el conocimiento sociológico de nuestros países. Una revolución, la del 6 de Setiembre de 1930 en la Argentina, sirve al autor de pretexto para estudiar, como él mismo dice, “el modo cómo se genera el fenómeno en nuestra propensión temperamental, en cuanto se vincula con lo sugestionable o imitativo de nuestro espíritu y cómo se conjuga con la tradición. Lo propio digo de sus efectos y del juicio que merece: si contribuye a mejorar o desenvolver las instituciones, si educa el sentimiento público, si tonifica el ambiente, si, en general, convierte en sus deudores reconocidos a la cultura y el patrimonio espiritual del país”. Hablando de la revolución del 6 de Setiembre —movimiento que engañó a los argentinos, no porque ellos tengan las tendencias bélicas de otros países latinoamericanos, sino porque en éste creyeron ver el espíritu legendario y glorioso de la revolución de Mayo— debe reconocerse que la revolución militar en la Argentina es una cosa de accidente. Efectivamente el Dr. Colmo dice: “No somos país de tradición militar. De nuestros trece presidentes después de Caseros y la Constitución, y sobre el gran ejemplo de Rivadavia, sólo tres fueron generales de ejército. Nuestras instituciones armadas jamás se atribuyeron, para suerte de la Argentina, lo que se ha visto con relativa frecuencia en otros países del Continente, sin omitir a los de mayor importancia, esto es, la facultad de hacer gobiernos y de imponer presidentes”. Pero el Dr. Colmo es un estudioso de los fenómenos sociales y políticos de nuestro continente y ha aprovechado la escaramuza de la Avenida de Mayo para analizar el carácter de las revoluciones de América. De ese estudio llega a la con-

clusión de que una revolución militar nunca reconoce, que "un gobierno es tanto más gobierno cuanto más exterioriza su medio, cuanto mayor opinión llega a reflejar y cuanto mejor se identifica con el general espíritu público". Eso, en cuanto al alcance moral y social; y en cuanto al concepto del respeto a las leyes, basta saber que eso nunca existe en una revolución militar, pues se principia por violar la constitución. Y aquí se produce otra anomalía, porque "mientras la constitución escrita no sea cosa viviente en nuestros sentimientos e ideas, no forme parte integrante de nuestros corazones y cerebros y no se infiltre en nuestros espíritus, la Constitución del papel y la Constitución de los hechos divergirán hasta lo antinómico en más de un supuesto".

No deseamos interpretar esta obra en su carácter tendencioso que pueda tener, y que seguramente lo tiene, no obstante la neutralidad política del Dr. Colmo; hemos leído esta obra buscando en ella —no la luz que pueda arrojar sobre la controversia de los intereses creados en el gobierno local, pues no somos argentinos y en consecuencia no tenemos ni voz ni voto— sino buscando el análisis ordenado de un fenómeno que por nuestra condición personal de americanos nos atañe directamente. De tal manera que este libro puede ser interpretado de dos maneras: en su alcance de la política argentina, o en el sentido más trascendental, de estudio detallado de las revoluciones militares.

El fenómeno en cuestión es indudablemente una de las expresiones más patéticas del temperamento latinoamericano. Muchos sociólogos, más benévolo que el Dr. Colmo y, desde luego exentos de toda visión, alaban las guerras nuestras como manifestaciones de virilidad. Bueno sería que al mismo tiempo tomaran en consideración la suma de energía, en todo orden, sacrificada por las guerras civiles. No, no puede ser esto una expresión de nuestro espíritu de aventura. Es, simplemente, manifestación de falta de disciplina. Estamos de acuerdo con el Dr. Colmo al afirmar: "Los movimientos van enderezados a conseguir beneficios colectivos de normalidad institucional, de bienestar económico y general mejoramiento de condiciones ambientes. Y se tiene que la consolidación no se produce, que la felicidad no llega y que, por lo contrario, la situación empeora. Errada la causa, se desacierta con el remedio. Equivocado el diagnóstico, la terapéutica viene a quedar sin fundamento y el pronóstico se hace delicado..." Pero, somos optimistas con el porvenir y creemos que algún día las otras naciones, de igual manera que la Argentina y el Uruguay, no tendrán estos dolorosos estancamientos en el curso de su historia. El mismo autor es optimista al afirmar: "Algún día será verdad para todos los latinoamericanos que las revueltas militaristas son un desatino y un peligro y que, por lo mismo, no pueden polarizar voluntades".

Nos resta decir que en el breve sumario que de las últimas revoluciones en nuestra América se hace en este libro, salta a la vista el carácter parecido de todas ellas. Esto mismo habrá pasado en las revoluciones anteriores y posiblemente en las futuras. Nadie que escriba sobre este fenómeno social, deberá olvidar la consulta de esta obra. Su interés estriba en la importancia del asunto, y especialmente en el vasto conocimiento y simpatía con que el Dr. Colmo siempre ha encarado los problemas sociales y políticos de América. Sin tiempo para analizarlo más detenidamente, nos complace recomendarlo como un buen libro en su clase y pedimos que alguien con mayores ejecutorias nos hable de sus méritos de fondo y forma.

ARTURO MEJÍA NIETO.

CRONICA MUSICAL

LOS CONCIERTOS

DE los muchos conciertos, de diversa calidad artística a cargo de intérpretes más o menos capaces, que se efectuaron en los meses de marzo, abril y parte de mayo, se destacaron netamente el magnífico oratorio *El Mesías* de Haendel y la *Misa de Réquiem* de Gilardo Gilardi.

El Mesías tiene fama de ser el más inspirado y perfecto de todos los oratorios de Haendel y posiblemente, el más imponente y grandioso de cuantos se han escrito. Inútil es querer analizar la solidez y armonía de su construcción, la riqueza admirable de su melodía, la flexibilidad de sus ritmos, su enorme potencialidad expresiva, su soberana majestad religiosa que alcanza rasgos de un épico sublime en el estupendo *Aleluya*. La Singakademie de Buenos Aires, bajo la dirección de Joseph Reuter, lo presentó con gran dignidad artística.

—**G**ILARDO Gilardi, con su *Misa de Réquiem* —obra juvenil escrita en 1919— se nos ha revelado de pronto como uno de nuestros músicos mejor dotados, dueño de una vasta y sólida cultura musical, que ha enriquecido nuestro escaso tesoro lírico con una obra de gran mérito. Lo que de él conocíamos, pequeñas obras folklóricas para orquesta, piano, o canto y piano, construidas con suma pericia, lo revelaban como un músico fino, que sabía, sin recursos modernistas fuera de lugar en obras de carácter popular, presentar sugestivos temas folklóricos con una técnica clara, sencilla y un sentimiento sutil y agradablemente estilizado. No sospechábamos escuchando esas obras —que son en el campo de la música lo que el madrigal en el de la poesía— que su autor estuviese tan admirablemente capacitado para ofrecernos una obra de tan largo aliento y escrita precisamente a la edad del entusiasmo juvenil que si es sinceridad e inspiración, es también, casi siempre, inexperiencia, fiebre, desorden... En lugar de hallarnos, pues, como era casi lógico, frente a una obra de juventud con todos sus aciertos expresivos y sus fallas técnico-sonoras, nos hallamos ante una obra plenamente lograda, construida con un gran sentido de la proporción y de la medida, ricamente armonizada, de línea melódica amplia y generosa, de una variedad rítmica notable, de un sentido religioso bien definido que, a ratos, parece inclinarse hacia una noble teatralidad de acento épico o entusiastamente lírico. Y así lo que naturalmente pudo ser un trabajo promisor que revelara, en forma más o menos definida, el porvenir artístico de su autor, nos resultó el trabajo más inspirado y valioso que hasta hoy nos presentara este compositor, y uno de los pocos que honrarían la música argentina en el extranjero. Tenemos el íntimo convencimiento de que esta *Misa de Réquiem*, que fué eficazmente dirigida por su autor y que contó con intérpretes muy discretos y voluntariosos que supieron presentarla respetuosamente —en especial el coro femenino compuesto en su mayoría de aficionadas— si fuera presentada en el Colón, con la orquesta y coros de este teatro, adquiriría un sello de grandeza y emoción realmente notable. ¿No le será posible al director artístico actual de nuestro máximo teatro, incluir este inspirado trabajo en el programa de la temporada de conciertos? Es obra que merece este honor y esta consagración.

—No pudo ser mejor la inauguración del cuarto ciclo de conciertos a cargo de la Escuela de Conjunto Orquestal que dirige Bruno Bandini. El programa, que estaba casi todo integrado por obras que se ofrecían en primera audición, todas ellas de la mejor calidad artística, fué vertido por los jóvenes intérpretes en forma que no dejó lugar a dudas sobre los méritos de su infatigable director, que ha sabido educarlos artísticamente. Lo que hasta hace poco era un débil organismo musical, sin mayor consistencia lírica, sin equilibrio técnico-sonoro, actualmente sabe plegarse a las exigencias de quien empuña la batuta, y sabe, también, poco a poco, descubrir los secretos del intérprete fiel: la fuerza rítmica, el matiz oportuno, la expresión adecuada.

De las obras interpretadas destacaremos: tres trozos de la misa *Santa Clara*, del mejor compositor contemporáneo italiano de música religiosa, Licio Refice, que revelan a éste como un audaz innovador de la música eclesiástica, en la que ha logrado introducir con eficaz resultado disonancias en el diatonismo gregoriano; el motete a cuatro voces *Adoremus te*, de Palestrina, brevísima página de hondo y purísimo sabor religioso, y la *Sonata sopra Sancta Maria* de Monteverdi, que tiene toda la imponentia y gravedad de las páginas escritas con gran recogimiento espiritual.

—INICIÓ la serie de conciertos de la Asociación de Arte la conocida y notable pianista Lía Cimaglia Espinosa, desarrollando con seguro virtuosismo y buenas cualidades de estilo y de expresión, un variado programa del que recordaremos especialmente el *Andante Spianato* y *Polonca* de Chopin y *La pastora* de Halffter. De excelente calidad artística fué el segundo concierto a cargo del Cuarteto Nacional de Música, que ejecutó con finura y matizó con sutileza el bello *Cuarteto en re mayor* de Alfredo Schiuma, cuyo segundo tiempo, *Tema ruso*, es de impecable construcción y elevado sentimiento lírico, así como el *Scherzo*, que está saturado de gracia y vivacidad. En el cuarto concierto, que inició con éxito el violinista Benjamín Filoso, se ofreció el primer ensayo de teatro sintético con la interpretación del gran dúo del 2º acto de la *Traviata*, a cargo de Adelina Morelli y Ernesto Dodds. Otro concierto interesante fué el 6º dedicado a Beethoven. Paula Weber fué la notable y comunicativa intérprete de algunos de los más populares *lieders* de este genio inmortal.

—UN interesante concierto fué el ofrecido por la Asociación Argentina de Música de Cámara, en homenaje a los precursores y cultores del arte musical argentino, con el concurso de la orquesta de cuerda de la Asociación y de la cantatriz Emma Ferrán. Entre la música de los *precursores*, sobresalió un fino minué de Alcorta. De las obras de canto, elegidas con acierto entre las más inspiradas de cada autor, se destacaron *Huaino* de Espoile y *La canción del carretero* de López Buchardo, admirablemente cantadas por Emma Ferrán. Entre las obras puramente orquestales, casi todas de mérito, recordamos *Yarará* de Berutti, *Arroró* de Williams, *Malambo* de Luna, y *Suite incaica* de Casella.

—LA joven pianista argentina Helena Larriau se presentó en la Asociación Wagneriana, después de una jira de conciertos en España que mereció comentarios muy favorables de críticos de la talla de Salazar, a nuestro juicio uno de los más grandes de Europa. Raro y exquisito es el temperamento artístico de esta concertista, dueña de una

técnica de la más pura calidad, de un sonido agradable y dulce, de un juego de pedales siempre justo y oportuno. Esencialmente delicado y femenino es su arte que huye de todo efectismo y sabe plegarse con espontaneidad a los más diversos estilos. Su interpretación de una *suite francesa* de Bach no pudo ser más cuidada y primorosa. En diversas obras modernas pudo explayar ampliamente la finura y sutileza de su musicalidad. Pero donde realmente Helena Larrieu destaca de lleno la bondad de su temperamento es en Chopin, al que *siente* con hondura y *expresa* con emoción. Por eso son inolvidables sus versiones de algunas páginas de este gran poeta del piano, las que no podían ser presentadas en una más pura y sugestiva atmósfera poética, en una más deliciosa penumbra de matices expresivos...

—**S**i el pianista Robert Goldsand, sin duda un *virtuoso* notabilísimo, hubiera elegido en su primer recital un programa más adecuado a su temperamento, hubiera sido más favorablemente recibido por la crítica y el público. Pero sus primeros programas estaban integrados, en gran parte, por obras románticas, que son precisamente las que menos se amoldan a su personalidad artística, hecha para lucirse en obras de gran vigor y brillantez o en obras de mecanismo exterior, fino o sutil como las que integraban su último programa que es el que, en realidad, lo reveló como el pianista vigoroso, nitido y brillante que algunas críticas extranjeras señalaban.

—**N**o pasaron de discretos los homenajes que diversas sociedades artísticas dedicaron al gran genio musical Ricardo Wagner, en ocasión del 50º aniversario de su muerte. Posiblemente el mejor fué el que ofreció la Asociación de Arte a cargo de Ernesto Dodds, Sara César y Federico Dávila Miranda. En la Asociación Wagneriana se ejecutaron diversos trozos líricos y vocales de óperas de Wagner, que carecieron de la batuta enérgica y segura que imperiosamente requerían. Se advirtió una evidente falta de ensayos. Dignos de elogio resultaron, en cambio, los homenajes a Johannes Brahms con motivo del centenario de su nacimiento. Ofreció el primero la Asociación de Arte, con el concurso de la gran *liederista* Paula Weber y de dos discípulas de ésta, Ada Chichi y María Aguerrebere, quienes cantaron en forma ponderable algunos inspirados dúos. En la Asociación Wagneriana, el cuarteto Pessina ofreció el magnífico *Cuarteto en do menor*, op. 51, Nº 1; Paula Weber volvió a lucir su generosa voz y su excelente musicalidad en una serie de espléndidas canciones y, coronando dignamente este bellissimo programa, el cuarteto Pessina en unión del pianista Rafael González, virrió con maestría el *Quinteto*, op. 34.

—**N**UMEROSO y calificado público de discípulos, amigos y admiradores concurrió al té-concierto en el Plaza Hotel, ofrecido en homenaje del anciano y meritorio maestro de música y compositor Juan Serpentiní, con motivo de su jubilación. Más de una vez nos hemos ocupado de las obras musicales de este maestro, que se distinguen por la construcción sonora de fácil e inspirada línea melódica y de sencilla y espontánea armonización. Interpretaron fielmente algunas de estas páginas, las más frescas e inspiradas, Carlos Pessina y Adelina Morelli. El homenaje fué ofrecido por el Presidente de la Comisión organizadora, Profesor José A. Natale.

MAYORINO FERRARIA.

Una Exposición de Arte paraguayo. Pinturas y cerámicas de Samudio, Alborno, D. Rodas, Holdenjara y Herrería.

ARBOLES florecidos. Lapacho en flor: rosa, lila, amarillo. *Tarumá* esbelto de un morado celeste. Poinciana regia de rojo escarlata. Plantas ahorcadas por las enredaderas. Verdes montañas bajo el encanto vegetal. Ríos serenos: *Pirebuy* fresco y oloroso. Un paisaje solitario: la iglesia de *Caacupé*, y en el fondo la cordillera aurífera de la leyenda. Luz esplendente en el paisaje: sobre la serranía, sobre el agua quieta, sobre la arena encendida. Suave paz del trópico bajo el ocaso violáceo. Luna simpática en la noche lúcida. Viento violento sobre el flanco de las negras palmeras. En el cuello de sus mujeres vistosas joyas; rico *tipoy* sobre el pecho esbelto; gracioso rebozo sobre el busto gentil. Y el bosque inmenso, la "sagrada selva" del poeta fraterno. Escóndense en sus marañas los dioses silvanos de la raza ausente. El arte mágico del ceramista fija en sus platos esmaltados el pasado milenario de su pueblo. Son los dioses menores del fetichismo gentilicio. *Guarân*, dios padre; *Pay-sandú*, señor de la grey; *Angüera pyharegüá*, el alma de la noche; *Yasy yateré*, lucifer pigmeo; *Curupí*, mito erótico; estilizaciones del folklore: el rapto de la doncella (*mondá queraná*), *ñanduty*, la guerra, la leyenda del *urutaú*; pintorescos platos sobre motivos de la campaña paraguaya: la tejedora, la naranjera, la aguadora; multitud de íconos: caciques, tapetes, chinas, gentes del pueblo, y por sobre todos éstos una soberbia cabeza de indio, realizada con egregia maestría.

El arte paraguayo y americano, al mismo tiempo, ha logrado con esta exhibición un triunfo lisonjero, y nos demuestra además que existe en un rincón del continente un conjunto de artistas, capaz de interpretar en el lienzo o en el relieve —pintura, cerámica, escultura— la emoción de nuestra tierra.

PORFIRIO FARIÑA NÚÑEZ.

Colegio Libre de Estudios Superiores.

EL *Colegio Libre de Estudios Superiores* ha iniciado su labor de 1933. A los Cursos de Especialización —que han caracterizado al Colegio desde su comienzo— en los que el profesor comunica lo investigado por él, su punto personal de mira, se agregarán este año otros de índole algo diferente agrupados bajo el título de Cursos de Información Cultural. De entre estos últimos, unos serán de iniciación para ciertas disciplinas de dificultoso acceso; otros servirán para destacar las ideas generales de una ciencia, o comentar a un autor o a una obra de significación, o informar hasta dónde se ha llegado en algunos estudios de trascendencia. En resumen, el Colegio tratará de poner a toda madura inteligencia, a todo espíritu abierto, en directo contacto con el mundo y el momento en que vive, en cuanto ello pueda valorizar su cultura. Ni Universidad profesional, ni tribuna de vulgarización: tal sigue siendo el propósito de sus directores y fundadores, Alejandro Korn, Roberto F. Giusti, Aníbal Ponce y Luis Reissig.

Damos a continuación el programa de los cursos de especialización hasta ahora organizados:

BIOLOGÍA. — *S. Horovitz*: "Conocimiento actual acerca de las bases citológicas de la herencia".

ECONOMÍA - FINANZAS. — *René Berger*: "La liquidación financiera de la guerra y el problema de las transferencias internacionales". — *J. J. Díaz Arana*: "Derecho cooperativo". — *Federico Pinedo*: "Sobre algunos problemas económicos actuales". — *Raúl Prebisch*: "La crisis mundial y su reflejo en la Argentina". — *Nicolás Repetto*: "Problemas agra-

rios argentinos". — *Jorge Robirosa*: "La situación económica de los EE. UU. de N. A. a través de su crisis bancaria". — *Alejandro E. Shaw*: "Normas impositivas para la República Argentina". — *Félix Weil*: "Concepto y alcance del impuesto a los réditos y a las transacciones".

ECONOMÍA SOCIAL. — *Augusto Bunge*: "Sobre seguro social y jubilaciones".

FILOSOFÍA. — *Enrique Butty*: "Conceptos de espacio y tiempo". — *Luis J. Guerrero*: "Estética del iluminismo". — *Juan Mantovani*: "Vida y cultura". — *Francisco Romero*: "Aspectos y problemas de la filosofía actual". — *Angel Vasallo*: "Una introducción a la ética".

FÍSICA. — *E. Loedel Palumbo*: "Análisis crítico de los conceptos de espacio y tiempo". — *Hilario Magliano*: "Constitución de la materia".

FÍSICA - MATEMÁTICA. — *A. González Domínguez*: "El cálculo funcional y la mecánica cuántica".

HISTORIA. — *Ramón J. Cárcano*: "La diplomacia de la Triple Alianza". — *Francisco de Aparicio*: "Los aborígenes históricos del Noroeste Argentino". — *Emilio Ravignani*: "Rosas y la unión nacional federativa". — *Augusto Rodríguez Larreta*: "Juan Bautista Alberdi".

HISTORIA DEL ARTE. — *Guillermo Korn*: "El Greco".

LITERATURA. — *Angel J. Battistessa*: "La poesía pura" y las últimas modalidades estéticas". — *Roberto F. Giusti*: "Influencia de Erasmo en la vida y el pensamiento españoles". — *Luis Reissig*: "Notas sobre la obra de A. France". "Su carnet íntimo".

MATEMÁTICAS. — *Carlos Biggeri*: "Teoría general de los algoritmos de convergencia y sumación". — *Juan Blaquier*: "Geometría absoluta". — *Juan C. Vignaux*: "Fundamentos de las teorías matemáticas modernas".

MUSICOLOGÍA. — *Carlos Vega*: "La música de los indios sudamericanos".

PSICOLOGÍA. — *Aníbal Ponce*: "Diario íntimo de una adolescente".

QUÍMICA. — *Luis Guglielmelli*: "Química de las materias colorantes orgánicas y artificiales". — *Roberto F. Recoder*: "Teoría de coordinación de Werner".

SOCIOLOGÍA. — *J. González Galé*: "Las leyes de la mortalidad". — *Raúl A. Orgaz*: "La cuestión social desde el punto de vista sociológico".

Los cursos de Información Cultural serán los siguientes, por ahora:

Amado Alonso: "Introducción a los estudios de la lengua".

Angel Cabrera: "Iniciación en zoología".

Luis Falcini: "Itinerario de imágenes a través de la historia del arte".

Ernesto Galloni: "Movimientos vibratorios y óptica física".

Enrique Gaviola: "Determinismo en ciencia y en filosofía".

Alejandro Korn: "Curso elemental de introducción a la filosofía".

Armando Novelli: "Química y farmacología de las hormonas".

Julio Orozco Díaz: "Electrolitos".

Julio Rey Pastor: "Valor educativo de la enseñanza matemática".

Numa Tapia: "Astronomía esférica".

La cuota de inscripción en cada curso completo sigue siendo de tres pesos. Los cursos y la secretaría funcionan en la calle Belgrano 1732.

El Colegio Libre de Estudios Superiores inició sus cursos el 16 de Mayo con la primera conferencia del Dr. Emilio Ravignani sobre *Rosas y la Unión Nacional Federativa*, brillante valoración de Rosas en su vida privada y en su vida pública, escuchada con vivo interés por el escogido auditorio que llenaba totalmente la sala.

Esta desinteresada institución de cultura necesita muchos amigos. ¿No habrá en el país un número suficiente de personas capaces de sostenerla con su cuota voluntaria?

NOSOTROS.